

FRANÇOIS TASSART

**NUEVOS RECUERDOS ÍNTIMOS
SOBRE**

GUY DE MAUPASSANT

(INÉDITOS)

Texto establecido, anotado y presentado

Por

PIERRE COGNÉ

A.G. NIZET

PARIS

1962

Traducción de
José Manuel Ramos González

Para

<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

a partir del texto en html de Thierry Selva en <http://maupassant.free.fr>.

INDICE

Introducción.....	7
Prefacio.....	13
I. El corazón de Maupassant.....	15
II. En globo.....	27
III. De negro.....	33
IV. La habitación de los recuerdos.....	39
V. El último de los Darcamp.....	47
VI. Calle de Montchanin.....	55
VII. Un almuerzo a bordo del Bel-Ami.....	59
VIII. Una travesía agitada en la rada de Cannes.....	65
IX. Los alegres remeros de Chatou a Cannes.....	71
X. Cannes – Villa Continentale.....	81
XI. Flaubert y Maupassant.....	89
XII. En la bahía de Napoule.....	95
XIII. Viaje a Argelia 1890.....	97
XIV. Chalet de los Alpes en Antibes.....	129
XV. Saint-Raphaël.....	151
XVI. La señora Laure de Maupassant y su hijo Guy.....	171
XVII. Recuerdos de Étretat.....	177
XVIII. Génesis de <i>Fort comme la Mort, Notre Coeur,</i> <i>Pierre et Jean, etc</i>	195
XIX. Preceptos del señor Guy de Maupassant.....	207
XX. Amigos del señor Guy de Maupassant.....	211
XXI. Funerales de Guy de Maupassant.....	213

INTRODUCCIÓN

El texto que aquí presentamos no nos ha creado demasiadas dificultades, toda vez que su autor había tomado en su día sus precauciones con la intención de una edición de cuya publicación estaba seguro. Él mismo efectuó, a mano, algunas correcciones sobre las hojas manuscritas que hizo dactilografiar para ser impresas. Pese a ello, la muerte se lo llevó antes de que pudiese llevar a cabo su proyecto. También debemos destacar que, con toda probabilidad, hay una cierta discontinuidad temporal entre las diversas partes de este libro, si se juzga por los añadidos autógrafos que, todos, tienen una justificación: el autor utiliza nombres propios primitivamente designados por simples iniciales, y restituidos más tarde porque aquellos a quienes designaban acababan de desaparecer. No es excepcional, por otra parte, que ciertas grafías sean dudosas, y es de este modo por lo que hemos tenido alguna dificultad para descubrir la verdadera identidad del Príncipe de Esling, duque de Rivoli, llamado en un principio príncipe de B..., luego Príncipe de Desling. Algunas búsquedas fueron más delicadas y no siempre hemos llegado a soluciones satisfactorias. El ejemplo anteriormente citado, demostrándonos que únicamente la letra inicial dada no designaba necesariamente un apellido comenzando por dicha inicial, puede generar hipótesis arriesgadas y nosotros las hemos descartado por este motivo.

Quedaba la datación de los distintos relatos que figuran en estos recuerdos: en este aspecto también se hace necesario proceder con cautela, pues François redactó algunas páginas poco después de que ocurriesen los sucesos allí relatados, de modo que el margen de error resulta relativamente pequeño, pero otras fueron escritos casi veinticinco años después de la muerte de Maupassant, es decir por un anciano, cuya memoria podría ser cuestionada. Su buena fe, sin embargo, no ha sido puesta nunca bajo sospecha, no obstante confunde una estancia en Cannes con otra de algunos meses posteriores o anteriores. Sería entonces muy peligroso tomarlo como

guía en un ensayo biográfico riguroso sobre Maupassant, cuya vida, por otro lado, nos es tan fragmentaria y escasamente conocida.

Lo que quizás dará una nota de autenticidad válida a estas memorias, es lo que consideramos su espontaneidad gratuita. Si fuesen escritos bajo el encargo de un editor deseoso de ver repetirse un éxito como el del primer volumen, aparecido en 1911, hubiesen sido un tanto sospechosos. Si realmente hubiese sido así, sería el mismo François quién los hubiese publicado, o al menos, sus herederos, en ejecución póstuma del contrato¹.

Hemos querido respetar estrictamente la obra de François, a pesar de sus yerros.

Le hubiese bastado en ocasiones un discreto toque para que tal frase estuviese más equilibrada, tal observación resultase menos ingenua: nosotros no las hemos rechazado, estimando que no era nuestra tarea. Por el contrario, hemos suprimido deliberadamente un largo relato, *L'Armoire aux Confitures*, pesado y de escaso talento, que no tenía ninguna relación con Maupassant, y también, cuando François creía hacer alarde de su erudición literaria, citando unos pasajes, a modo de entremeses, de sus escritores favoritos, nos hemos permitido cortarlos, advirtiendo al lector de esta mutilación que podremos considerar como una especie de cirugía estética.

Finalmente, en unas notas que hemos deseado que fuesen lo menos voluminosas posible, nos hemos esforzado en aclarar algunos puntos oscuros, o, al menos, plantear el problema: por adelantado, expresando nuestra gratitud más sincera a los eruditos que nos comuniquen su solución para una eventual reedición.

Remontándonos a las fuentes en las que François bebió, hemos podido constatar que, normalmente, no había deformaciones, que sus citas eran exactas, y que sus referencias habían sido controladas. Estamos muy lejos de un trabajo de erudición, pero hay una cierta preocupación de ser rigurosos, lo que permite augurar el resto. Esta documentación comprende un gran número de años y demuestra que François no dejaba escapar gran cosa de lo que concernía a su señor: de este modo, había conservado el divertido artículo de Maupassant sobre su viaje en globo en julio de 1887, *De Paris à Heyst*, en el

Figaro del 16 de julio de 1887 (omitiendo citar otro artículo, *En l'air*, publicado en el mismo periódico, el 9 de julio), el artículo de Paul Alexis, *Quelques souvenirs sur Maupassant*, en el *Journal* del 8 de julio de 1893, no lo ignoró, y supo, igualmente, encontrar las obras más generales que trataban de Maupassant, como *La galerie des bustes* de Roujon, París, Hachette, 1909 o los *Souvenirs* de Gervex, París, Flammarion, 1925. Llega incluso a llamar nuestra atención sobre un cuento, no recogido en las antologías, como *La tombe*, aparecido en el *Gil Blas* del 29 de julio de 1884 bajo el pseudónimo de Maufrigneuse.

Así pues, si desde el simple punto de vista bibliográfico, este nuevo volumen de recuerdos no se puede despreciar, está bien al menos desde el aspecto anecdótico, pues nos restituye un Maupassant cotidiano al que está bien lejos de faltarle interés... y nos presenta un Maupassant en ropa informal, en sus relaciones cotidianas con un servidor doméstico que se atribuye, en muchas ocasiones, el papel de confidente. En la pura tradición de los confidentes de teatro, François Tassart tiende a eso de que los menores detalles unen estrechamente la sombra con su protagonista y tenemos, en cada página, unos rasgos de este conmovedor mimetismo. Es de este modo que le gusta imaginarse en la piel del autor de *Boule de suif*, narrador escuchado, del que cada uno solicita una historia, y su “técnica” es la de muchos de los relatos del novelista: en el transcurso de una reunión, la conversación general recae sobre un tema fértil en desarrollo, y, casi *ex abrupto*, por la anécdota a la que se le quiere aplicar. Bien a menudo, es necesario admitirlo, las de François Tassart adolecen un tanto de vida e interés, pero se complace en interpretar un rol, creerse oído, llegar a conclusiones personales, pasar casi por el colaborador de un señor admirado y amado al que se le tiene auténtico fervor. No hay, en esta actitud, ningún deseo de vanidad, de desplegar las plumas del pavo real — el divertido paralelo que surge entre el cardenal de Lavignerie... y él mismo lo demuestra — sino una auténtica necesidad de fusión total. Está en comunión con Maupassant, en el sentido religioso de la palabra. Su buena fe lo salva del ridículo y su dignidad de la caricatura. Para él hacer esto, no es más que servir, que ser el ayuda de

cámara de Guy de Maupassant, pero de algún modo recibir también una iniciación del que estará deslumbrado hasta sus últimos instantes de vida. Serio, como muchos de sus compatriotas, le falta únicamente, de vez en cuando, el sentido del humor.

Muy raros son los capítulos donde la edad del narrador se hace intuir por alguna incoherencia o alguna falta de transición que deja el relato poco claro, y no podremos citar más que *En route vers Étretat*. Tendremos pocas ocasiones de señalar en notas, errores o inexactitudes evidentes.

Por el contrario, la lectura de estas páginas enriquece singularmente nuestro conocimiento de Maupassant sobre unos aspectos aún poco conocidos. Los recuerdos sobre la guerra de 1870 son nuevos, y su veracidad es incuestionable: nosotros desconfiaríamos de entrada si hubiesen sido el marco de algún cuento conocido, pues Tassart habría podido allí hacer una transposición inconsciente.

Nos han parecido muy novedosas igualmente las páginas dedicadas a la señora Laure de Maupassant, tanto más nuevas dado que no parece que François haya conocido la obra de Lombroso que trató también en su obra las relaciones de Guy con su madre. Aún incluso si las hubiese leído, no fue ahí donde encontró las anotaciones sobre la posición religiosa de Maupassant. Ahora bien esas notas son capitales, pues permiten conocer a un Maupassant nuevo, que, tal vez, se sumergía en una vida mundana agotadora para relegar voluntariamente a un segundo plano una angustia metafísica de la que a veces sentía el abrazo. Estas no aportan una *revelación* propiamente dicha, pero es una confirmación de las hipótesis de G. Normandy, siempre tan puestas en entredicho, y el retrato clásico del « toro normando » se ve transformado de este modo con algunos retoques.

¿Está permitido, para terminar, señalar el estilo de François, tan notablemente anticuado, tan ingenuamente mesurado, tan preocupado por la corrección, tan estrictamente ampuloso. Él quería ser el reflejo de Guy de Maupassant y, muy frecuentemente nos lo recuerda por su escritura tan virtuosamente poco natural. Es la tesis de la querida condesa de Ségur, nacida Rostopchine, quién, algunos cincuenta años

antes, se dedicaba a ensalzar los meritos de los buenos y leales servidores, para quiénes la más bella recompensa era figurar un día en las esquelas mortuorias de la familia que se había convertido en la suya por derecho de amor.

Pierre COGNY.

Nota.- Hemos extraído algunas líneas de la obra de Artine Artinian y Edouard Maynial, Maupassant, Correspondance inédite, Paris, Wapler, 1951, p. 299-300

« François, entra al servicio de Maupassant en 1883, como ayuda de cámara, permanece fielmente con él hasta la muerte y le sirve con una devoción legendaria, de la que se poseen las pruebas más conmovedoras.

(...) Verdadero factotum, más que ayuda de cámara, François se ocupaba de todos los asuntos de su señor, en particular durante las largas y frecuentes ausencias de éste.

(...) François Tassart sobrevivió mucho tiempo a Maupassant, ya que murió en Roubaix, en enero de 1949, a los 93 años”.

PREFACIO

Los años han transcurrido, pero yo he sentido cerca de mí, al que fue mi señor, Guy de Maupassant, y me parece que fue ayer, cuando oí pronunciar estas palabras sobre su tumba: « El señor Guy de Maupassant tenía por antepasados a Rabelais, Montaigne, Moliere, La Fontaine, los fuertes y los claros, aquellos que son la luz de nuestra literatura²». Que justas eran estas palabras, puesto que todos los grandes escritores lo habían considerado, hasta ese día, como un maestro. Sus últimos momentos me siguieron hasta el más allá; cuando, en la mañana del 3 de julio de 1893, el siempre joven río de la antigua Lutecia, dejaba oír unos murmullos lúgubres parecidos a una oración fúnebre, dándome la impresión de que tomaba parte en los sufrimientos del fin último de aquél que tanto lo había amado, tan bien lo había descrito y tan bien lo había cantado con su conmovedora poesía³.

En el momento supremo, cuando su hermoso espíritu abandonó la materia, me pareció que se iba a mezclar con las brumas ligeras que dominaban el Sena, y que una brisa se levantaba hacia las riveras lejanas, hacia el mar y el océano cuyos secretos había deseado con tanta frecuencia descubrir, y yo pensaba: « ¡Se va entre esas grandes fuerzas embrionarias para, tal vez, reencarnarse en una vida futura!.»

Ahora me pregunto si el señor de Maupassant no desearía lo que yo hago hoy, pues con frecuencia, me decía: « François, es necesario exigir de nuestra memoria, un registro constante y exacto, con los menores detalles, de los hechos que veamos, incluso de los matices, etc.»

Me he esforzado, satisfaciendo el deseo de mi señor, en las narraciones que he escrito bajo una fuerza impulsiva, que sentía proceder de su voluntad y de mis recuerdos siempre vivos, del tiempo pasado junto a un gran escritor.

Y más aún, cuando me decía, sobre el puente del *Bel-Ami*: « Si usted escribe un día sus memorias, yo le haré el prólogo ».

Finalmente, he puesto lo mejor de mí, para presentar al señor de Maupassant, tal como era y rendir, en su memoria, los honores debidos a su mérito...

I

EL CORAZÓN DE MAUPASSANT

Ascendencia y virilidad del señor de Maupassant. – Su sensibilidad oculta. – Sobre la guerra de 1870—1871. – En relación con Villiers de L'Isle Adam: reflexiones sobre su muerte. – Diversas rasgos de generosidad. – Incidente en Argel. – Las truchas de Divonne. – Los jóvenes artistas: apoyo y auxilio. – Su amor por los animales.

El señor Guy de Maupassant, el Doctor Pozzi, el señor Gervex, el pintor, el señor Léon Fontaine, el señor Mizeroy, Baron Toussaint⁴.

Todos habían hecho juramento, ante el altar de la soltería, de no tomar mujer.

Solo el primero respetó la palabra dada, pero no fue sin haberlo lamentado.

Se dice, en efecto, que el corazón del hombre no experimenta una verdadera satisfacción más que con el amor de una mujer que sea solamente para él: es el egoísta que el Creador ha puesto en quién así lo quiere. Podría escribir un capítulo con todos los lamentos emanados del corazón del señor de Maupassant por no haber conseguido este idilio de amor puro que únicamente puede lograrse con una sólida unión.

El señor de Maupassant era normando por línea materna⁵, pero por su lucidez y la transparencia tan clara de su espíritu, recordaba a sus antepasados loreneses que formaron parte de la corte de varios reyes de Francia. Después de Luís XIV se retiraron a Burdeos donde se convirtieron en armadores; en 1760 hicieron su retrato que no lleva la firma del autor, pero los entendidos son unánimes en reconocer que son dos obras maestras. Esos dos retratos de antepasados seguían al señor de Maupassant en todos sus apartamentos: los colocaba siempre en el comedor, sobre dos paneles que le quedaban enfrente cuando se sentaba a la mesa. De este modo, descansando, admiraba a sus ascendientes, pero principalmente a su abuela.

Viéndola, se reconocía en ella: cuello fuerte, los mismos ojos en la redondez de las órbitas, con la nariz adaptándose a la misma línea de la frente. Sus mejillas sonrosadas eran muy parecidas. Cuantas veces he visto su mirada que vislumbraba la alegría de su alma y la felicidad de su corazón⁶.

Ahora bien, como prueba de lo contrario, se dice que el señor de Maupassant no era un sentimental – incluso ni con las damas – pero si un día una de ellas, por un olvido, que no sería del todo involuntario, dejaba su correspondencia en el cajón de la pequeña cómoda de madera de ébano donde el autor de la *Vie Errante* había depositado el frasco del agua de rosas que debía perfumarla, dicho olvido podría arrojar un poco de luz sobre esta sombra y nos informaría de la verdad. Y además para poner de relieve a sus fabuladores entre los que se encuentran paisanos y burgueses normandos, el sentimiento no estaba bien visto; al contrario se había formado una línea de conducta en su estilo donde sus lectores no podían ver su corazón, que le abrió la vía para escribir grandes cosas desprovistas de vanidad.

El señor de Maupassant era muy humano e incluso poseía una gran sensibilidad. Se estremecía al menor dolor percibido, y yo, que he visto su piedad ante la desgracia de otros, que he oído sus palabras sinceras en ciertos momentos trágicos, cuando contaba los hechos de la guerra de 1870, me preguntaba, no sin lamentarlo: ¿Por qué no ha barnizado sus escritos sobre la guerra con este sublime dolor?

Un día en el que teníamos una conversación recordando las cosas lamentables vistas en el 70: heridos, enfermos, etc... me dijo unas cosas de una exaltación extrema, por las que reclamaba un espíritu de justicia. Deseaba que mediante un gran progreso de los alemanes hacia una civilización más auténtica, una especie de arrepentimiento, de *mea culpa*, se manifestase por parte de éstos, lo que habría calmado su corazón de patriota. El sentimiento (me atrevo a presumirlo) estaba allí oculto sin que rindiese cuentas, pues ¿cual es el hombre que podría afirmar conocerse a sí mismo? – Victor Hugo, uno de los más grandes genios que ha dado la sangre francesa

confesaba no conocerse a sí mismo, y muchos críticos se han sumado a este punto de vista.⁷

Calle de Montchanin, mayo 18[89].

Eran las seis y media de la tarde: los cristales ligeros y mal sellados del apartamento producían unos tintineos insoportables en el oído, bajo la presión del ruido de las ruedas de los coches que circulaban sin descanso, como una oleada, sobre los gruesos pavés de la calzada.

El señor de Maupassant entró, dejó su sombrero, quitó su chaqueta y la arrojó sobre el diván diciendo:

— Tengo calor, se siente la primavera. Creo que han finalizado todas mis caminatas a pie. Está todo listo para vestirme, pero antes quiero escribir una carta a Villiers de l'Isle Adam⁸, y en esta ocasión la sensibilidad del autor de *Notre coeur* no fue turbada por el ruido brusco que hacía temblar la débil fachada de la casa, porque toda su atención estaba cautivada por lo siguiente:

— La carta que acabo de escribir – me dijo – contiene cien francos. Póngale los sellos y llévela esta tarde al correo, luego apunte en su agenda que debo enviar esta misma suma cada mes al señor Villiers.

Después continuó:

— Cada primer día de mes llevará 20 francos a casa del señor Stéphane Mallarmé⁹, cantidad que puedo ingresar, como otros colegas, para mejorar la situación de este valiente compañero.

Ese buen escritor del que muchos literatos decían: « Oh, ese Villiers, ¡cada vez que se le ve nos anuncia una obra maestra! » y esto en un tono no exento de ironía.

Definitivamente, Villiers no hizo otra cosa diferente de tantos otros. Él dedicó su sabiduría en buscar, en hurgar en la vida, para descubrir en ella la verdad. ¿Qué habría podido darle sino el renombre? Pero la verdad en literatura es tan fugitiva que aquél que

puede entrever el fleco de su abrigo, puede considerarse entre los afortunados.

El ideal está todavía lejos de nosotros. Sin embargo debemos siempre buscar y sondear lo desconocido.

Pero cuidémonos bien de ultrajar una bella obra todavía incomprendida. En un rincón del salón, una voz experta puede decir: « Ese Villiers roza la misoginia, pero eso no impide que sea un gran artista.»

Pasaron algunos meses. El señor de Maupassant estaba extendido en su tumbona. Le serví un té bien caliente. Regresaba de haber acompañado a su amigo Villiers a su última morada.

Su rostro estaba enrojecido y pálido a la vez, mantenía sus ojos medio cerrados para no ver, para, sin duda, dejar volar su pensamiento hacia aquél que había partido y que no volvería más.

No hablaba. Se podía percibir que su corazón sufría demasiado en aquel momento.

Qué interesante sería para un psicólogo asistir a los dolores mudos de estos grandes pensadores que sufren mucho más que nosotros y de un modo diferente.

Le llevé a Jacquot sobre su palo. Su gata estaba sentada cerca de él sobre su cojín; de vez en cuando ésta le daba pequeños golpes con su pata de terciopelo sobre el pecho y el mentón, como si quisiera despertarlo de esa laxitud, de ese sopor que ella no comprendía; yo me pregunté si ese animal no creía a su compañero enfermo, pues, por sus caricias y la dulzura que en ellas ponía, era visible que participaba de sus penas.

Algunos días más tarde el señor de Maupassant me dijo:

— Pienso siempre en ese pobre Villiers. Usted recuerda que el señor X... me dijo un día: « Tanto peor para Rachel y Suzanne si no llegan a encontrar cada una sus cabellos para presentarlos al Señor que presidirá el Juicio Final¹⁰». Pues bien, ese buen Villiers, ha debido pasar por unos trances tan penosos durante sus últimos momentos, pues el tránsito al más allá le había inquietado siempre hasta el punto

que se entregó al aprendizaje del latín diciendo que no sabía que lengua emplearía Dios en la solemne hora en la que le rechazaría o le admitiría en su Paraíso.

Me gustaría reseñar aquí las últimas cartas del señor de Villiers a su amigo cuya lectura me hizo diciéndome:

— Mire usted, el dolor nos procura unos sentimientos de los que no dudamos... Es verdaderamente sublime; la proximidad del final nos somete a una presión intelectual sorprendente, como si quisiéramos extraer todo lo que tenemos dentro con el objeto de no dejar nada a lo desconocido.

— Esta tarde voy a la avenida de Friedland, luego al Salón de pintura y cenaré en chaqué con unos amigos. Lleve este manuscrito a casa del señor Alexandre Dumas¹¹, al mismo tiempo iré a pagar el alquiler de la familia de la puerta de los Ternes, después hará mis encargos en París y regresará por la calle Douai para depositar 20 francos en casa de la nonagenaria como de costumbre. No olvide pasar por el domicilio de la madre de la calle de Tocqueville para comprobar que no le falte de nada.

Esta última había traído al mundo cuatro niños, nacidos muertos ocho horas antes.

A las ocho de la mañana dos timbrazos sonaron como si el fuego prendiese en la casa. Era el señor Georges, ese caballero de mundo al que le gusta tanto la cama por la mañana...

Le introduje en el salón donde caminaba a grandes pasos para dar al señor de Maupassant tiempo de ponerse una prenda. Retirado en la cocina, en lo más profundo del subsuelo, oía las voces que con fuerza atronaban y eso no me sorprendió, pues el señor Georges, músico en ocasiones, poseía la voz de un tenor.

En el almuerzo el señor me dijo:

— Regreso al Salón esta tarde con el señor Gervex; lleve usted a mi padre chez M. Evrard esos trece mil francos.

Pasaron algunos días. Una mañana, recibiendo las órdenes, el señor me pidió si podría ir al barco del señor Georges para preparar una comida; luego añadió como hablando para sí:

— Es un hombre honrado, ese Georges, ha querido reembolsarme los trece mil francos que le había prestado a su hermano Gaston para pagar sus deudas de juego.

— François, lleve esta carta al correo mientras compra las provisiones. He pedido a mi editor que me envíe el dinero ya que he prestado ochocientos francos al señor X... para pagar su alquiler. Estoy un poco justo y me pregunto el motivo. La señora L¹²... carga sobre mis espaldas a toda esa gente que no conozco ¡Un periodista debutante, me dijo!

París. Julio 1893.

He leído en una de esas revistas de hojas sueltas¹³, bajo la firma de X..., el hombre de los ochocientos francos, un artículo que deforma e intenta destruir la obra literaria que es incapaz de comprender y que había sido realizada por aquél que era, desde unos días atrás, su eterno acreedor.

Étretat. Noviembre 18...

Esta mañana dejamos el Gran Valle que semeja una enorme tumba; una bruma compacta y baja lo sume en una oscuridad absoluta. Llegamos a la puerta del jardín, cerca del coche que nos iba a llevar. Mi señor me dijo:

— Con este frío, François, mejor sería que viajase con nosotros en el interior.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, estábamos rodeados de un ambiente enrarecido.

¡Oh!, era simplemente el efecto de la mirada que había lanzado al señor de Maupassant la dama que lo acompañaba.

En lo alto del asiento, hasta Beuzeville, recibí sobre mi rostro la escarcha helada que el viento del Norte llevaba sobre este campo normando que parecía sufrir horriblemente en su estado letárgico.

Argel. Noviembre 1887.

Marchábamos al día siguiente para Túnez y me encaminé hacia la calle Ledru-Rollin para recoger los paquetes que habíamos dejado en nuestra partida para Hammam-Rhira. La primera persona que encontré en el umbral de la puerta, fue a mi *biskri*, mi porteador de agua; estaba llorando: el único ojo que le quedaba, giraba en su órbita con una movilidad verdaderamente extraordinaria, y en un lenguaje apenas comprensible, me hizo saber que una desgracia había ocurrido en la casa. Entré y encontré a la portera con la cabeza rodeada de vendas; me dijo que los dos *biskris* en su torpeza la habían herido bajando unas cajas. Tomé enseguida todas las disposiciones antes de partir para asegurarme de la gravedad del accidente que era bastante serio, y sobre todo doloroso. Pero el doctor nos tranquilizó por las consecuencias, hasta la llegada prematura de mi preocupado señor. Esa mujer ocupó el primer lugar en la lista de aquellas que él no olvidó.

Divonne-les-Bains

Eran las once de la mañana: regresábamos de una de esas jornadas de pesca que embriagan más que el más sutil de los narcóticos, teníamos calor y estábamos mojados, calados hasta los huesos; nuestros ojos lloraban de alegría por todo lo que habían visto... Eran unas truchas azuladas, unos collares de plata, unos ramilletes de esmeraldas. El sol, bola incandescente saliendo de un pozo y gravitando en el espacio, inundaba el Mont Rose y el Mont

Blanc con intensa luz, dando así la impresión de dos pirámides relumbrantes, de una majestuosidad tal que el mismísimo Egipto podría envidiar a este país.

Mi señor me pidió unas truchas para el almuerzo. Me cambié, desatendiendo el correo. Algunos instantes después, los pequeños animales, aún totalmente brillantes, estaban en la sartén donde la mantequilla crepitaba ruidosamente. Me parecía que eran las pobrecillas, quiénes proferían unos ligeros lamentos de desamparo, bajo la presión del intenso calor que las envolvía. Incluso llegué a sentir una cierta pena al ejecutar a esas bellas truchas que embelesaban mi vista algunos instantes antes.

Mi señor me acercó una carta en ese momento, y exclamó:

— Que buen aspecto tiene eso, como todo lo que usted me sirve aquí, diría incluso succulento. Las carnes son mejores que en Étretat.

La carta que mi señor me había entregado provenía de la guardiana de su apartamento de París. Después de conocer su contenido me permití someterla a su conocimiento.

Una vez terminada la lectura, me dijo:

— Es necesario actuar lo más rápido posible. Después de almorzar, voy a escribir al Profesor Granger. Y no dudo que querrá ayudarnos en esta penosa circunstancia.

Se trataba de una pariente de la guardiana. A esta mujer, madre de familia, como consecuencia de una bronquitis, le sobrevino una tuberculosis nefasta. Algunos días más tarde, por la recomendación del doctor Granger, fue ingresada en el servicio del doctor Dieulafoy.

Con algunos meses de cuidados apropiados para su mal, ella pudo volver a tomar su lugar con sus hijos, habiendo recobrado la felicidad y su salud de antaño.

Con todos los artistas se ha mostrado compasivo y generoso. Desde el punto de vista literario, para ayudar a los jóvenes a quienes ha dado buenos consejos, hizo todo lo que estaba en su mano para recomendarles a los periódicos y revistas. El señor de Hubert¹⁴ que fue

director del *Gil Blas* podría decir todas las visitas que recibió un día de ese fiel colaborador.

El señor de Maupassant amaba a los animales y consideraba a los hombres como sus verdugos. Siempre tenía cerca de él perros, gatos, etc... En absoluto dudo que, de haber tenido un hijo, él no lo hubiese idolatrado.

Ahora me pregunto si debo dejar constancia aquí de la excepción que hacía, diciendo no admirar a uno de los más fieles servidores del hombre, el caballo, pues, por otra parte, con frecuencia, le he oído expresar su pesar por no haber visto las caballerizas de su abuelo. Sería demasiado atrevimiento pensar que su indiferencia por este bello animal provenía de un pequeño rasgo de amor propio. No se encontraba bien montando: ¿Por qué? ¿Pinchaba demasiado su montura con su mano de remero? Era muy posible, pues ante todo era un remero. Algo de lo más natural, pues todo su ser estaba formado por el contacto de lo típico de la vida marina: salados, salpicaduras, agua de mar... Es muy probable que sea esta la razón que le había colocado un par de remos en los brazos, y un bote para desdoblar su persona. Así al menos pensaba su amigo Maizeroy.

Citaría aún mil rasgos parecidos a los precedentes, con los que llenar un volumen, pero me detengo. Solamente quería mostrar a los lectores del autor de *Une Tombe*¹⁵, cuyos críticos en ocasiones, han encontrado a la obra del señor de Maupassant parca en sentimientos, estaba lejos sin embargo de estar desprovisto de sensibilidad. Poseía un corazón que todo el mundo no ignoraba.

Todo lo anterior, lo he relacionado con una modesta exactitud; lo que podrá servir al historiador que quiera presentar a un verdadero Maupassant, que sin duda, en sus lecturas de juventud habría debido leer los versos siguientes de Alfred de Vigny:

*Una lucha eterna en nuestros tiempos, en todos lugares
Se libra sobre la tierra en presencia de Dios
Entre la bondad del hombre y la astucia de la mujer.*¹⁶

Son tal vez estos versos los que han hecho decir a su corazón: «
¡Ocúltate, viejo! ».

II

EN GLOBO

En 1886, durante nuestra estadía en Antibes, mi señor regresando una tarde me dijo:

— Pasaba el rato en el paseo de los Ingleses cuando tuve un encuentro con el Príncipe de Desling, duque de Rivoli¹⁷acompañado de algunas damas. Me adelanté para saludarlo y presentar mis respetos a esas damas, cuando él me vio.

— Usted, ya en Niza, querido, pero se encuentra de maravilla; nosotros hemos venido como de costumbre, siempre atraídos por los esplendores de este bello país, de esta atractiva y encantadora ciudad de reflejos siempre azules, de la que tenemos la debilidad de no poder privarnos, y un poco también para ver al célebre aeronauta « Jovis »¹⁸, ese marsellés consumado que sube en su globo y se eleva en el aire con una maestría asombrosa, y, si a usted no le disgusta mezclarse con la muchedumbre compacta que, temo va a presentarse en el emplazamiento donde se prepara el inflado del aerostato, asistirá a un espectáculo muy interesante.

Acepté entusiasmado y, uniéndome a ese amable grupo, nos dirigimos enseguida hacia el punto indicado para esta ascensión y asistir a los últimos preparativos. Observé que el aeronauta era muy ágil, y tenía una gran experiencia realizando sus maniobras con mucha precisión y una gran habilidad. Instalado en su barquilla, saludaba graciosamente a la multitud, y, antes de pronunciar el sacramental: ¡soltad amarras!... estrechó la mano al Príncipe de Desling que le dijo:

— Señor Jovis, quiere usted hacerme el honor de venir a cenar esta noche al Castillo, a las siete, con su aerostato.

— Acepto con mucho gusto – respondió él, estaré en la cita a la hora exacta.

Como había prometido al Príncipe, el señor Jovis a las 7 en punto efectuaba su descenso sobre la magnífica terraza de aquel domicilio regio. El Príncipe y sus invitados prorrumpieron en una

calurosa ovación hacia este hábil aeronauta que daba a cada uno, los detalles que se le preguntaban.

Es de destacar el día en el que el señor Jovis, habiendo ganado la confianza del señor de Maupassant, éste último resolvió confiar al hábil deportista, la construcción de su *Horla*.

Poco tiempo antes de tomar posesión, mi señor me citó en los talleres del bulevar de Clichy para enseñarme su globo a punto de ser finalizado.

El 8 de julio, el señor hizo su primera ascensión con su *Horla*, teniendo a bordo al señor Jovis como capitán. Partiendo de la Villette hacia las 5 de la tarde, se elevaron con un tiempo extraordinario y, durante más de una hora, el globo se mantuvo sobre París en dirección Este, luego, a instancias de la Princesa Mathilde para ver el aerostato encima de Saint Gratien, el capitán lo dirigió hacia ese lado y, de 9 a 11 la Princesa y sus numerosos invitados tuvieron la satisfacción de ver flotar el globo encima del Castillo y del magnífico parque que la princesa Mathilde había hecho realizar desde la adquisición de esta propiedad principesca, ilustrada por el Mariscal Catinat quién, después de su desgraciada campaña del Milanais, se retiró allí y murió en 1712.

Encima de Saint Gratien se oían las voces de las personas que se encontraban en la terraza del comedor pues el tiempo estaba calmado. Hacia las once, el globo, dirigiéndose hacia el Este, hacia Nogent-sur-Marne, fue impulsado por un viento de tormenta que lo arrastró hacia el Norte con una rapidez increíble y pronto nos encontramos encima de Rouhaix a 200 metros de altura; esa información nos había sido dada por unos carreteros a los que nos habíamos dirigido; un cuarto de hora más tarde pasamos sobre otra gran ciudad.

— Es Gand,— dijo Jovis,— reconozco sus campanas

Una campana sonó en ese momento y yo pensé: que era la campana de la torre del municipio que saludaba el paso de nuestro aerostato. Luego, continuando nuestro rumbo durante algún tiempo, hice notar al señor Jovis que teníamos ante nosotros una gran extensión, un gran espacio que me parecía más claro.

— Ciertamente,— me respondió— tiene usted toda la razón, llegamos al borde del mar y tenemos el tiempo justo para tomar nuestras medidas de aterrizaje.

Experimentamos dos sacudidas bastante fuertes pues el ancla no se enganchó hasta la segunda vez, tras un manzano que se encontraba en el jardín de una granja al borde del mar. Eran las tres y veinte de la mañana y habíamos franqueado la distancia Paris-Heyst en dos horas y algunos minutos. (Heyst-s-mer, ciudad de Bélgica, provincia de Flandes occidental, a 18 kilómetros de Bruges sobre el mar del Norte) Unos paisanos llegaron enseguida, pues se es madrugador en esos países flamencos, y, con mucha solicitud, nos ayudaron a dejar nuestro globo en estado de ser transportado, conduciéndonos a la estación con nuestro material.¹⁹

Al año siguiente el señor de Maupassant hizo una segunda ascensión con su *Horla*. Esta vez llevaba a bordo a una dama:

— A causa de esto, —me dijo mi señor,— la ascensión no será larga, dejaremos la *Villette* como muy tarde a las cuatro, le ruego que nos prepare una buena cena fría que llevaremos para estar preparados para cualquier contingencia y, que en nuestro descenso no estemos desprovistos; ¿acaso puede preverse por adelantado donde se aterrizará?

Siguiendo las órdenes de mi señor preparé entonces *el filete de buey del Horla*, un pollo a la gelatina y todo lo que constituye una cena fría y reconfortante. Nos dirigimos a la fábrica de gas de la *Villette* donde nos encontramos un gentío considerable, muchas personas de la alta Sociedad, hombres de letras, que vinieron para asistir a la ascensión de la dama y de su marido, ambos escritores científicos aficionados, muy apreciados por los auténticos literatos. Yo asistí con mi amigo Louis (un fanático de mi señor) a los últimos preparativos, y observé a mi señor que se destacaba de un grupo y me buscaba, yo me adelanté enseguida a su encuentro.

— No olvide, — me dijo — la salida va a tener lugar en unos instantes, y, si el señor B..., al que esperamos, no llega, usted vendrá con nosotros²⁰.

Ese momento fue ciertamente el más apurado que había experimentado en mi vida; estaba allí ansioso, mirando todos los pequeños sacos de arena que, algunos instantes más tarde, se iban a vaciar en los aires, cuando, para mi gran pesar, vi llegar al señor B... me resigné, mi plaza estaba ocupada. El señor Jovis, muy diligente, acababa de descubrir algunos agujeros en la envoltura del globo y, sin dudar rasgó un periódico, escupió sobre los trozos y los aplicó sobre los agujeros con mucha destreza. Las últimas órdenes fueron dadas, el globo enseguida se elevó graciosamente en el espacio y desapareció a nuestros ojos entre una masa de ligeras nubes blancas...

A las once y media de la noche el señor Maupassant llegó a la calle Montchanin completamente entusiasmado con esa salida:

— No puede usted imaginarse – me dijo – nada más encantador, más delicioso, que este paseo que acabamos de realizar en medio de esas nubes irisadas por los rayos del sol que hacían brillar nuestros ojos deslumbrándonos con todos los colores del arco iris en el cielo, la bóveda celeste nos ha parecido de un azul puro como jamás la habíamos visto, nos deslizamos suavemente, sin sacudidas, en un fluido aire puro que aspiramos con delicia, ¡ha sido un paseo verdaderamente mágico! Hemos aterrizado, sin sacudidas, en medio de un campo en los alrededores de Beauvais, después de haber evitado, no sin temor, los hilos telegráficos de una vía férrea. Los habitantes de una granja vecina nos acogieron solícitamente y la granjera no ha querido que tocásemos las provisiones que llevábamos, preparándonos una excelente cena, argumentando que se ofendería si comiésemos otra cosa que no fuesen los productos de su granja. Es cierto que, francamente, mis invitados y yo, hubiésemos preferido el pollo a la gelatina, pero no podíamos realmente ser descorteses con esa amable granjera rechazando su cena ofrecida de tan buen corazón.

III

DE NEGRO

Febrero 18...

Hacia las nueve de la noche, un caballero llegó a la casa llevando en la mano un cofre como aquellos que utilizan los auxiliares de farmacia. Depositó en la antesala esa caja, cuyos ángulos estaban protegidos por un metal brillante como la plata, sobre la consola; luego, con el donaire de un *milord* inglés, se ofreció a que yo le retirara su abrigo, y, con un gesto breve, quitó su sombrero que colgó él mismo en el perchero. Entonces, bajo la luz deslumbrante del gas, se me apareció la cabeza más extraordinaria que nunca haya visto desde el patio de butacas de un teatro de la Ciudad de la Luz; un cráneo de un tono rojo violáceo parecido al de los nómadas de Argelia, que van al mercado de la ciudad más próxima para hacerse aplicar por el barbero unas ventosas, alrededor de una corona de un rojo apagado, indefinido, semejante al que se agita al viento del desierto en el nacimiento de la protuberancia de esos grandes e infatigables cuadrúpedos, cuya legendaria sobriedad resulta tan útil a las caravanas en las arenas brillantes del desierto africano. Una vez en el cuarto de baño, ese hombre ordenó con orden y simetría, sobre la mesa, una cantidad de pequeños frascos, una variedad de pinceles y un respetable número de tampones de guata. Mi señor estaba sentado sobre su silla de trabajo, envuelto en un gran albornoz y toallas, no dejando a la vista más que el cuello y la cabeza, y el artista, pues así se podía considerar, comenzó su obra: sus largos y flacos dedos, arrugados como los de una lavandera, discurrían, se deslizaban con una destreza a la que no le faltaba gracia, sobre el cuello y el rostro de « Bel-Ami » que en ese momento mostraba la impasibilidad obligada de alguien que soportaba un dolor. En esa calma voluntaria, se podía notar que esa operación resultaba desagradable al señor de Maupassant. Entonces, ¿por qué dejarse someter a semejante tortura?

Ya los cabellos tomaban el color de la tinta violeta, y después de un intenso trabajo, y a fuerza de tampones embebidos de los tintes más diversos, llegaron a conformar un bello negro de ébano; luego, con ayuda de sus pinceles, el artista lo pintó alrededor de la boca, de los ojos y de la nariz. En ese momento, aquél que tenía el aspecto de un negro, se sacudió con algunos movimientos nerviosos; el maquillador, dándose cuenta, le dijo:

— Esto va a acabar, señor.

Y dicho esto, con un tono de dulzura como el de una madre por amor a su bebé que no le gusta que lo bañen. El señor de Maupassant depositó entonces algunos luises en la mano de este peluquero de un nuevo cuño que se deshizo en agradecimientos y le dejó un frasco de cereolita²¹ para quitar los trazos de tintes diversos y aclararse la cabeza y los cabellos cuando quisiera volver a su estado normal.

Una hora más tarde, mi señor estaba vestido, zapatos de charol, calcetines de seda negra, un pantalón azul muy claro, un chaleco a rayas blancas y oro, un hábito rojo con botones metálicos; el cuello blanco de su camisa hacía resaltar el negro de su cuello y de su rostro. Tocado de un turbante, el señor de Maupassant se miró en el espejo e incluso tenía una de esas sonrisas de satisfacción de las que los negros son tan pródigos, para mostrar la blancura de sus dientes, cuando se ven en tan bello atuendo. Mi señor se dirigió entonces hacia el salón donde fue recibido por las exclamaciones de Jacquot, que subía y bajaba sobre su palo, con toda la rapidez que podía, tan asombrado estaba a la vista de ese rostro negro y de esa túnica roja. Finalmente se calmó, y al regresar de su sorpresa, gritó con fuerza:

— ¡Maupassant! ¡Maupassant! ya llegó...

Él se rió con todo su corazón.

— Veá, — me dijo entonces — ante todo, este loro ha creído haber encontrado en mí a un amigo de su país natal, pero enseguida se ha dado cuenta de su error, y para demostrarme que no lo había engañado mi disfraz, me ha dicho lo mismo que cuando regreso de viaje.

» Esto no me sorprende pues he sido testigo en mi región de un trato análogo, que prueba el espíritu de los animales. Una dama tenía

un arrendajo al que había enseñado a hablar, y a menudo ésta recibía casi todas las semanas a un oficial que iba a hacer su parte; en el momento en que el arrendajo le veía, si estaba en uniforme, gritaba: «¡¡Levanten armas!!!». Si, por el contrario, iba vestido de civil, le decía «Buenos días, capitán ».

Las doce campanadas de la medianoche acababan de sonar en el reloj de péndulo del comedor, y, cómodamente instalado junto al fuego, yo estaba absorbido por *Los Tres Mosqueteros* que leía con el mayor interés; y este entusiasmo era tanto más intenso pues estaba en el pasaje donde el héroe de Alexandre Dumas acaba de hacer con éxito su viaje a Londres, y cuando la señora Bonacieux se vuelve casi amable²²; era realmente cautivador. La llave de la puerta de entrada giró en la cerradura; era mi señor que regresaba.

— ¡Ah! Está usted ahí,— me dijo — ¡que suerte! ¡Un baño enseguida, por favor!

Cuando estuvo en su baño:

— Decididamente, — dijo — no estoy hecho para los bailes de máscaras, me gusta sin embargo los disfraces y las intrigas bajo la máscara, es más divertido cuando se conoce a las personas con las que se habla y éstas no conocen a uno, yo he sido, por tanto, mal actor de teatro, en los Verguies²³ con mis amigos: Fontaine y otros.

Pasando por su cuello, su rostro y su cabeza la mezcla que le había dejado el peluquero, me contó varias veladas históricas, de las que algunas habían acabado dramáticamente, entre otras, la protagonizada por Carlos VI, rey de Francia, con ocasión de la boda de uno de sus favoritos.²⁴ El rey y varios caballeros estaban disfrazados de sátiros, la camisa con la que estaban vestidos había sido embadurnada de resina sobre la que estaban pegadas cantidades de plumas; el fuego prendió en uno de esos disfraces, que se extendió al del rey y a los de otros caballeros. El rey se salvó debido a la presencia de la Duquesa de Berry que lo envolvió en su larga capa, pero cuatro

de los caballeros fueron atrozmente quemados y murieron al cabo de tres días después de unos espantosos sufrimientos.

La historia del poeta satírico Scarron, que en una juerga de Carnaval, se arrojó, totalmente sudoroso, en el Mayenne donde, afectado de un frío muy intenso, fue retirado baldado de dolores, que habrían de convertirlo en el lisiado que fue hasta su muerte.

Durante todo este tiempo, mi señor había empleado todo el contenido del frasco de cereolita sin obtener el menor resultado. Lo intentó con vaselina sin mejores resultados.

— Probemos entonces el jabón de Marsella.

Y con sus dos manos, llenas de un grueso trozo de esa sustancia, se frotó enérgicamente, sumergiendo la cabeza en varias ocasiones en la bañera. Cada vez que esta bola negra, que ha escrito *Mouche*²⁵ desaparecía bajo el agua, podían verse burbujas de jabón subiendo a la superficie, simulando ojos de pez, parecidos a pequeños vahos que cada ola produce a su paso. Y la cabeza se sumergía y volvía a sumergirse sin cesar, sin perder nada de su color de moro. Sin embargo, al cabo de un tiempo que me pareció muy largo, no quedaba más que un aspecto bronceado, pues el tinte se había vuelto más claro y completamente normal, con el brillo de un charol bajo el que corría sangre azul.

Entregué un espejo a mi señor, que ante el resultado obtenido emitió dos exclamaciones: «¡Ah! ¡Ah!» que testimoniaban la alegría que experimentaba de haberse desprendido al fin de su horrible color de negrito. Decir que Piroli, sentada sobre el mueble gótico a la cabecera de la bañera, asistió a toda esta escena sin rechistar, dejando únicamente oír de vez en cuando algunos ligeros maullidos, que, como un lamento apenas formulado, permitían creer que ella no estaba incluso poseída de una cierta inquietud con respecto al resultado de la larga limpieza a la que se sometía su amo.

El señor de Maupassant saliendo de su baño se miró en el espejo, satisfecho de encontrarse a sí mismo, abrió con su índice el párpado de su ojo izquierdo, gesto que le era familiar.

— ¿Creerá usted, — me dijo — que ninguno de los invitados del Conde Zernuski ha tenido la perspicacia de Jacquot? He regresado sin haber sido reconocido.

Es, con esta reflexión filosófica sobre el espíritu de los animales, con la que se termina esta emocionante odisea.

IV

LA HABITACIÓN DE LOS RECUERDOS

La habitación de los recuerdos descrita y fotografiada por el señor de Maupassant se encontraba en la calle Boccador, y discurría el mes de octubre de 1891.

Los árboles de la avenida y de la plaza del Ame, aún conservaban las segundas hojas teñidas del suave color verde otoñal. La gran bóveda del Hipódromo destacaba totalmente brillante, rodeada de casas blancas muy alegres; unos grupos se cruzaban remando, los unos de color plata con libreas azules, los otros de color oro con libreas verdes. Luego, más allá de la línea oscura del Sena se levantaba la torre Eiffel²⁶ semejante a un fantástico gigante, enorme, emergiendo sobre un océano de cielo. Ese rincón de París visto de ese modo, ¿por qué me producía tanto placer como las cumbres de los Pirineos? Que quiere usted..., después de haber pisado durante tantos años el asfalto, se regresa siempre con una alegría que a uno le embarga el alma como a la vista del campanario de su pueblo. Además, hoy, el sol brillaba limpio y dorado y pronto penetró por la ventana derramándose por el interior del apartamento. Fue en ese momento cuando el señor de Maupassant me dijo:

— Creo que es el momento adecuado.

Y nos dedicamos a fotografiar su habitación y la biblioteca, un gran mueble antiguo en el fondo del comedor. En la parte superior del mismo cliché aparecía el medallón de escayola de Flaubert que serviría para modelar el bronce de su monumento en Rouen.

Una vez que los negativos estuvieron sumergidos en el baño, regresamos a la habitación y el señor de Maupassant se puso a describirla diciendo:

— Sí, mi habitación es para mí de un gran interés, refleja con fidelidad como soy, pues todo lo que contiene son recuerdos preciosos que se relacionan con mi vida literaria. Así, esta cama Luis XIII de columnas, que no es ni muy bonita ni demasiado pesada, me ha seguido siempre tras mi salida del colegio. Cuantas noches de sueño

me ha dado, y cuantos relatos he bosquejado por las mañanas, todavía bajo el calor de sus edredones, mirando su techo, adornado con una tela Luis XVI de un verde claro que ha conservado todo su frescor de antaño y sobre la que están esparcidos los encajes de seda. No me explico por qué mis ojos experimentan siempre una sensación tan agradable a la vista de esta tela de un tono tan dulce y encantador.

» El tapiz que decora el fondo representa una caza del zorro: el dibujo fue hecho por el Conde de Dammartin en su encierro del castillo de Sorel²⁷, a orillas del Eure, la condesa ejecutó ese trabajo que regaló a mi abuelo de Maupassant tras una cena de montería.

» Ese chal, alfombra de las Indias que me sirve de colcha, fue llevado por mi abuela Le Poittevin, y esta poltrona era su favorita. Estaba confortablemente sentada sobre esos cojines de plumón cuando impartió las primeras lecciones a su hijo Alfred que las aprovecharía muy bien, pues cuando murió prematuramente, a los treinta años, el señor Bouilhet²⁸, el poeta de Rouen, lo había calificado como uno de los futuros grandes maestros de la rima.

» Este sillón Luis XVI es en dónde mi abuelo Le Poittevin revisaba los clásicos. Luego la mesilla de noche Luis XVI con ruedas que, si no procediese de mi abuelo, la habría dejado a un lado, tan desagradables me resultan sus rodamientos.

» Los dos jarrones que están aquí tienen toda una historia que resumiré brevemente; mi madre había recibido como regalo de bodas un reloj de péndulo montado sobre unas columnas y que tenía un sonido bastante fuerte: lo colocó sobre la chimenea de su dormitorio cuando regresó de su luna de miel. Desde la primera noche, oyendo el sonido de este reloj, se dijo: « Que curioso, suena fuerte, luego se repite suavemente. Da la impresión de que quiere asegurarse de que es bien escuchado ». Pasaron algunas noches y, un día en el que mi madre se encontraba cerca de la chimenea en el momento del repique de ese timbre que le intrigaba, quedó muy sorprendida al comprobar que eran esos dos jarrones quiénes producían el eco, repitiendo armoniosamente los sonidos del reloj.

El señor de Maupassant golpeó ligeramente con un abre cartas el bronce de Rodin que estaba entre los jarrones de la chimenea. Éstos

repetieron fielmente el sonido del bronce. A la vista de los jarrones de antiguo rosa de China, supuse que las extrañas figuras cubiertas de pequeños mechones de pelo de las que estaban por aquí y por allá decorados, eran las responsables, de algún modo, del fenómeno de esta repetición de sonidos. Acerca de esta reflexión el señor de Maupassant me respondió:

— Esas máscaras son de una raza cuyos miembros han sido los autores de la primera civilización. Habría podido escribir un relato bastante sensacional sobre este hecho, pero siempre se dice: «¡Oh! ¡Maupassant!».

» La parte inferior de este armario sobre el que he hecho añadir encima un espejo, ha pertenecido al famoso mobiliario de mi relato: «*Qui sait?*²⁹». Fue mi tío Le Poittevin quién, ignorante, lo había comprado; la idea surgió cuando el señor Flaubert y el señor Lapierre³⁰ lo hubieron reconocido, ya que ese mobiliario había sido robado en los alrededores de Rouen, y fueron estos dos últimos quienes me contaron esa historia que se ha considerado tan fantástica. Debo decir que mi protagonista pone toda su buena voluntad cuando vuelve a encontrar sus pertenencias y dice: « Pensad, pensad en el estado de mi alma. Y, agonizando de emoción, pues soy valiente, avancé como un caballero de las épocas tenebrosas penetrando en una estancia de sortilegios. Iba encontrando paso a paso todo lo que me había pertenecido, mis lámparas, mis libros, mis cuadros, mis telas, todo, salvo el escritorio lleno de cartas que no vi».

» Luego este tapiz que adorna ese panel de la derecha, la tentación de Jesús por Satanás, formaba igualmente parte del mobiliario de mi relato « *Qui sait ?* ».

» Este espejo, que no dice gran cosa, no crea que tal vez vaya a pretender que iluminó el rostro de Diane de Poitiers, o de la Pompadour. No, no, es más sencillo pero más literario. Fue el que mostró a George Sand su primera cana. A la vista de ese cabello ésta exclamó: « Es culpa de Flaubert »... Se ha preguntado cual era la culpa de Flaubert, ese gran hombre que no había hecho nunca daño a nadie y no habría, seguramente, hecho mal ni a una mosca. Después de haber reflexionado se ha creído haber encontrado una explicación, ya que

este suceso se produjo a continuación de una reunión literaria íntima en la que Flaubert había alabado la obra de Musset.

» En cuanto a esa hermosa miniatura, le voy a contar por que no está en el salón con las de la familia.

» Donde vivía, calle Clauzel³¹, la casa era modesta, había allí varios apartamentos, por piso. Un día en el que salía sobre el rellano, una dama me enseñó este pequeño retrato, rogándome que le diera a cambio algún dinero, y añadió tímidamente: « Debo ceder a la maternidad, y estoy... ». De hecho, su estado la obligaba a permanecer en ese tipo de establecimiento. Le di 20 francos y le pedí que guardase su miniatura lo que hizo protestando dulcemente, luego me lo agradeció muy educadamente.

» Ocho o diez años después de esta corta entrevista, recibí por correo, remitido por esta misma dama, de la que ya no había oído hablar más, un pequeño cofre que contenía esa joya; al mismo tiempo una carta en la que me rogaba aceptar ese pequeño retrato como recuerdo, seguida de sinceras manifestaciones de agradecimiento. Luego, mediante unas frases bien construidas, confesaba un hurto: « Sí, decía ella, como y por qué, no lo sé, pero una mañana que su criada hacía la limpieza y la puerta estaba abierta, sustraje de su escritorio una estrofa de versos. Luego los leí, los releí, los volví nuevamente a leer, hasta que llegué a creer que usted los había escrito pensando en mí. Debo confesarle que en ese momento mi alma creía todavía en quimeras, pero de todos modos confiese que usted no ha visto y no ha pensado en mí componiéndolos. ¡Así soy de tenaz... !». Y terminaba su carta diciéndome que después de su permanencia en la calle Clauzel su situación había mejorado sustancialmente. Añadía: « Soy feliz de su felicidad, y sigo con una atención religiosa todo lo que sale de su pluma. Crea, señor, en todo mi reconocimiento y le ruego que me permita creer que su alma de caballero ha perdonado mi hurto. – Marie Van de Bélune ».

» Los matasellos de esta carta llevaban el cuño de Lille, y recordé que había caído en la cuenta de que aquella dama poseía distinción y que tenía un gran parecido con su miniatura de cabellos de lino.

» Este trapo es un talismán que me regaló la gorda judía de Túnez, ¿la recuerda? Aquella mujer que no era más que una bola de grasa. No supe si había sido el guía o el doctor Charvot quién le había advertido de mi llegada. Siempre me recibió llamándome por mi nombre, además dirigió hacia mí y a mi obra algunas frases que denotaban ser una persona que estaba al corriente de nuestra literatura. Sí, no sé si podré escribir alguna vez lo que he visto de esas interesantes razas de Túnez.

» Esas dos cabezas de perro son las de Mathô y de Daphné, los dos encantadores animales que fueron los amables y alegres compañeros de mi primera juventud, ambos de una notable inteligencia y dotados de grandes cualidades físicas. Este, Mathô, era un nadador de primera clase como yo, se lanzaba al agua y remontaba las olas con una rapidez asombrosa. Ese bravo chiguagua era el que me acompañaba en mi barco cuando iba solo a pasear por mar, estirándome en el fondo de la frágil embarcación. ¡Cuántas lecturas he hecho de ese modo mientras la marea creciente nos conducía hacia la orilla!... En esas horas el valiente Mathô era el piloto. De pie, sus dos patas apoyadas sobre la borda, con su ojo de esfinge, y con su sutil olfato, sondeaba todo lo que nos rodeaba encima y debajo. No dejaba de señalarme el menor hecho anormal. En cuanto a Daphné, sin ser una hija de la ninfa Peneo, poseía unas cualidades admirables.

» Esta seda rosa de tonos envejecidos de la época Luis XVI, la encontré, es el caso decirlo, sobre el umbral de la extraordinaria capilla Palatina en Palermo. Había dado algunos peniques a una persona que vendía unos objetos religiosos en la puerta y ésta me dijo: « ¿Es usted francés? ». « Sí, le respondí ». « Eh bien, tengo cosas antiguas. Si usted quiere verlas ». ¿Recuerda usted los hermosos encajes?

La capilla Palatina había producido una gran impresión sobre el señor de Maupassant. He aquí lo que él escribió en su volumen *La Vie errante*³²(Pág. 80).

— Cuando se penetra en la capilla, uno queda cautivado de entrada con algo sorprendente, donde destaca su potencia antes de haberla comprendido. La belleza del color y la paz, penetrante e

irresistible de esta pequeña iglesia que es la más grande obra maestra inimaginable, lo deja a uno inmóvil ante esas paredes cubiertas de inmensos mosaicos de fondo dorado, relucientes de una claridad suave e iluminando el monumento entero, con una luz sombría, arrastrando el pensamiento hacia los paisajes bíblicos y divinos. Se ve, de pie en un cielo de fuego todos aquellos que fueron partícipes de la vida del Hombre Dios.

» Esta fotografía fue hecha a un curioso mosaico que representaba el laberinto de Creta con el Minotauro en el centro y cerca de la entrada una barca llevando a Teseo y a su hijo. Fue encontrado sobre el emplazamiento de la metrópolis de Hadrumète cerca de Sousse. He relatado este asunto en mis viajes.

Después, el señor de Maupassant, señalando el extremo de la base del tapiz añadió:

— Observe esa alfombrilla tan curiosa, con sus largos flecos de lana, con sus abigarrados y extraños colores que tanto han intrigado a la pobre Piroli. ¿Qué podía estar buscando en la trama de este tapiz, hurgando en ella con sus patas y su nariz? Me pregunto que olor encontraba ahí; tal vez el perfume de algún misterioso incienso del que los árabes tienen la costumbre de usar para sus servicios religiosos, interesantes en algunos aspectos, sobre todo los de la Mezquita de Kairouan.

Finalmente, volviendo hacia el salón cuyas dobles puertas estaban abiertas, mostrando el armario que se encontraba en el comedor, explicó:

— Creo que ese mueble quedará bien fotografiado y también el busto de Flaubert encima de esa puerta.

Luego, penetrando en su biblioteca añadió:

— Flaubert y usted, han sido mis soportes...

Cuando el señor de Maupassant pronunciaba el nombre de Flaubert su voz adoptaba un tono tierno que expresaba todo el reconocimiento hacia su Maestro³³

EL ÚLTIMO DE LOS DARCAMP

Calle de Montchanin, 2 de abril de 18...

El pequeño reloj de péndulo de viaje, con su melodioso repique, poseyendo los encantos de un delicado instrumento musical, nos anunció que eran las siete de la mañana. Estábamos preparados, y, con las bolsas en la mano, partimos.

En la calle de Tocqueville, la brisa del Norte nos acariciaba el rostro.

— ¡Qué bueno es este aire fresco! — dijo el señor de Maupassant.

Llegando a la entrada de la calle de Rocher, vimos ante nosotros a una imponente mujer con la cabeza encintada con un turbante como un árabe. Barría la acera. Cuando la hubimos dejado atrás, el señor de Maupassant me dijo:

— ¿Ha visto a esa barrendera? Tiene el tipo de una Venus. A cada escobazo, su torso ondula sobre sus caderas con una gracia que recuerda una frágil caña, bajo una ligera brisa. Su rostro tiene el frescor de la rosa una mañana de primavera. Es casi seguro que es una italiana llegada de más allá de las montañas, ¡desde ese vivero de bellas criaturas!

Algunos instantes después, añadió:

— ¿Cuál es el hombre cuyos sentidos pueden permanecer indiferentes a la vista de semejante hembra? Su físico respira alegría. Debe ser más feliz, sin duda, que esas damas de la gran sociedad que aún dormitan en sus palacios.

Y con la mano, el señor de Maupassant señaló el hotel de la Señora Hochon. Ese original edificio, cubierto en parte de hiedra, era idóneo para el reposo. Se podía vislumbrar a través de las plantas del jardín, que hacían un visible esfuerzo para dar a esa precoz primavera sus primeras hojas.

Después de haber franqueado el puente de la calle Madrid, hicimos con un paso ágil el descenso de la calle Rocher. Llegando al

patio de Roma vimos salir, de una fuente de aguas termales, a un conductor con el morral bien equipado sobre la espalda. Pasó ante nosotros dirigiéndose hacia la escalera de la estación.

— Sigámosle — dijo el señor de Maupassant — probablemente nos conduzca a nuestro tren.

Así fue, el previsor hombre, saltó sobre la máquina del rápido del Havre.

Estábamos sentados en nuestro rincón. Todavía faltaban cinco minutos antes de la salida, cuando, perdiendo el aliento, más que por la marcha, por su obesidad, el señor Frébourg³⁴, viéndonos, se volvió hacia mí y me dijo:

— ¡Eh!, François, deberá contarnos algunas aventuras o historias que ha vivido o ha visto durante su estancia en ese caluroso país, que tienen el don de remover todo el ser.

Yo respondí:

— Señores, permítanme decirles que lo que he visto en África está muy reciente y no tengo en mi espíritu los conocimientos suficientemente claros para contarlos. Pero si ustedes lo desean puedo hacer el relato de un drama *provocado por el calor*, al que asistí hace veinte años. No se desarrolla exactamente en un país tropical, sino en *Wallonnie*, en el centro de Europa.

— Sí, sí, — respondieron los caballeros.

Y yo conté lo siguiente:

— Jacques Darcamp, el último de esta línea genealógica que había tomado parte en la fundación de las Comunas en la Edad Media, ingresó en el colegio a los ocho años. Desde los dieciocho a los treinta años, ayudó a sus parientes a llevar su granja. Desaparecidos éstos, sustituyó a su padre como primer magistrado de la Comuna, luego tuvo ideas matrimoniales que no fraguaron enseguida... Entonces, se decidió a convertir la antigua casa de sus padres en un moderno pabellón. Haciendo esto, como la granja había sido construida sobre el emplazamiento de un antiguo campamento romano, encontró unos sarcófagos. Los hizo colocar en el cuarto de baño de su nueva residencia, utilizándolos como bañeras.

En 1875, año de un calor extremo, quiso tomar un baño frío junto a su compañera Antoinette Ronsard. Ambos fueron víctimas de su imprudencia, pues una congestión los sorprendió. Y así fue como acabó el último de los Darcamp.³⁵

Al final de mi relato, el señor Frébourg mostraba la inquietud de quién teme un fin prematuro. Estaba muy colorado y balbuceaba:

— Una caña de Gruber sería bienvenida.

El señor de Maupassant me dijo:

— Interesante su historia; arreglada *produciría un buen cuento*.

Por hoy, no quiero retener más que una cosa. Es que sus dos héroes emprendieron al mismo tiempo el gran viaje al más allá, estrechando en el fondo de su corazón un tesoro: el secreto de su amor.

Descendiendo del tren en Beuzeville, el señor Frébourg se dirigió al restaurante, pues tenía la sed del glotón que era. Nosotros no respondimos a su petición de seguirle, el señor de Maupassant no tomaba nada durante un viaje tan corto.

Algún tiempo después, estábamos en la Guillette, en la planta baja; en medio de las gallinas, de un gallo, de la gata Piroli, y de Paff, el perro. Procedimos a la limpieza de los perros que tenían garrapatas y principios de erupciones.

En medio de todos estos animales, el señor de Maupassant era feliz. En ocasiones, silbaba, provocando, en su bigote, una ligera mueca, como si le faltase un diente.

Todo lo que le rodeaba llevaba su pensamiento a la granja que le había descrito en el transcurso del viaje en el tren; y se dedicó a pedirme detalles sobre el drama. Cosa curiosa, que me llevó esta única vez con él, en el fragor de nuestras explicaciones, a enfrascarnos casi en una discusión que no pude llegar a comprender incluso aún hoy.

Debí describir la posición de los cuerpos en las urnas, la talla de ambos personas que habían encontrado allí la muerte, el rictus de sus rostros, y finalmente el aspecto del cura depositando la corona de

flores de azahar de la señora Darcamp madre sobre el pecho de Antoinette Ronsard y el Cristo sobre el cuerpo del señor Darcamp. ¿Qué decía haciendo esto?

Hablaba en latín y lo poco que yo conocía entonces me permitió entender lo siguiente: « Os habéis apagado en la compañía de Cristo y de su amor. Vuestras almas generosas han ascendido a los cielos, donde el Dios de justicia ha querido recibirlas. Y ahora que la materia descansa en paz esperando el solemne día de la resurrección.»

Transcurrieron algunos meses. En el otoño los pequeños perros de patas torcidas habían revestido su pelaje de invierno con un bonito marrón claro. Estaban a punto, habiendo ya sido varias veces entrenados. Partimos un día de caza a los bosques de Bordeaux-Saint-Clair. El tiempo era bueno y seco, totalmente favorable para practicar ese deporte. Una vez llegamos al borde del bosque, el señor de Maupassant asignó a cada uno de nosotros sus funciones. Era una auténtica lección de prudencia y de cariño. Todos estábamos calzados con suelas de goma para evitar hacer el menor ruido sobre la alfombra de hojas muertas caídas de los tallos que habían perdido su ornamento estival. ¡Debíamos permanecer mudos!..., todas nuestras conversaciones debían ser mantenidas mediante señales. Nos estaba prohibido toser y aún más estornudar. Así, nosotros, seres calificados de superiores, y el cerebro con las órdenes de todo lo que debíamos y no debíamos hacer, seguimos a los sagaces perros a los que el señor de Maupassant no había hecho la menor recomendación.

Avanzando con prudencia, los pequeños canes dieron muestras de mucho ingenio con una gracia por encima de cualquier idea. Hicieron saltar a los pobres conejos, que, sorprendidos y molestos por ser arrancados de este modo de su descanso, levantaban las orejas como aturdidos, para buscar la vía de escape a tomar. Entonces nuestros rastreadores desaparecían en el lecho de hojas muertas, y, por unos instantes únicamente, sus orejas parecían unas manchas brillantes. Redoblaban su astucia y rozaban a veces la teatralidad,

teniendo cuidado, por amor propio quizás, de disimular mediante gestos amables, como únicamente los amantes saben hacerlo.

Ante este espectáculo, uno se pregunta si se debe reír; pues es verdaderamente humillante para nosotros ver que como el instinto de esos pequeños animales cuestiona nuestra inteligencia.

Desearía poseer la pluma de un cazador erudito para describir la sabiduría de esos perros. En cualquier caso, no tengo necesidad de añadir que con semejantes ayudantes, nuestra tarea fue fácil y la caza fructífera.

Los pequeños cazadores, sin igual, fueron recompensados inmediatamente, pues lo merecieron sin duda. Uno de ellos, en su fogosidad se hirió y fue vendado por el señor de Maupassant quién lo transportó en un rincón de su saco hasta la granja Martín.

La señora del lugar se vio también sorprendida a la vista de nuestra caza. Su corazón se puso a latir con la fuerza del tic tac de su gran reloj de pared, pero para mi sorpresa, pude comprobar que su corazón era tan duro como el metal del péndulo de su reloj.

Finalmente serví una copiosa comida a los cazadores.

El señor de Maupassant se sentó a la mesa, a su lado, después de hacerle un buen vendaje, el perro herido a quién él daba de comer acariciándole, no olvidando escanciar la espumosa sidra a Cramoyson y a los guardas. El «Burdeos» tuvo el don de desatar las lenguas de estos últimos y fue entonces cuando cada cual procedió a contar la historia de caza más original o la más cómica, incluso alguna vez dramática, de las que había sido testigo durante su larga carrera. Uno de ellos llegó a afirmar que la caza embriagaba como el alcohol e incluso más que el amor.

Me pareció que todos esos recuerdos de perseguidores de animales con plumas o pelos constituían para ellos un bálsamo digestivo.

El señor de Maupassant reía para sus adentros secando sus ojos de vez en cuando y pasando la mano sobre la cabeza aterciopelada de su vecino que alargaba su suave hocico y pedía todavía un pequeño trozo de gallina. Él decía que todo eso era muy verosímil; pero vista

en conjunto, generalmente, la vida de cada uno está hecha del temperamento que la naturaleza le ha dado, aunque...

Las meticulosas precauciones que el señor de Maupassant había tomado para esta caza se podían observar en todo lo que hacía. El señor Stéphane Mallarmé, el señor Maizeroy y otros podrían testimoniar la atención y el cuidado que el señor de Maupassant pedía a sus invitados para poner el pie a bordo de su yola o de un barco cualquiera. Llegando, no debían imprimir el menor movimiento al esquife, es decir que debía embarcar con la ligereza de un pájaro posándose sobre una rama.

A la lectura de algunas de estas líneas, algunas personas dirán que, en ese caso, del placer se pasaba al disgusto. Que me permitan responderle.

Así, yo he permanecido once años junto al señor de Maupassant, sin haber estado preparado. No hemos tenido jamás la menor fricción. ¡Todo es cuestión de quererlo!... pero divago.

Lean la obra de este Maestro, y verán que toda la fuerza de su arte reside en dos palabras: Lo oportuno y lo justo.

¿Cómo ha llegado a esa perfección?

Por un ejercicio continuo de sus ojos y de su pensamiento, ayudado por una buena memoria.

VI

CALLE DE MONTCHANIN

Una mañana, mi señor me dijo:

— Si usted no tiene nada que hacer, por la tarde, podríamos acabar de arreglar la galería de invierno.

En el momento de almorzar, volvió sobre sus intenciones y me dijo:

— He recibido una carta del señor. X...³⁶ en la que me propone con mucha amabilidad secundarme, de reemplazarme, en dos asuntos que él sabe que no son de mi gusto. Prefiero verlo que agradecersele por carta. Esto me parece más educado, y podría hacerle comprender mejor mi punto de vista sobre el tema del que se trata. Intentaré encontrarlo esta tarde.

Eran las seis de la tarde. El señor de Maupassant regresó y me pareció, contrariamente a sus hábitos, un poco agitado. Me dijo:

— Tengo tiempo de tomar un baño. En casa de la Princesa³⁷ no se cena más que a las ocho. Hoy, necesito ir, ya que debo ver al conde Primoli, que viene de Roma y que debe traerme unos documentos.

El señor de Maupassant tomó su baño, y, vistiéndose, caminó de un extremo al otro de su habitación y de su galería de invierno, alumbrado por el luminoso techo.

En uno de esos va y viene, que semejaban los movimientos que hacía sobre su barco, el *Bel-Ami*, paseos que se denominan *quart*, levantó la cabeza. Tenía ante sus ojos dos cabezas de ángeles.

Exclamó:

— *Tous les deux*

El hielo se había roto. Me preguntó si había leído *Tous les deux* de Albert Delpit. Pero sin esperar mi respuesta, continuó *Tous les deux*, sí... Cuando llegué a casa del señor X... lo encontré en su despacho, muy ocupado en un trabajo muy particular; y no me lo esperaba. Estaba de pie ante su mesa; y estrechándome las manos me dijo:

— Llega usted oportunamente, amigo mío, si es tan amable para ayudarme a desenredar la madeja que he emprendido. Le estaré muy agradecido, se lo aseguro.

» Vea en primer lugar estos objetos, y le explicaré enseguida el motivo de su presencia sobre esta mesa: dos pañuelos de bolsillo, totalmente arrugados, ceñidos como una corbata, el cuello y la lámpara de la mesa; sobre la bandeja hay tres peines, de los que dos son peinetas y un pequeño desenredador en concha, los tres cubiertos de cabellos al igual que los pañuelos.

» ¡Pues bien! Voy a contarle el secreto de este enigma.

» Usted sabe que mi pieza teatral « *les Deux Soeurs*³⁸ » se está reponiendo. Anteayer, después de una representación, todo el mundo ya había más o menos salido, y yo había quedado en el despacho escribiendo unas notas a los señores X... y Z... a los que solicitaba que asistieran a la reposición del día siguiente, cuando fui sorprendido al oír unas voces discutiendo acaloradamente. Presté atención, y me entristeció comprobar que procedían de los camerinos de los actores.

» Me dirigí lo más rápido posible, y allí encontré a mis dos primeras actrices, muy ocupadas en tirarse del moño.

» Cuando hube conseguido calmar relativamente a esas dos aves de corral que me habían dado la impresión de dos terribles gallos de pelea, me explicaron, sentadas en el canapé de reposo, el motivo de su disputa.

» Una pretendía que la otra se elevaba demasiado alto y la derribaba absolutamente, sustrayéndole todas las pocas ventajas que ella podía obtener de su posición ya de por sí inferior. Finalmente tuve que utilizar toda mi diplomacia para conseguir que comprendiesen, cada una, su respectiva situación.

» Les prometí hacer algunos retoques que, yo esperaba, dieran a cada uno de sus papeles un relieve que las hiciera destacar y fortalecería tanto a la una como a la otra dentro de su posición.

» Entonces, Rachel, el primer papel, recogiendo todos los peines moños y cabellos, todo en desorden, hizo un paquete.

» Las llevé a cenar a Casa Dorée, donde esperaba encontrar a Mendès³⁹, ese arbitro de delicado proceder.

» Estábamos retirados en un pequeño salón, para comer, y eran las ocho y media.

» Mendès no había llegado todavía. El gerente del hotel nos dijo que era algo sorprendente. Seguro que el señor estaba indispuesto o todavía que uno de sus parientes estuviese a punto de dejar este mundo, pues siendo un fiel cliente, nunca dejaba de ir a cenar.

» Y añadió, en voz baja, mirando las frutas que ornamentaban la mesa:

— Sí, le he oído decir a José María de Heredia, que había entendido madre, cuñada o tía; él alojaba ocho.

» Entonces dije:

— Está bien, ese bravo Catulle puede tener sus pequeños contratiempos, como todo mortal. Pero posee un corazón de oro.

» A las once, habíamos firmado un concordato que no podía, en ningún caso, ser denunciado por las partes.

» Sobre ese espachurrado papel, me dediqué a meter los cabellos de cada una; y he aquí la razón por la que usted me haya encontrado dedicado a esta tarea verdaderamente absurda, casi sobrehumana.

Todos aquellos cabellos eran negros, unos un poco más brillantes, otros ligeramente mates. Y con su pinza de depilar, y el ojo de una aguja de ciego, cogía uno, a veces dos, depositándolos, según su tinte, sobre el montón al que debían pertenecer.

Yo le dije:

— ¿No cree usted que este trabajo estaría más indicado para un artista capilar reputado?

Mis palabras produjeron sobre el señor X... el efecto de un fluido eléctrico que lo habría recorrido de pies a cabeza.

Recuperando su bella silueta:

— La verdad, no lo había pensado – contestó, mirándome con sus hermosos ojos azules, muy dulces; y, de este modo, su bella cara de artista, su nariz ligeramente convexa, una fina boca y una frente larga encima de la que ondeaba una melena de crines que me parecieron erguirse todavía más en ese momento.

— Al final, — continuó — siempre llegará quien podrá. Seguiré su consejo; y si en el juicio final, el Creador las obliga a presentar a cada una sus cabellos, allá se las arreglarán.

» Después de todo, Dios mío, yo he hecho todo lo posible.

Y ambos reímos de buen grado.

Después, tomó los dos pañuelos, los sacudió dejando caer los cabellos en el montón que debía ser enviado al peluquero. Hizo un par de bolas con los dos trapos, depositando cada uno a ambos lados de la lámpara de su mesa de trabajo, y haciendo mover el conjunto de esa combinación, hizo mantener, a sus dos bolas en forma de cabezas, el diálogo siguiente:

Rachel: — Yo le prometo, gran Maestro, recordar que el Hombre Dios ha dicho: Amaos los unos a los otros, hasta en los bastidores y en los camerinos de los artistas.

Suzanne: — Sí, yo acepto, Maestro, pero sepa usted que el Hombre Dios concede a todo pecador su misericordia.

Y estrechándome la mano añadió: Ojalá que no vuelvan a comenzar.

VII

UN ALMUERZO A BORDO DEL « BEL AMI »

A las siete de la mañana, el señor de Maupassant estaba en el balcón de su apartamento, trataba de penetrar con su potente mirada, el horizonte y el mar cubierto de una bruma bastante espesa. Con voz cargada de inquietud, me dijo:

— El tiempo no me parece seguro para efectuar una salida, de todos modos disponga lo necesario, seremos diez a almorzar, complique los platos, pues entre los hombres hay algunos buenos sibaritas.

A las diez el « Bel-Ami » estaba engalanado como en un día de fiesta, las anclas se levaron y la alegría reinaba entre los tripulantes. Los invitados en traje de etiqueta como si se tratase de una visita a alguna princesa, estaban agrupados en la llegada, charlaban bajo, haciendo pensar que se creían elegidos.

Aunque muy atareado, Bernard⁴⁰ me dijo: ¿Son serios o cobardes todos estos caballeros?...Que no teman nada. Hoy no los haremos beber en la gran taza...

Después de la recepción, el señor de Maupassant había tomado el timón, y como siempre la maniobra de salida ocupaba toda su atención; según su costumbre el « Bel-Ami » saludó al faro blanco, y evitó el Séquant.

Luego, bajo una brisa del Nordeste, tomó su vuelo hacia el paso de la Croisette, que franqueó con su habitual maestría. A continuación el barco se dirigió al golfo Juan; el mar estaba ardiente, ondulado y parecía sembrado de cristales, que un sol gracioso hacía destellar como una inmensa planicie mágica.

El señor de Maupassant puso entonces rumbo mar adentro, dando la impresión de que quería ir a visitar la isla de Córcega, que un día lejano había conmovido su alma de artista; y de este modo, durante algunas horas, el « Bel-Ami » demostró sus buenas cualidades a la Sociedad de alta alcurnia que se paseaba sobre el puente, charlando,

riendo, disfrutando con auténtico placer. El señor de Maupassant permanecía siempre en el timón.

Teniendo a ambos lados a unas damas sentadas, a las que hablaba de vez en cuando, se podía uno preguntar en ese momento lo que le interesaba más al autor de *Au bord de l'eau*⁴¹, las damas o su barco, su « Bel-Ami ».

En la mesa, el señor Aurélien Scholl⁴² pronunció algunas palabras de bienvenida:

— Damas y caballeros, siempre es un gran placer encontrarme con mi querido Maupassant; hoy mi alegría se duplica por la presencia de todos ustedes, vamos juntos a almorzar a bordo del « Bel-Ami » cuyo capitán ha tenido la gran idea de reunirnos.

» Qué bueno, agradable y suave el rítmico balanceo, que impulsa a este pequeño navío, la gran y graciosa creación divina. Esta mar... que es también un poco nuestra madre...

El profesor Magitot⁴³ añadió:

— Sí, ese mar, fuente de embriones... Temo en ocasiones su movilidad; aún así lo amo. Todas las mañanas abro mi gran ventanal para respirar su fuerza y deleitar mis ojos con su belleza.

El señor Riou⁴⁴, el pintor, dijo en su turno:

— El mar es para nosotros una fuente inagotable. Sus colores que a menudo parecen semejantes, resultan variables hasta el infinito; su flora es tan excéntrica y lujuriosa, que las flores y las plantas, dejan un estremecimiento de placer en las cerdas de nuestros pinceles y en la punta de nuestra pluma.

— Sí, señor, muy hermoso, — respondió el Conde Aldrovandy⁴⁵, pero a veces el mar nos sorprende. Cuando yo era gobernador de la isla de Haití, un día, dije un día, pues felizmente no ocurrió durante la noche, un maremoto sumergió parte de esa isla, y mi palacio se encontró rodeado de habitantes más extraños que los negros: ballenas, elefantes marinos, focas, en fin todos los anfibios que contienen los

mares de esas tierras, vean ustedes... (no pude entender lo que continuó)

Cuando regresé a la sala, el señor René Maizeroy decía:

— Y bien, Conde, después de esa jornada tan agitada y extraordinaria, ¿oyó usted esa noche como es costumbre, los sonidos de las canciones de amor de sus negros?

— ¡Oh, sí! Fue al anochecer, casi entrada la noche una cacofonía que aturdiría a los sordos.

Así debía ser, Señor Conde, pues la sensibilidad del hombre estando embotado por la emoción, exalta los sentimientos apasionados

El rostro del señor William Busnach⁴⁶ estaba enrojecido, sus cabellos bastante largos se levantaron pareciéndose así a un erizo preparado para defenderse; y dijo:

— Señor Conde, le ruego que acepte mi agradecimiento anticipado, por el relato de esa famosa jornada que usted querrá escribirme, lo que me proporcionará un escenario curioso e interesante para una obra.

El señor Maizeroy dijo:

— En cuanto a mí, amo y venero el mar, porque un día vi la ondulante Berenice, con su bella cabellera trenzada, que hacía un viaje de amor sobre el Golfo Stream, ¿recuerda usted, Maupassant, que un día habíamos decidido intentar la desviación de esa corriente caliente, para alimentar a los peces rojos de la charca de la Guillete?

—Sí, amigo mío, lo que mejor recuerdo es que usted me había plantado, y que me había dejado solo en el Grand Val con la charca y sus peces rojos... a pesar de eso siembre tan móviles y vivaces que los de los lagos más elevados, de las cordilleras, de las montañas de Asia, sin agua caliente, sí ¡yo amo mi charca y sus peces, pero también el mar!... primero porque este último nos da la perla, que produce tanta belleza armoniosa en el rostro de la mujer, y además por su gran fuerza generatriz que deja en nosotros una sangre roja, una sangre de acción, lamento que no se haya seguido el consejo de Eugène Noel⁴⁷, «de hacer una inmensa fábrica de víveres, un laboratorio de sustancias más productivo que la tierra», mis recuerdos del canal de la Mancha

con mis amigos los pescadores, sobre sus altas olas como montañas no me abandonan nunca. Hoy ya tranquilo, amo el Mediterráneo, lo saboreo como un jardín exquisito; durante mis paseos en barco percibo los perfumes de la lavanda, del mirto y del jazmin; en ocasiones el viento desciende de las montañas, trayéndome fragancias resinosas que respiro y que dejan en mí una vida nueva.

El Doctor Daremberg⁴⁸, que había hablado poco hasta ese momento, respondió al señor de Maupassant, diciendo:

— Sí, mi querido amigo, usted tiene razón, el mar no solo es bello, sino también una fuente de vida... me pregunto si el Creador, no ha tenido recursos en sus embriones para crearnos, y llegar en suma, a una perfección, también...

La dama del país del caviar⁴⁹ elevó sus grandes ojos hacia el techo vítreo del «Bel-Ami», y dejó escapar un suspiro que provenía del fondo de su corazón...

La señora X..., una dama traviesa de París, emitió un pequeño grito de pájaro herido y dijo:

— ¡Oh!, Señor Daremberg, mi querido Doctor, usted regresa de Pontoise (risas)

— Sí y no, querida Señora, de casa de Villiers de l'Isle d'Adam.

— Eso no me sorprende.

Una discusión comenzó, sobre la creación, entre el Doctor y la pilluela de París, y las palabras técnicas, las frases científicas, arrojaron un nuevo brillo sobre el barniz del maderamen del «Bel-Ami».

... Y la señora, que había tenido respeto por su adversario, dijo finalmente:

— Sí, si, ç'eût été mieux placé sous le bras, et mon opinion est bien arrêtée, c'est que le Créateur s'est moqué de nous

La señora X... avait suivi les cours de la rue des Écoles.

El martillo del pequeño reloj de péndulo dio tres golpes semejantes a tres notas de música, el «Bel-Ami» trazaba unas estelas

casi furiosas hacia el Mont Boron; el viento del Este era muy fuerte, la mar gruesa, y como si quisiera saludar las costas, el pájaro blanco inclinaba sus alas hasta tocar las olas, el agua ganaba el puente hasta el pie del gran mástil, el lugar estaba limitado por los invitados; el señor Aurélien Scholl, el señor Magitot, el tímido Maizeroy⁵⁰, el señor Busnach, «El potente », descendieron al salón.

Cuando estuvieron abajo, el señor de Maupassant dijo a las damas:

— Cuando por fuerza mayor, para mejorar nuestra marcha, estoy obligado a escorar el barco, prefiero tener el lastre en el fondo.

Las damas rieron bajo el capuchón del impermeable en el que Bernard había tenido la precaución de envolverlas.

En la proximidad de la costa los elementos se volvieron menos violentos. En lontananza el rosario almenado del Estérel iba a arrebatar nos el sol, que descendió a tomar su descanso en una cama totalmente empolvada de oro...

La Ciudad de Masséna estaba ante nosotros con su puerto que nos invitaba.

La Sociedad estaba ahora reunida en el puente, feliz de regresar a tierra firme.

VIII

UNA TRAVESÍA AGITADA EN LA RADA DE CANNES

El historiador Taine decía:

— Maupassant me recuerda sobre su yola o su yate a esos vikingos de brazos fuertes que venían sobre sus barcos hasta su fértil Normandía.

Cannes, junio de 1914

El pico del obrero acabó de derribar la casa llamada « de la marina » que servía de oficina de aduanas en el muelle Saint Pierre.

Esta casa no tenía nada de célebre por sí misma. Hace falta decir que había visto un gran número de Altezas venir a tomar sitio en los barcos más diversos, para ir, envueltas en chales grises, verdes, olorosos, a dar unos paseos por mar, placer que era poco probable que encontrasen en el Olimpo donde el Todopoderoso las llevaría más tarde.

He dicho que esta casa no tenía nada de célebre. Sin embargo, debo añadir el haber asistido a su demolición, y me pareció, a cada golpe de pico destrozando una piedra, que ésta gemía y en su caída a tierra arrojaba un ligero silbido parecido a un grito de gaviota. Su choque, en el suelo, repetía el ruido de numerosas partes de fragmentos, que habían estado tanto tiempo impregnados de la sal del agua de ese mar que había visto su estructura durante un siglo.

Yo observaba la rada. Admiraba ese bello puerto del que Cannes está hoy dotado.

En ese momento experimenté una singular sensación. Me pareció que todo mi ser estaba dentro de una de esas corazas de tortura cuyo uso prohibió Carlos V.

Esa malsana sensación era producida por la pena que experimentaba al no poder ver más a mi señor admirar esos dos enormes espigones, uno al oeste, el otro al este que tan bien abrigaron su « Bel-Ami » o todavía por la anécdota que contaré.

¡Quizás por ambos!

La travesía de la rada en gabarra.

Ese día, el poniente soplaba con fuerza, y las olas, bramando, pasaban por encima del espigón, yendo a morder, firme, la tierra al pie de la bahía que superaba el ligero parapeto de la Croisette.

Eran las once de la mañana, y el señor de Maupassant decidió ir, con una dama, a almorzar a la Réserve. Él estaba bien situado en la gabarra; la dama, enfrente y detrás, manejaba el pequeño timón con mano experta, lo que hizo decir a Bernard:

— Usted me tranquiliza, Señora, por su destreza, pero el tiempo es malo. ¿Por qué ir? ¿Por qué?

Bernard no se atrevía a decir más, temiendo contrariar a su señor.

La pequeña cáscara de nuez, se puso en marcha bajo los primeros golpes de remo, y la dama gritó a Bernard:

— Hace doce años que hago esto. No tema.

Y jugaba con el timón como un niño con su sonajero.

Lentamente, el pequeño esquife se alejó. Al llegar a la punta del faro, vimos que el remero daba con fuerza a los remos que se elevaban y descendían con un movimiento rítmico pero más repetido.

Pronto se encontraron en medio de unos poderosos remolinos.

Una espuma ligera envolvió entonces al frágil barco y a sus pasajeros.

Yo estaba subido en los cabos del extremo. Raymond⁵¹ estaba izado en el gran mástil. Bernard registraba la rada con sus anteojos y dijo:

— Si en algunos minutos, no los vemos reaparecer, es que la corriente lineal^(a) habrá sido más fuerte.

— ¡Santo Dios!— exclamó Raymond, pidiendo a Bernard que le pasara el catalejo. Después una humilde voz de ruego:

— ¡Oh! Santa Cléophé, no nos abandones.

— ¿Dónde los ves?— preguntó Bernard.

Pero Raymond no respondió. Estaba totalmente enfrascado en su invocación y en su catalejo.

El momento era crítico. Se hizo un completo silencio, y una angustia mortal nos oprimió la garganta. Raymond acabó por decir:

— Nada. No veo ni una gaviota en la superficie del mar que parece muy grueso.

Bernard profirió un juramento indio.

Después de algunos minutos que nos parecieron largos como siglos, Raymond, desde lo alto de su observatorio arrojó un «¡Oh!» que nos revolvió las entrañas, y añadió:

— Los percibo. La lucha es terrible. A pesar de eso, la frágil embarcación parece comportarse bien.

— No deje de hablar, mi viejo Raymond. — dije yo.

— Sí, — continuó — hacen una maniobra hacia el sur para lograr evitar las dificultades del abordaje. Por otra parte, el mar parece menos duro allá.

Y finalmente, el señor de Maupassant y su compañía llegaban al desembarcadero de la Réserve.

A pesar del viento y el agua que el mar nos enviaba, almorzamos sobre el puente.

Bernard bebió, de un solo trago, un gran vaso de vino, él, que era tan sobrio. Raymond engulló, sin masticar, un tomate relleno, un poco tostado, totalmente caliente, recién salido del fuego. Esto no pareció molestarle.

Las cabezas se calentaban, como al final de una comida de bodas. Esos dos cuñados, que se querían más que dos hermanos, no estaban de acuerdo sobre los peligros que habían corrido durante sus largos y a menudo penosos viajes a China y a India.

Debo decir, sin embargo, que no tuve apenas problemas en establecer la paz entre ellos, pues ambos eran comprensivos y la razón acababa siempre por imponerse.

Hacia las cinco, vimos a los dos valientes que venían tranquilamente a lo largo de la Croisette.

Cuando llegaron al muelle, Bernard les ayudó a subir a bordo.

El señor de Maupassant se sentó como para tomar el timón del « Bel Ami » y la dama, sobre una silla plegable, con la espalda apoyada en el mástil. Charlaron y rieron, sin duda alguna del mal trago que nos habían hecho pasar.

El viento había decaído y el mar estaba calmándose. El sol había desaparecido detrás de las montañas del Estérel, y una aurora boreal abrazaba el cielo.

En un momento dado, el señor de Maupassant dijo:

— Vea, Señora, esta zona de nubes parece así un campo de lino en flor, sobre el que están sembrados aquí y allá, pequeñas rosas rojas, parecidas a las del rosal de espino, esas flores graciosas que despiertan siempre en el espíritu la idea de la primavera.

*Todo renace y ya el rosal
Ha visto a la abeja acudir a sus flores.*

— De Béranger⁵² — añadió el señor de Maupassant.

*Despertándose con la naturaleza
El joven pájaro cantaba sobre el rosal florido.*

— De Alexandre Soumet⁵³ — respondió la Señora N...⁵⁴

Luego con su voz de pájaro, ella exclamó:

— Vea, vea, Señor, su campo de lino sobre un fondo azul se ha revestido ahora con un traje de ante moteado, extraordinario, lo más bello que se puede ver.

Y las respuestas continuaron hasta que los polos quisieron cerrar las puertas a nuestro cielo.

Cuando fui a anunciar la cena, la señora N... que no parecía querer ser derrotada en ese diálogo donde ella no había tenido siempre la delantera, dijo:

*Abandonémonos, querido y buen Bello Amigo
En este amor de salón del « Bel-Ami »*

Hecho de madera adornada de flores.

Luego esta dama, la niña mimada de a bordo, arrojó al mar, al espacio, una de esas risas que hacen, a determinadas horas, las delicias de los hombres.

IX

LOS ALEGRES REMEROS DE CHATOU A CANNES

A comienzos de la primavera de 18... el señor de Maupassant me dijo:

— Voy a aprovechar la presencia de los remeros de Chatou en la Costa Azul para invitarlos a dar un paseo por mar, luego por la noche asaremos unos peces a la brasa en las rocas que rodean las islas de Lérins.

» El martes, a las once, vendrán a almorzar a casa, por la noche cenaremos en el barco y durante la velada haremos la famosa pesca.

» Veamos, seremos...

» Henri Brainne, de Joinville, René Billotte, Pol Arnault, Georges Legrand, Edmond Lepelletier, Stéphane Mallarmé, el Conde Joseph Primoli, la Señora la Gamine y la Señora Olympe⁵⁵, mi madre y yo, lo que hacen doce.

Durante el almuerzo, que fue muy tranquilo, se habló del próximo Salón; el pintor Détaille fue objeto de entusiasmo por parte de los invitados. El señor de Maupassant tenía una auténtica admiración por este artista, admiración que repartía con el señor Bonnat, su amigo, con el que pasaba a menudo horas en su taller, así como por Gervex, ese retratista que, en la mayoría de sus retratos, dejaba un pequeño lugar para la broma: en el pastel que hizo del señor de Maupassant, le colocó sobre la mejilla izquierda una cicatriz que nunca había existido.

Por último, Louis Le Poittevin, ese pintor de casta que había obtenido en el salón precedente una medalla de primera clase, por su cuadro « Val d'Antifer ».

A continuación se habló largo y tendido del señor Auguste Rodin, del que el señor de Maupassant acababa de describir su taller de París en su novela *Fort comme la mort*.

El Conde de Primoli, que habló primero, dijo:

— El señor Rodin, traduce la humanidad de nuestro tiempo por la sencilla verdad y una expresión muy poderosa, sirviéndose siempre

de la antigüedad. Hoy es el más célebre del mundo en su género... véase sino su Victor Hugo, Perseo y la Gorgona y tantos otros.

El señor Billotte, artista y pintor, hizo un gesto de aprobación y dijo:

— Es muy cierto, Conde.

Luego, dirigiéndose a Maupassant, le preguntó:

— ¿Recuerda usted la visita que le hicimos juntos un día? Cuantas obras maestras nos hizo admirar, haciéndonos una descripción que nos ponía cara a cara con el arte y el genio del artista...

» También cuantos proyectos nos dejó entrever (entonces aún no había pensado en su San Juan Bautista, en su Apolo).

— Sí, — respondió el señor de Maupassant — tiene una facultad muy desarrollada para la descripción en lo concerniente a sus obras. Vierte en uno una nueva inteligencia, una comprensión que hasta ese momento resultaba desconocida.

Una unánime aprobación le respondió. En ese momento, levantando la cabeza, el señor Stéphane Mallarmé paseando su mirada por las paredes de la habitación donde almorzaba dijo:

— Que curiosa es la decoración de esta sala, con sus anclas y sus flores de lis entrelazadas con colores de dorado antiguo, sobre fondo marrón oscuro, trayéndome a la memoria la cornisa del Pabellón del Gobierno en el Castillo de Diane de Poitiers.

» Ese techo, en parte dorado, representa los cuatro elementos. Debajo del Fuego, la Poesía heroica, con esta inscripción : « No canto más que las grandes cosas »

» Debajo del Aire, la Poesía lírica, con estas palabras: « Ella encierra todo en un breve poema ».

» Debajo de la Tierra, la Sátira y sus palabras: « Riendo es como pincho como una flecha ».

» Y debajo del Agua, la Poesía pastoral, con esta leyenda: « Yo soy la Canción de los pastores ».

El señor Mallarmé citó todavía más cosas, entre otras un cuadrante que llevaba la siguiente inscripción:

*Diana ve huir la hora y dice a los corazones heridos
Esperad, ella viene, a los felices: Alegraos...*

El señor de Joinville, para finalizar, comentó el cuadro que estaba encima de la puerta, yendo a la habitación de honor, representando la metamorfosis de Acteón con esta inscripción:

Nar lia ognium veder Diana ignuda.

En los postres, el señor Arnould contó una jornada de pesca que había hecho en el río Eure en compañía del señor A. Moreau⁵⁶, propietario de ese castillo incomparable donde han dormido un buen sueño reparador, varios Enriques coronados.

Por la tarde se dio un paseo por el mar, una visita a la isla Saint Honorat y al Monasterio, luego al islote Saint-Ferréol donde estuvieron durante cinco años los restos del compositor Paganini⁵⁷ (v. G. De Maupassant *Sur l'Eau*, p. 26)

En la cena, sobre el barco, surgieron los recuerdos de los remeros de Chatou. Desde el principio de la cena los recuerdos del Sena iluminaron el espíritu de todos esos Amigos del Remo.

En primer lugar felicitaron al propietario del *Bon Cosaque*⁵⁸ por el gran número de ahogados que había sacado del Sena. Luego el señor Brainne dijo dirigiéndose a su primo⁵⁹:

— Guy, recuerdas la escena bajo la vegetación del bosque de la Frette, donde remontabas, a pesar de la corriente, a « una pareja muerta en su último beso de amor ». Los esfuerzos que habías hecho habían dado a todo tu cuerpo un color marrón, pero pronto, sin duda a la vista que te presentaba esa escena, un estremecimiento te recorrió y una palidez extraña cubrió todo tu ser...

Un profundo silencio siguió a esta corta narración. Incluso el señor de Maupassant, a quién se dirigía, no respondía, y yo creía

comprender que ese recuerdo turbaba profundamente su alma, pues sus mejillas enrojecieron seriamente.

El señor Billotte rompió el silencio diciendo:

— ¿Recordáis, amigos míos, nuestro descenso al baile de la Grenouillère?. De entrada el espanto, luego la alegría desbordante de los bailarines y las bailarinas...

Hizo entonces una descripción de algunos trajes que llevaban para esa entrada solemne y sensacional que semejaba una aparición, un gran manto blanco cubierto de ratas negras, otro verde sembrado de gardenias, etc.. sin olvidar uno rojo extraordinario cubierto de monos...

El Conde Primoli, emocionado sin duda por lo anterior, comentó una aparición a la que él había asistido en las catacumbas de la Villa Eterna que lo había impactado notablemente:

Sí, — le dijo el señor de Maupassant — pero ¿no encuentra usted, Conde, que eso hace pensar en un Dios volador, en el ángel bíblico de las antiguas mitologías?

El señor Pol Arnauld contó que lo que le había emocionado más profundamente, fue el Cristo en la tumba en un subsuelo de la Catedral de Bruges.

A mí — dijo entonces la señora la Gamine — la cosa más sorprendente que me ha golpeado fue la crucifixión de Tintoreto en la Iglesia « San Rocco » en Venecia.

Y el señor Mallarmé comentó que la más profunda emoción de su vida fue el dibujo de Leonardo da Vinci « La Virgen, Santa Ana, Jesús y San Juan » en la Academia de Bellas Artes de Londres.

La señora Olympe pronunció con lentitud:

— La cosa que me ha producido mayor tristeza, fue una pequeña capilla que se encuentra en la punta oriental de la isla Saint Honorat y que vi durante una visita anterior, enterrada bajo grandes pinos, hecha de piedras sin trabajar. No daré una amplia descripción, pero sepan que todo en ella encoge el corazón e inspira una verdadera angustia, se me ha dicho que databa de tiempos de la era cristiana.

El señor Georges Legrand recordó entonces, con un alegre tono, el encallamiento de su barco, el « Saint-Georges », que tuvo lugar

poco tiempo antes de nuestra llegada al puente de Saint Germain, lo que supuso una verdadera chanza para los remeros de Chatou. Hablaban varios al mismo tiempo para traer un recuerdo divertido. Yo asistí al del « Saint-Georges ». Hubo un momento de estupor cómico en las numerosas damas que se encontraban a bordo, su remontada sobre el puente habría provocado en Armand Silvestre⁶⁰ una alegría delirante... luego después de lo que, todo el mundo quería desembarcar, pero nadie aceptó abandonar la orilla y toda esa gente reía de buen corazón... El señor de Joinville contó algunas buenas jugarretas que le habían hecho al señor Alphonse y a la señora Alphonsine, arrendatarios del restaurante y del garaje del Puente de Chatou cuyo interior y fachada estaban decorados de pinturas...

Pescado a la brasa.

Allí estaban cuatro barcas de pesca, alineadas a lo largo de los flancos del « Bel-Ami », llevando en su mástil una linterna de luz roja, dos estaban bajo las órdenes de Bernard y las otras bajo la supervisión del señor Fournaire, un viejo lobo de mar.

El señor de Maupassant y Bernard reconocieron si todo lo necesario para esa expedición estaba correcto, antorchas de resina, tridentes, sables de caballería, sacaderas, un buen percutor.

Los pescadores tomaron lugar, tres barcos y la orden de partida fue dada. El Conde Primoli, el señor Pol Arnauld y la muchacha de París quedaron a bordo.

Una vez doblado el faro, los barcos se dispusieron en orden de batalla, entonces los émulos del remo fueron a distraerse con el corazón alegre y creyéndose sobre el tan amado Sena, pues el mar estaba en calma.

Antes de llegar a las islas oímos de súbito un ruido singular y una marejadilla, que parecía submarina, imprimía a nuestros débiles esquifes unos movimientos inquietantes. La señora Olympe no parecía

tener miedo. Sin embargo el señor de Maupassant la tranquilizó enseguida, diciendo:

— No tenemos nada que temer, Señora, son unos cachalotes, viajeros amables que se aproximan lo más posible a la costa para degustar los aires de música llenos de languidez y voluptuosidad que parece ponerlos alegres; se comunican como nosotros, por la transmisión de ondas... ¿entiende usted?

— ¡Oh! Sí, Señor, muy bien, era la música de la banda de Cannes que daba un concierto en los Allées.

Cuando llegamos enfrente al paso que separa las dos islas, el mar estaba ligeramente agitado; y, la corriente del Este ayudando, unos chapoteos producían un ruido en las rocas. Oyéndolos, los pescadores estuvieron de acuerdo en reconocer que con el calor de la primavera naciente, los peces debían estar reanimados, lo que era favorable para la pesca.

El señor Legrand dijo entonces:

— Sí mi querido Maupassant; hay trabajo en este mar en ebullición.

En ese momento el señor Fournaire, como un oficial, dio a cada uno las órdenes a seguir y no se debía hacer ningún ruido, ni hablar, ni toser.

Ni una estrella en el firmamento, sin embargo se las sospechaban, pues la bóveda celeste no se había revestido esa noche más que con una especie de traje de tela de araña, como llevaban en la antigüedad los emperadores chinos, por lo que la noche no era profunda. Durante una o dos horas no se oyeron más que los golpes de tridente y de sable que hacían brotar el agua bajo la luz de las teas, de vez en cuando, unos pequeños gritos agudos, cuando la resina descendía sobre la mano del encargado de esa función.

El regreso se hizo en una calma tal, que yo no reconocía a los remeros de Chatou. Se hablaban de una barca a otra en un tono bajo. Yo pensaba: « eso debe ser el aire de la noche que influye sobre todos

estos individuos. En un momento, Bernard pronunció “Stop” y todos los remos se levantaron...»

Entonces la señora Olympe cantó « Blanche la Gondolière » y ligeramente balanceada sobre el pequeño esquife, ante ese decorado inesperado de la noche, la voz fresca y poderosa de sus veinte años, encantó y emocionó a toda la Sociedad. El señor Mallarmé pronunció algunos cumplidos y el señor Lepelletier añadió:

— Pero esta Olympe debe llegarnos de algún lugar encantador...

A la llegada del « Bel-Ami », el producto de cada uno de los barcos fue colocado en un recipiente separado, y pesado.

Todo fue como cabía esperar. El señor Legrand prevalecía sobre todos sus colegas, ese espadachín de gran merito no había perdido facultades después de la famosa carga de Reichshoffen que él había hecho al lado del general de Galliffet...

Luego en el salón del « Bel-Ami », una animada conversación tuvo lugar sobre los recuerdos del Sena en el que el señor Dumas hijo y sus dos hijas, las señoras Colette Dumas y de Hauterive, y la señora Bizet nacida Halévy fueron los homenajeados.⁶¹

Los almuerzos en el Pabellón Enrique IV y los numerosos artistas que allí desfilaron fueron citados. Luego el descenso en yola hasta Rouen fue descrito por el autor de *Mouche*.

Esta poética narración fue bastante breve, teniendo sin embargo a su auditorio bajo un profundo arrobamiento, pues el señor de Maupassant no ponía su talento, sino su corazón de amante del Sena. Cuando hubo terminado su relato, oí una voz que decía:

— Es claro y vívido, el relato de este especialista de ríos, su pecho aspira todos sus perfumes y su corazón está inundado rompiéndose de su poesía.

Luego la conversación derivó hacia la Villa Eterna, que todos los presentes conocían, para complacer al Conde Primoli al que la sociedad de los escritores franceses había bautizado « El Embajador de las letras francesas en Roma ».

El pequeño reloj de péndulo de a bordo, por su delicado sonido, recordó a los presentes que eran las tres. Una brisa bastante fuerte del Nordeste había aclarado el cielo.

Sobre el puente, el señor Mallarmé, ese poeta que tan bien ha cantado « Une brise marine » y una « Apparition nocturne⁶²» se dedicó a admirar el decorado diciendo:

— ¡Vean, vean! Las estrellas arrojan su fuego en el mar, estamos en el Cairo, este cuadro tiene la magia divina del Nilo.

Llegó finalmente el momento de separarse y entonces los cumplidos se volcaron hacia el señor de Maupassant para agradecerle el haber reunido a sus amigos de Chatou ante esa celeste apoteosis y por esa gran jornada.

X

CANNES - VILLA CONTINENTALE

Paseo en Agay - Tentempié regio.

A las ocho de la mañana, el señor de Maupassant abrió ya las ventanas del salón y se paseó por el balcón. Me presenté para recibir las disposiciones de la jornada.

— He aquí, — me dijo — el presente despertar de nuevas maravillas cada día. Este mar y la salida del sol sobre las montañas del Estérel siempre me revelan lo desconocido. Vea esos tonos verdes que adquieren esos pinos bajo esa aurora formada por doce rayos luminosos, allá, así encaramados, ensamblados, estrechándose el uno contra el otro sobre esta piedra de fuego, me hacen pensar en algún batallón con pantalones rojos y túnicas marinas, rodeando y escalando las tortuosas rocas, extrañas, y de una majestuosidad sorprendente como si se tratase de la toma de alguna Torre de Malakoff⁶³.

» Luego, al pie de los montes, las colinas de Théoule y de la Napoule trazan sus líneas más sombrías, pero sin embargo de un hermoso verde de bronce, y más cerca de nosotros, el monte Saint Pierre parece protegerlos a todos, con su modesta cima.

» Vea, es redonda como el armazón que llevaban nuestras abuelas y sobre el que se habrían hecho un vestido de mirto.

» Es la que más me gusta de todas esas cumbres. No sé si es porque es la más cercana y que es, por así decirlo, la compañera de mis paseos en el golfo de Napoule, o aún por lo que me ha contado Pol Arnauld. Le prometo que si algún día tengo tiempo, la describiré en un cuento que se saldrá de lo ordinario, créame.

Regresando por la noche de sus prácticas de tiro a pistola, el señor de Maupassant encontró una nota de la Marquesa de Gallifet⁶⁴ que decía: « Querido Señor, mañana a las ocho de la mañana, si usted se digna a recibirme, seré muy feliz ».

El señor de Maupassant, cansado, comentó:

— ¡Otro marrón!...

Se trataba de una pequeña pieza divertida que la Marquesa solicitaba para ofrecer a un reyezuelo de las orillas del Maï-Kong⁶⁵. Sí, pues después de que ese hermoso país de Francia suprimió su corte, la Princesa de X... hacía los honores a las cabezas coronadas de paso por la tierra de los Borbones.

— Esta vez, — me dijo el señor de Maupassant — voy a ofrecerle una que no le quedarán ganas de volver.

Creo que hizo una adaptación de su relato *La Patronne*⁶⁶. Dijo a su madre:

— Ha pasado, e incluso bien. No obstante era demasiado atrevida. Pero que quieres, fuimos a una marcha sorprendente. He visto al rey. Era joven y guapo. Su figura incluso traslucía carácter. Su cabeza estaba coronada de una melena de cabellos negros y crespos que le sentaban bien.

Se organizó para el rey un paseo a Agay sobre el « Bel-Ami » donde fue servido un tentempié. Pero he aquí, que para ello, fue necesario encontrar con que divertir a esa sociedad multicolor. El señor de Maupassant entonces movilizó a sus mejores musas, hombres y mujeres, en honor de esta reunión real.

La travesía de Cannes a Agay fue una de las más originales que se desarrolló en la cubierta del « Bel-Ami » ante las grandiosas rupturas del Estérel, de la punta del Esquillon y de las rocas alineadas a lo largo de la costa, parecidas a una náyades cubiertas de un manto rojo.

En ese momento, yo deseaba que el Creador hubiese dado a todas esas cosas el entendimiento y la palabra, para que pudiesen decir y contar a los viajeros que pasarían después de nosotros, por ese lugar, lo que habían visto y oído.

Sí, a la vista del cuadro que presentaba el puente del « Bel-Ami » con el fondo majestuoso ya descrito, deseaba con todas mis fuerzas la presencia del señor Gervex, ese artista que pintaba caricaturas en sus horas libres.

Cuando el ancla fue echada en las aguas azules de la rada de Agay, todas las Altezas se hicieron lo más pequeñas posibles para asistir al tentempié.

En el interior del barco, el salón, el camarote del Capitán, el pasillo que conducía al poste, la parte de atrás, todo estaba lleno. Esas personas de dos sexos estaban apretadas como arenques en un tonel.

En medio de la mesa estaba colocado un pináculo de cangrejos, de un metro de alto, y flanqueado de un cercado de tortugas que sacaban de vez en cuando sus pequeñas cabezas redondas para morder las hojas de vid de las que estaban rodeadas. Éstas llevaban sobre su caparazón unos montones de bocadillos surtidos. Luego un séquito de ranas. Yo me detuve. Los invitados y sobre todo el rey, apreciaron estos manjares ligeros y delicados.

En un momento dado, el conjunto de crustáceos se derrumbó como un castillo de naipes, y unos cientos de ratones de todos los colores se dispersaron por todas partes sobre la cubierta del yate.

Pero la sorpresa no fue general. A la aparición de los minúsculos animales, el rey dijo:

— Dios mío, esos pequeños bichos parecen muy inofensivos. ¿Qué son al lado de los enjambres de ratas de los que me he visto en ocasiones rodeado durante mis largas travesías?.

Y tomó un bocadillo.

De pronto, la condesa de O..., gritó:

— ¡Oh! ¡Oh! Hay uno que sube por la pernera de mi pantalón. ¡A mí, auxilio... !

Luego la Princesa de X..., totalmente pálida y retorciendo su larga figura, decía:

— Me parece que hay varios que se equivocan de camino. Se lo suplico, ¡Maupassant, llame a su gata!

Piroli fue llamada.

En ese momento las damas huyeron por el puente, subiendo la escalera, alzando bien alto sus vestidos sin temor al ojo de Armand Silvestre que podía encontrarse entre los asistentes.

Entonces Bernard y Raymond, retomaron, por un momento sus funciones de grumetes, desembarazando a las Altezas de esos escaladores que les hacían cosquillas con demasiada delicadeza.

Durante esas búsquedas la señora Baronesa de Hondoir cantaba:

*Ve pequeño grumete⁶⁷
 Donde el viento te deposite
 Ve, bajo las olas
 Hasta el fondo de las aguas
 Tal vez una reina
 Te dará su mano
 Tal vez una ballena
 Te devorará mañana...^(a)*

Pronto un grupo de hombres en proa, sentados sobre el extremo exterior, cantaron suavemente « La Vestale » de Vadé⁶⁸; y que curioso era que esos ritmos que se dicen burlescos, parecían en armonía con el bonito sitio que nos rodeaba:

Primera copla

*La otra mañana, me decía como es eso
 Pero es que es acaso una ópera
 Ya que en una calle en un rincón de la Halle
 Leyendo: La Vestal
 Hizo que me obsequiase
 Son tres libras doce peniques lo que me costará
 Una Vestal bien vale eso.^(b)*

Segunda copla

*Se me dijo que la obra es tan triste
 Que sería necesario para resistirla
 Tener un corazón de roca
 Yo que no tengo pañuelo para sonarme
 Voy a buscar al vecino Bautista
 Para que me preste un pañuelo de batista.^(c)*

Como réplica, la Marquesa de San Paolo cantaba valientemente:

*Yo soy hija de Castilla
 Y me río del mundo entero
 Cuando vuelo, vivo y enloquezco
 Cerca de mi muletero.
 Es el más bello de España
 Nadie sabría eclipsarlo
 A través del campo
 Cuando se le ve lanzarse.^(d)*

Imperturbable, el rey había quedado ante la pirámide de cangrejos destruida, con dos de sus ministros, el maestro de ceremonias y algunas musas. Del resto, se encontraba seguro, pues acariciaba a Piroli que estaba sobre sus rodillas, y cuya mirada iba del extremo de sus dedos enrojecidos a su figura, mirada que dejaba percibir una cierta inquietud. Tal vez se decía: « Desde luego, tú eres bien distinto de mi amo?... »

Cuando todo el mundo se reunió en el puente, un grupo de los dos sexos se formó ante Su Majestad, sentado en un sillón plegable, junto al mástil de artimón.

Un duque de los más alimentados entonó « Les droits du Seigneur »

*¡Oh! usted tiene unos derechos magníficos
 Maestro y Señor de este cantón
 Usted tiene las primeras gavillas
 Cuando llega el tiempo de la cosecha
 Venga usted, se le presenta
 Con pompa el vino de honor
 (Bis) Y el viejo administrador os cumplimenta
 (Bis) ¡Oh! los bellos derechos del Señor...^(e)*

Con una leve inclinación de cabeza y un gesto con su mano enguantada, él lo agradeció.

Y después de pasados más de treinta y cinco años, me ha parecido oír esta melodía, y me he dicho: debe haber quedado por allí, grabada sobre esas orillas y en esa rada mágica.

La condesa de O... había aportado, en esta circunstancia, una preciosa ayuda al señor de Maupassant que decía, hablando de ella:

— Tiene una pierna de galo. Por lo demás, paso, no conociéndola. Es gastronoma. Debe ser una descendiente de Brillat Savarin. Su estómago fue, sin ninguna duda, confeccionado con la piel del avestruz. En cuanto a su cabeza, es una mezcla completa. Hay de todo en su interior: Moliere, Vadé, Paul de Kock, Robert Houdin⁶⁹ etc...

A la mañana siguiente de esta fiesta, el señor de Maupassant me dio un despacho para llevar a Saint-Raphaël. Advertía a su madre que quedaba un día o dos más en Agay.

De regreso, lo encontré bajo su tienda, y me dijo:

— Vea usted, he pedido a Bernard que pusiera mis lonas, pues ya hace mucho calor; pero es tan bueno trabajar así, ante este horizonte claro, atenuado por esas orillas verdes.

— Sí, señor – le respondí – Napoleón también, durante las guerras de España, trabajaba siempre bajo sus tiendas para evitar el calor y la luz demasiado intensa del sol. Es lo que me contó uno de sus oficiales de ordenanza.

XI

FLAUBERT Y MAUPASSANT

El señor de Maupassant salió de su baño y se cubrió con un albornoz, luego acabó de secarse con una toalla; a continuación le hice una fricción con agua de Colonia sobre la espalda, con una buena presión en la espina dorsal...

En ese momento dijo:

— Esta fricción que usted me hace arrastra mi pensamiento hacia los días más tristes, los más penosos de mi vida, después del deceso de mi querido y muy llorado Maestro Flaubert, lo bañé terminando con una fuerte loción de agua de Colonia. Luego lo vestí con una camisa, un chaleco y unos calcetines de seda blanca; después los guantes de piel y su pantalón a lo Húsar; su chaqueta y su abrigo; su pajarita, pasando bajo el cuello de su camisa, tenía forma de mariposa.

» Cerré sus ojos, en los que, a pesar del velo de la muerte se veía todavía flotar un leve color azul: (¡¡¡ que decía haber traído de su estancia en Túnez⁷⁰ !!!).

» Luego peiné su bigote y su bella y fuerte cabellera que todavía formaba unos bucles perfectos.

» Entonces me imaginé el trabajo que había proporcionado el cerebro que había contenido esa cabeza, muy por encima de la media, para crear su poderosa obra coronada por *Salammbô*, esta obra que ocupará un lugar de honor en la literatura durante los siglos venideros. Luego me recogí ante su gran frente, alta, ancha y plena.

» Después de cuanto tiempo, no lo sé... posé mis labios temblorosos sobre la superficie de esa frente con una especie de deseo de tomar el misterioso poder que él ocultaba. Pero desgraciadamente ese fue mi beso de despedida.

Tras un silencio, añadió, como hablando para sí:

— Sí, *Salammbô*, es la Divinidad más perfecta que existe.

El relato anterior me ha parecido ser una evocación del señor de Maupassant hacia el espíritu de su maestro tan pronto desaparecido al que amaba con un fervor apasionado...

—Finalmente, —dijo con una voz bastante firme, — sin embargo, se sentía querido, pues su alma sufría.

Seguramente tenía la impresión muy clara de la posición dolorosa de su corazón.

Fue con emoción que releí un pasaje de la *Galerie des Bustes*⁷¹ del señor Henri Roujon, que es de tal veracidad que me permito reproducirla aquí:

« ... Que fue prometido a la gloria, no lo dudamos, pero ¿pudo prever esta vertiginosa y trágica carrera de meteoro?

Feliz, célebre, afortunado, Maupassant era el buen compañero de los años de aprendizaje. Su mayor alegría era invitar para un fin de cena, cara a cara, a algunos testigos de ese inicio. Nunca olvidaré la noche en la que me hizo partícipe de los últimos momentos de la muerte y de los funerales de Flaubert.

¡Que sencillo y doloroso era su relato! Lamenté no haber tomado al día siguiente algunas notas. Su devoción, su sometimiento, a la vez intelectual y sentimental le inspiraban esas palabras y actos de auténtica nobleza.

Había lavado con sus manos el cuerpo de su Maestro y presidió su último aseo, sin frases, sin poses, sin gritos, sin llantos, con el corazón inundado de respeto.

Le amaba como un hijo, como un discípulo que admira, pero también como un tunante de sobrino querido del tío que lo ha mimado y regañado. Yo le he visto llorar casi de dolor y de cólera cuando Flaubert tuvo un final agobiado por unas apuros económicos debido a refugiarse en Croisset para envejecer allí pobremente...»

Similitudes entre Flaubert y Maupassant

Flaubert,

Según las memorias de la señora Commanville⁷², la sobrina venerada del autor de *Salammbô*, he aquí el siguiente pasaje:

« ¿Lamentaba no haber llevado una vida ordinaria? Algunas emotivas palabras salidas de sus labios, un día en el que regresábamos juntos a lo largo del Sena, así me lo hicieron creer.

Habíamos visitado a una de nuestras amigas que se encontraba rodeadas de encantadores niños.

— Ellos son lo auténtico — me dijo mi tío, haciendo alusión a esa estampa de familia, honesta y buena.

— Sí — se repetía a sí mismo, gravemente. Yo no perturbaba sus pensamientos y permanecía silenciosa a su lado.

Ese paseo fue uno de los últimos. »

Caroline Commanville.

Maupassant,

Cuando, en el Monte del Revard, en Aix-les-Bains, me dio a entender su pesar por no estar casado, no hacía más que compartir la misma sensación que su maestro Flaubert; pudo hacer el juramento, sobre el altar de la soltería, de no tomar mujer; pero un día me dijo, después de una estancia en Aix-les-Bains que en un viaje a Suiza, había conocido a una muchacha que, según su opinión, reunía las cualidades morales y físicas suficientes para convertirse en la compañera de un escritor, persuadido de que desempeñaría este difícil rol a la perfección.

El maestro Flaubert pensaba con una perspicacia reflexiva y profunda, lo que le hacía decir: « Para ver las cosas con alguna atención, debemos captar más de lo que encontramos, miles de nociones que germinan en nuestro interior, engrandeciéndose y precisándose como un recuerdo ».

El señor de Maupassant pensaba sin ninguna presión. Su rostro no tomaba durante el trabajo, una expresión meditabunda, y en ocasiones, sonreía.

Esa tranquilidad, esa fuerza natural de un espíritu sano, fuerte y frío, lo mantenía también ante cualquier peligro.

Oí un día decir al señor de Maupassant: « La obra de Flaubert es a la literatura lo que el Partenón a la arquitectura: la expresión exacta del arte ».

El gran filósofo Taine dijo: « Nosotros no tenemos más que un hombre que sea capaz de crear... en él los caracteres germinan y se desarrollan por ellos mismos: éste es Maupassant. Está aún mejor dotado que Flaubert ».

Si se profundizase en toda la obra del señor de Maupassant, incluso en los mínimos detalles, se encontraría la misma sensibilidad que en la de Flaubert.

Maupassant dijo: « La lengua francesa es una música para quién sabe utilizarla ».

Los primeros días de junio de 1879, el señor Flaubert cenaba en casa de unos amigos en la calle Murillo; en una mesa estaban reunidos insignes personajes, pero bastante taciturnos, bajo la losa de la triste noticia que acababan de recibir: la muerte del Príncipe Imperial, sobrevenida allende los mares⁷³, en una colonia inglesa, y se podía advertir que los ojos de esos caballeros, aunque secos, estaban todavía enrojecidos y brillantes como los de las damas vecinas.

Sin embargo todas esas personas se encontraban obligados a hablar de esa gran desgracia que golpeaba al corazón de Francia, y sobre todo a ellos en sus esperanzas.

El señor Octave Feuillet⁷⁴ repetía a cada momento:

— ¿ Pero, cómo ha podido suceder semejante hecho?

Y grandes suspiros salían de cada pecho a modo de respuesta.

El señor Claudius Popelin⁷⁵ hablaba poco y su gran barba estaba como pegada a su pecho.

Finalmente el señor Albert Dubois, pintor y músico, cuñado de Octave Feuillet, no recuerdo a propósito de qué, dijo al señor Flaubert:

— Sí, Maestro, cuando leo su prosa experimento la misma sensación que cuando ejecuto uno de mis fragmentos musicales preferidos.

Flaubert parecía estar sufriendo con el calor de la sala, prorrumpió en una sonora y sofocada carcajada de las que tenía por costumbre; en ese momento su frente me pareció todavía más grande y su bigote se elevó de una manera sorprendente, luego dijo:

— La música... En literatura, no admito que una misma palabra figure a menos de quince líneas de distancia. La frase debe ser completa y significar exactamente la cosa que se quiere decir.

» De este modo, usted puede allí encontrar un sentido que puede parecerse a su música, mi querido Albert.

XII

EN LA BAHÍA DE LA NAPOULE

A bordo del « Bel-Ami »

A lo largo de la bahía de la Napoule, el « Bel-Ami » navegaba, bajo un sol de abril, ya caluroso, empujado por una ligera brisa. Bernard preparaba lo necesario para engalanar el barco. Cannes estaba en fiestas al día siguiente. Mientras tanto, Raymond se ocupaba de la cena. Ese valiente no era solamente un buen marino, era también un cocinero apreciado por el señor de Maupassant. En cuanto a mí, como el mar estaba tan calmado, se me había confiado el timón.

El señor de Maupassant estaba sentado bajo la tienda. Observaba con su catalejo Cannes, la costa y las montañas.

Después de un largo silencio, me dijo:

— Todo lo que acabo de ver me resulta muy hermoso. Es en definitiva alimento literario, que fermentará e intensificará, en mí, ciertos hechos que quiero escribir. Como lo han cantado los poetas, las flores tienen necesidad de sol para abrirse y a nosotros, los escritores, es la naturaleza quién nos ayuda, agitándose poderosamente en nuestros cerebros, para crear y poner a punto nuestros temas. La atmósfera tranquila de esta bella jornada tiene sobre mí una influencia sorprendente, como raras veces he sentido. Me parece que a esta hora podría escribir alguna cosa mejor que todo lo que he hecho hasta este día.

Cuando el señor de Maupassant hubo pronunciado estas palabras, me vino a la memoria lo que le había oído decir algún tiempo atrás:

— Estoy repleto de sabia; la primavera de este país me despierta como a una planta y me hace madurar frutos literarios⁷⁶...

El sol descendía y daba a los Alpes un aspecto mágico. El señor de Maupassant, tomando su catalejo continuó:

— Grasse, bajo el sol que se oculta, tiene verdaderamente algo de majestuoso, en el flanco de esas rocas. ¿Ha visto usted sus callejuelas con las casas de techos extraños que parecen tocarse en ciertos lugares? Esto me hace pensar en algún rincón de la antigua Florencia. Creo percibir en lo alto Thorenc. He pasado una noche en

su viejo castillo, donde existen todavía gateras. ¿Las ha encontrado en los numerosos castillos que usted ha visto...? Cuantos hechos curiosos, a cuantas historias interesantes ha debido usted asistir en esos ambientes aristocráticos todavía imbuidos de prejuicios de antaño, y donde la burguesía penetra hoy, con su espíritu moderno.

— Si, Señor, en una de esas residencias de techos puntiagudos y flanqueada de torres del siglo XVI, en las orillas del Eure, ese río por el que fluye un agua límpida, he asistido a cosas muy interesantes, con las que hacer un buen volumen...

Y conté al señor de Maupassant, la historia de una dama, con la que su madre, la señora de Maupassant, había tenido relaciones treinta años atrás.

XIII

VIAJE A ARGELIA 1890

Revisando la presente narración sobre este viaje, he tenido el sentimiento muy insistentemente de que el lector que me honre recorriéndola, experimentará, al igual que yo, una muy sincera pena pensando que el autor de *Au Soleil* ha desaparecido sin haber tenido tiempo de escribir ese tercer viaje a Argelia que había sido hecho con la intención de realizar una obra especialmente cuidada y de un carácter inesperado, incluso para sus habituales admiradores.

Según las impresiones que me había proporcionado el discípulo del gran Maestro de *Salammbô*, a la vista del desierto en las puertas de Batna, luego Biskra, y todos los oasis de los alrededores y aun el Rummel, en Constantine, con todo su curioso exotismo, sin tener la pretensión de hacer palidecer a Dante, habría arrojado sobre todas estas cosas unas notas nuevas que las habrían realzado, y también sobre las costumbres, hechos y gestos de ese pueblo misterioso e interesante en muchos aspectos.

¿Me estará entonces permitido manifestar aquí algunos pesares?

El día en el que el señor Marqués de Morés vino al castillo de Motelle en Saint-Georges, para despedir al señor Albert de Voise y a su esposa, la víspera de su salida para la expedición que debía resultar fatal, me dijo:

— François, no lo llevo a usted, aunque conoce bien a los árabes y que el señor de Maupassant tuvo la misma idea sobre la expedición que voy a emprender. La única diferencia, es que él quería partir de Biskra, y yo, he establecido mi punto de partida en Túnez.

Mi respuesta al marqués de Morés fue un lamento que me pasó por el alma y que continúa hoy, cada vez que veo en el cementerio de Cannes la columna de granito rojo que cubre sus nobles restos.

Hoy, tengo presente todavía en la memoria, la expresión de voluntad de ambos hombres, Maupassant y Morés: me parece siempre oír el sonido de sus voces, expresando su amor por su querida Francia.

Cannes, 19 de enero de 1929.

Marsella, 6 de septiembre de 1890.

(Llegada a Argel)

El trasatlántico « Duc de Bragance », con la suavidad de un « Bel-Ami⁷⁷», nos condujo a Argel en veinticuatro horas. Hay que decir que el mar no podía ser más propicio, calma durante toda la travesía. Cuando volví a ver El-Djezaïr⁷⁸, hoy la capital de la Francia africana, no tuve más que un pensamiento, fue decir a mis compatriotas que llamásemos a Argel la reina de las costas africanas del Mediterráneo, del mismo modo que Théophile Gautier bautizó a Marsella como la reina de la costa europea.

Volvía a encontrarme en Argel, blanca como en mi viaje anterior, con unos reflejos de un ligero violeta. El sol acercándose a las cimas de El-Biar⁷⁹ aclaraba, con su dulce luz, las cúpulas de los palacios de Mustapha superior, todos rodeados de vegetación.

El señor de Maupassant estaba, en ese momento, sobre la pasarela; describía a sus amigos esa ciudad que conocía tan bien, y todo ello en unos términos apropiados a la circunstancia, tal y como su espíritu sabía hacerlo. Tenía su catalejo en la mano izquierda y, por los movimientos de la derecha, se podía adivinar lo que decía, ya que sus gestos eran precisos y graciosos.

A nuestra llegada al hotel *Oasis*, una decepción esperaba al señor de Maupassant. El gerente del establecimiento le recibió con suma amabilidad, recordando sus anteriores estancias, todo eso en un tono de respeto sincero. Pero, ese día, sus disculpas era todo lo que le podía ofrecer; ni una habitación libre que tomar. Entonces, refunfuñando, nuestra pequeña tropa dio media vuelta y fue a alojarse al otro lado de la avenida, en el hotel *Europe*.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, regresamos al hotel, regresando de las alturas de Mustapha superior, donde habíamos asistido a la salida del sol que nos había recordado la excursión que habíamos efectuado unos años antes al cabo Matifou⁸⁰.

El señor de Maupassant dijo:

— Vea usted, esos amaneceres; son como las mujeres hermosas. Cuanto más se los ve, más encanto se les descubre. Varían su intensidad de poesía, según la hora, el tiempo y los lugares desde

donde se muestran a nuestros ojos. Y, ¿acaso no ocurre con ciertas bellezas que nos seducen más o menos, según el marco en el que éstas se nos muestran ?

Mi señor tenía calor. Quería cambiarse, cuando el gerente le dijo que un oficial lo esperaba en el salón. Una vez que el oficial marchó, el señor de Maupassant se hizo hacer una buena fricción, luego me dijo:

— Ya saben en el Círculo de oficiales que estoy aquí, y no pierden tiempo. Estos caballeros siempre han sido muy amables conmigo en cada uno de mis viajes a Argel. Estoy incluso un poco confuso. Le he dicho que iría esta noche al Círculo, pero que no estaba más que de paso, y que iba a dirigirme enseguida hacia el interior con unos amigos. Usted ahora podrá ir a ver donde están esos últimos, y mostrar la ciudad a sus colegas si han acabado su servicio.

El autor de *Rose*⁸¹ me decía esto seriamente. Mis colegas eran Anatole, un ex coracero, una hermosa muchachita de Lorient y una sirvienta, Rose, que se había encontrado una mañana de primavera agarrada a la verja del parque Montceau, en la calle Rembrandt.

A la mañana siguiente, relatando al señor de Maupassant nuestro paseo, respondió:

— ¡Eh! Dios mío, sí, de viaje se debería siempre tomar todo en su aspecto risible, no ver más que lo cómico, lo divertido, sobre todo en esta tierra de África de costumbres y razas tan abigarradas y extraordinarias para nosotros, los europeos. Pero cada uno de nosotros viaja con su temperamento y no siempre se tiene la maestría de modificarlo según las circunstancias. En fin, sobre todas estas voluntades limitadas, poco dotadas de fuerza, la luna, esa errante nocturna que nos ha ocupado tan a menudo, tiene, sobre nuestro carácter, sobre nuestro humor, un poder todavía indefinido. Hagamos del nuestro lo mejor que podamos para cumplir convenientemente con nuestra tarea y el dios de los viajeros sabrá agradecérmolo tal vez un día. Hemos hecho un largo paseo en coche que me ha complacido mucho, diría incluso que me ha entusiasmado; no ha tenido más que algunos puntos negros, mas bien marrones, en las alturas de las colinas de Mustapha tan bien engalanadas de arbolillos verdes. A lo largo de los senderos se encontraban unas muchachas desprovistas de toda vestimenta, incluso de la púdica hoja de parra. En aquel momento, eso nos ha parecido impactante...luego... finalmente, nos hemos visto

obligados a reconocer que esas criaturas estaban muy bien hechas, sin ser unas rematadas Venus.

(De Argel a Medea)

El 10 de septiembre, a las seis de la mañana, en la estación de Argel, una máquina silbaba estridentemente, luego tosió y gimió como si saliese de un mal sueño; enseguida, recordando todo su coraje, se puso en marcha alcanzando los quince kilómetros por hora. Pronto, estábamos en la planicie de la Mitidja; allí, nos arrimamos a Anatole que ocupaba siempre la ventana de ese lado:

—Sí, — nos dijo — es una necesidad que experimento, con la esperanza de ver allá, bajo los manzanos, a una muchacha de este país en traje de Eva.

Luego cantó:

*Que hay más bello que la aurora,
Nada mejor que el amor.*

Creo que la española que le había hecho dar un mal paso la antevíspera se llamaba Aurora.

Pronto no teníamos ante nosotros más que espacios cubiertos de naranjos presentándose, aquí, en líneas de varios kilómetros, allá, en agrupamientos verdes como pequeños bosques. Embriagados por su perfume, llegamos a Blida, « la cortesana », donde cambiamos de ruta y el medio de locomoción.

Cuando el señor de Maupassant estuvo instalado confortablemente con sus amigos en un landau, vino a preguntarnos si teníamos todos el equipaje. Yo respondí:

— Sí, Señor, vea: doce baúles, ocho maletas, seis bolsas neceser, diez mantas de viaje, ocho cajas de sombrero, en total: cuarenta y cuatro.

Todo fue cargado sobre una *Pascal*⁸² de Madeleine-Bastille. El conductor se dirigió a su carruaje con voz inquieta:

— Hermano, incluso en nuestra juventud, cuando hacíamos el trayecto Avignon-Carpentras, nunca te he pedido un esfuerzo, un sacrificio tan grande.

En camino, ocupamos las banquetas entre el asiento y la galería de los equipajes. Pronto advertimos, siguiendo una línea, unas moscas

haciéndose cada vez más pequeñas. Eran los pasajeros que iban hacia las gargantas de la Chiffa⁸³, el autor de *Notre Coeur* y sus compañeros. En ese momento yo deseaba estar dotado de unos ojos de esfinge, no para seguir a las moscas, sino para percibir por ellos la pequeña ciudadela de Kolea⁸⁴ donde la fuente de Boud y Kébir ofrecía una agua deliciosa. Allá abajo, en los flancos de las colinas, se presentaba esta ciudad santa con sus casas totalmente cubiertas de viña virgen y de callejuelas donde se contoneaban bellas andaluzas. Ya, en nuestro viaje anterior, debimos ver ese istmo de Kiléa hasta la desembocadura del Nador, donde se encuentra la tumba de Kor er Roumia, « la tumba de la cristiandad ».

El carruaje rodaba bien a lo largo de las avenidas de eucaliptos y de tilos. Por todas partes había inmensas plantaciones de naranjos. Dejamos la planicie de la Mitidja para entrar en las gargantas de la Chiffa. A nuestra izquierda, al fondo de un acantilado, un auténtico precipicio, escuchamos un curso de agua que hacía un ruido singular pasando entre las piedras y saltando las rocas. Anatole dijo entonces:

— Ese riachuelo habla árabe, como las cascadas de los Pirineos dejan oír unos sonidos vascos, y los ríos de Bretaña recuerdan la música de su reina Anne y el sonido de la gaita.

Marcelle entonó el canto de su país y un eco lo repitió fielmente. En ese desfiladero sorprendente, que aunque se haya leído o que se haya contado, ante ese inmenso pasillo, entre esas montañas verdes y esas rocas que parecían tocar el cielo, se experimenta una fuerte impresión. El conductor nos dijo entonces que, según las creencias árabes, ese desfiladero habría sido cavado por uno de sus célebres ancestros al que construyeron un mausoleo en las alturas. Y añadió:

—Aquí, pongan atención, pronto van a ver unos *peludos*.

Cuando llegamos al refugio de los monos⁸⁵ en medio de las Gargantas, había un albergue. El señor de Maupassant subió sobre una elevación del terreno que se decía ser donde se citaban unos grandes monos. Le seguimos, pero no observamos más que algunos chimpancés que se decían cosas amables a su manera. En definitiva, nada de esa multitud que se nos había prometido. El dueño del albergue nos dijo:

— Es sin duda el gran calor que les hace marchar; ese es su lugar favorito normalmente.

... Salimos de las Gargantas y, en la planicie de la derecha, se encontraba la obra del ferrocarril que debía ir a Médéah pasando al pie de todas esas montañas que teníamos detrás de nosotros. Los caballos resoplaban; mi señor me llamó, pero no me dijo nada. Oí entonces al jefe del grupo de ochocientos mil obreros⁸⁶ que le dijo:

— Siempre hay dos o trescientos hombres acostados, enfermos con fiebres, a causa de esta bella agua que discurre allí, al lado nuestro, entre dos bordes de adelfas. Se les dan toda clase de bebidas higiénicas y bien preparadas, pero ¡no! – añadió con un tono colérico – ¡es el agua del río la que ellos quieren!

Por la noche, en el hotel de Médéah, mi señor no estaba contento. Las habitaciones eran malas y la cena dejaba notar el ajo y la grasa. Al día siguiente dio con sus amigos un paseo en coche, pero no estaba mejor. Nosotros, por nuestra parte, salimos y visitamos la ciudad, muy modesta.

Al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, nuestros coches rodaban ordenadamente sobre la carretera de Laghouat. Debimos pasar la noche viajando, teniendo que hacer 76 kilómetros para llegar a Boghar. Tras haber pasado Damiette, Loverdo, Ben-Chicao, llegamos al albergue de Berrouaghia, a las tres de la madrugada, región que debe ser encantadora de día, según lo que el claro de luna nos dejaba apreciar.

En el albergue, la patrona quiso que nos sentásemos todos juntos para servirnos la copiosa y buena comida que nos esperaba. Al final, se acabó por hacerle comprender que era necesario distinguir y repartir las situaciones. Después de tres cuartos de hora pasadas en esa sala, compartiéndola con nuestros señores, bajo los auspicios de esa dueña de la casa, estábamos tan bien como hermanos y hermanas. ¿

Qué tenía ella, esta mujer amable, mucho más que todos los seres que pululan por ese bajo mundo? No puedo explicármelo, pero lo que puedo decir, es que no me había cautivado solo a mí. Mi señor, habló a menudo más tarde, en términos que hacían resaltar la perfección de esta Circé (sic) encontrada en medio de la noche, en un albergue del desierto. Algunos kilómetros más lejos, sobre el camino, la luna desaparecía, floja, sin color y cansada como si hubiese hecho una jornada de duros trabajos.

A continuación, nuestro coche ralentizó su marcha y se detuvo. Un hombre vestido de gris se acercó y el cochero le arrojó una bolsa.

Detrás de este hombre, en una cuneta, vi la silueta de un segundo individuo. El que había tomado la bolsa, volviéndose, apostrofó al otro que se apoyaba contra una empalizada de planchas, pidiéndole que entrase más aprisa. Me levanté entonces de mi asiento y vi un cuadrado de planchas formando un cercado. Era un campo de presos, allí perdido, en medio de las arenas donde no hay más alma viva, aparte de esos pobres diablos.

Eso encogía el corazón y producía una penosa sensación. Esta cosa vista así en la oscuridad, ese desgraciado que se arrastraba detrás de su jefe había despertado, sin duda alguna, para esperar el correo que traía noticias de Francia; ¡una palabra de su madre tal vez!... En el momento tuve unas ganas locas de saltar del coche e ir a implorar su gracia, pues, me parecía que debía haber algo bueno en el corazón de ese condenado que esperaba tan impacientemente las noticias de su país.

A las ocho, estábamos en Boghar.

Sin embargo, tenía siempre presente en el espíritu el pensamiento del preso y de su campo. Quería hablarle a mi señor. Pero muy ocupado en su aseo y preparado para bajar al comedor donde la sociedad estaba reunida para tomar el té, apenas me escuchó. Entonces, me refugié en mi habitación donde bien o mal, estaba a mi aire⁸⁷, y sólo frente a mí mismo, no pudiendo decir a nadie esas cosas que me ahogaban, lamenté de todo corazón la suerte de esos pobres descarriados.

Un poco más tarde, intenté retomar esta conversación con mi señor que quería por fin escucharme. Me dijo que escribiría alguna cosa sobre esos desgraciados, aislados sobre esa tierra ardiente, desecada, donde no hay ni un árbol ni siquiera una brizna de hierba para relajar la vista.

Esa mañana, en Boghar, había un trajin desacostumbrado. Coches de todas clases, carros de bancos y otros, tirados por rocines que parecían no poder mantenerse en pie, jinetes árabes, hombres y mujeres, vestidos con sus más bellos atuendos, niños y sobre todo pilluelos, algunos casi desnudos, corrían, gritaban en las calles y sobre los caminos. Todo ese conjunto de cosas parecía destilar alegría. Se trataba de la fiesta en la Kouba de Sibi-Mohamed-ben-Rassen. Había un espectáculo, y todo el mundo quería ir allí, en coche, a pie, como se

pudiese, a fin de poder tocar, por el aniversario de la muerte de ese santón, algún objeto que le habían pertenecido.

Nosotros estábamos bastante bien equipados. El coche que nos condujo en la planicie y cuya vieja ferralla tintineaba, estaba tirado por dos caballos, uno blanco y el otro moteado. Eso, según se dice, trae buena suerte en el viaje.

Casi al mismo tiempo que nuestros señores y el grueso del gentío, llegamos a la orilla del río llamado Cheliff⁸⁸. Ese nombre es muy conocido pues ese río discurre un poco por todas partes en esta lugar de Africa y ya nos lo habíamos encontrado varias veces. Eran necesarios, para atravesar ese fino hilo de agua, unos asnos y unas mulas para los hombres y unos palanquines a espaldas de camellos para las damas.

Los siguientes eran considerados en estas circunstancias, como damas por los amables organizadores de esa fiesta; ellas tomaron lugar en una gran plataforma que estaba instalada sobre el lomo de un camello de pelo espinoso y rojo como la hierba de la llanura. Su carácter se adivinaba en el color ingrato de su pelaje y en el brillo de sus ojos huidizos. Nos lo demostró unos minutos más tarde, sacudiendo más tarde tan fuerte a su guía que lo tiró a tierra, luego, tras un pequeño galope hacia el río, depositó a las dos damas, de las que era portador, sobre una de las orillas, en el lodo. Bajo el esfuerzo de las sacudidas producidas por los saltos del animal, el palanquín había girado de lado de la bretona que era muy opulenta y había arrojado a su compañera, una frágil parisina educada cerca del parque Monceau. Todo el mundo corrió en su socorro; felizmente, no se hicieron ningún daño.

El tan previsor señor Chambige⁸⁹, Administrador, había llegado el primero al lugar para ver si había necesidad de alguna cosa. Se lo agradecemos y cuando hubo constatado por el mismo que las damas estaban indemnes, subió sobre su corcel. ¡Qué hermoso caballo y que jinete! Salió al galope a través de la llanura para regresar junto a su grupo de invitados. Era, creo, el más bello jinete que he visto en mi vida.

Caminamos luego sobre una tierra rojiza, quemada y rugosa en ciertos lugares por la lluvia que había caído esos últimos días, sobre todo en el recorrido que estábamos efectuando.

Había unas tiendas plantadas un poco por todas partes donde hormigueaban en desorden numerosas familias, con los animales que constituían todo su patrimonio. Eran unos árabes nómadas que venían de muy lejos a hacer sus devociones a Sidi-Mohamed-ben-Rassen. Llevaban con ellos todo su mundo y su casa; eso les permitía hacer una peregrinación cómoda.

Pronto advertimos unos jinetes que avanzaban con la rapidez de grupos de pájaros del desierto en desplazamiento; sus armas brillaban a los rayos del sol, la tienda que abrigaba a nuestro grupo era blanca sobre ese mar de arena, parecida al « Bel-Ami » sobre el mar.

En destacamentos de ocho o diez, los jinetes llegaron a gran galope y detuvieron su montura justo en la cuerda tendida a un metro de la parte abierta de la tienda; en ese momento, descargaron su fusil al aire y, haciendo un saludo con el arma, dieron media vuelta. A la vista de estos jinetes y de sus fusiles, tuve de entrada temor por la seguridad de las personas que estaban a dos metros de los caballos. Pero el señor Chambige me tranquilizó manifestándome toda su confianza en esos jinetes a los que juzgaba como los mejores de la provincia.

Finalmente las series de galopes se repitieron y duraron tanto que la reserva de pólvora se agotó.

Los ojos de esos hombres parecían arrojar llamas en la noche pues querían continuar todavía y, en su lenguaje ronco con extraños gritos, reclamaban con vehemencia más cartuchos.

Por fortuna, el señor Chambige estaba siempre presente y, con su porra, acarició la grupa de sus caballos y acabó, no sin pena, poniendo todo en orden.

Terminado el espectáculo, se sirvió a las damas, según los ritos requeridos por las costumbres del país, el asado de cordero, girándolo y volviéndolo a girar ante un buen fuego.

Para poder comer los trozos de ese succulento asado en pleno aire libre, debía tomarse entre el pulgar y el índice.

En ese momento hice lo posible para ir en ayuda de mi señor que se había encargado de servir a todos sus compañeros.

Esta manera de proceder, este modo tal vez aceptado por los árabes, se justifica puesto que el gran sacerdote de su Dios los eleva por los mechones de sus hirsutos cabellos, para llevarlos a su paraíso a cada uno en compañía de siete mujeres. Así pues, bien pueden hacerle

este sacrificio. Pero sin embargo, nuestras pretensiones celestes eran más modestas, y podríamos pues tener el derecho de servirnos de un plato y de un cuchillo. Pero, ¡atención! no hiriendo susceptibilidades...

Vi a la señorita D... de N... tomando su pequeña porción dorada con sus dedos rosados, en los cuales discurría la sangre de uno de los más grandes compositores de estos tiempos. Era curioso; esa mano en la que había una pequeña sortija de bautismo, muy torneada, semejaba una lira, su rostro de virgen parecía impregnado de una alegría que hacía pensar en una melodía graciosa y feliz.

Ofrecimos al grupo diferentes frutos suculentos del sur. En ese momento, el señor de Maupassant me parecía feliz, aunque sometido a los efectos del calor que nos agobiaba seriamente, pero estaba lejos del estado del señor Chambige, calado de sudor por haber manipulado tanto la porra.

Una calma religiosa reinó bajo esa tienda, que el sol calentaba. Los rostros de las damas habían tomado unos bellos tintes rosados del parque Monceau, vistas así, rodeadas de las cabezas de los jefes árabes, cientos de turbantes. ¡Qué hermoso apunte!

En ese instante una intensa alegría estaba pintada sobre el rostro del poeta de *Un coup de soleil* y sobre esta figura yo creí leer la estrofa que un día daría a su pluma, ese seductor cuadro (¡por desgracia, el tiempo le faltó!)

Un golpe de sol

*«Era el mes de junio. Todo parecía festivo.
La muchedumbre circulaba ruidosa y despreocupada.
No sé muy bien por qué, yo era feliz también;
Un ruido, como una borrachera, había perturbado mi cabeza.
El sol excitaba los poderes del cuerpo;
Penetraba, totalmente, hasta el fondo de mi ser;
Y sentía en mí hormigear esos transportes
Que el primer sol hizo nacer en el corazón de Adán.»^(a)*

A continuación el grupo se dispersó en el cementerio próximo que no tenía nada de los lujos de los camposantos romanos.

Había siempre un campo de descanso, donde duermen su último sueño los árabes ilustres en el lugar donde se daban espectáculos. Vi personas que hacían gestos y contorsiones inverosímiles.

Reconocí, dirigiéndose hacia mí, a una de las damas de Boghari que nos había hecho la danza del vientre, la antevíspera, con una gracia perfecta. Sin el menor rubor, me abordó y la conversación se estableció entre nosotros, como si fuésemos paisanos. Me contó sus pequeñas miserias y su vida como si yo fuese su hermano. Era muy bonita con grandes ojos negros de sombra huidiza y color de terciopelo. Le pregunté por qué esas personas arrodilladas o acostadas sobre las tumbas hacían muecas y se movían de un modo tan singular. Ella me respondió:

— Esa mujer que ve ante usted, sobre esa tumba, que sin ninguna duda, es la de su marido, grita y lo llama, figurándose en su dolor que él le responde. Entonces, hace todos esos gestos extraños con la esperanza de atraerlo hacia ella. En definitiva, son simplemente recuerdos de tiempos pasados a su lado.

Esa mujer me decía estas cosas tan sorprendentes no sin una cierta emoción y acompañándose de graciosos gestos.

A su petición, di a esta belleza información, muchos detalles sobre la Francia que ella tanto deseaba conocer. Absorbía mis palabras con la misma voluptuosidad que se inhala el aire en esas planicies soleadas.

— Amaba ya Francia – me dijo – y ahora, según lo que usted me ha dicho, tengo un profundo deseo de verla. Pero ¿dónde estará el generoso corazón que me dará esa alegría?

La situación se ponía difícil y de pronto pensé en el fiel servidor de Flaubert⁹⁰ y, para salir del paso, propuse a esta amiga de un instante, ir a ver, antes de dejar Bel-Kassen, a los famosos bailarines de Kisoua, los más reputados de ese país. Están bastante por detrás de nuestros bailarines de Montmartre, pero aún así tienen una facilidad muy graciosa en sus movimientos.

Este espectáculo había sido organizado por el amable señor Chambige, administrador civil, en honor del señor de Maupassant – quién corrió con los gastos.

Regresamos a la planicie para volver al río. Al no haber camino, íbamos tratando de descubrir con la vista nuestro coche, y una vez hallado, partimos hacia Boghar al pequeño trote de nuestros caballos.

De pronto, los ruidos de la quincalla que producía nuestro carruaje, aumentaron de un modo inquietante; pues el círculo de hierro que rodeaba una de las ruedas, se desprendió y rodó en la arena, como el aro de un niño que ha perdido su guía. Las llantas de esta rueda amenazaban con ceder enseguida. Viendo esto, regresamos a Boghar a pie bajo un tórrido sol que nos servía de baño de vapor. Esa fue la suerte que nos había proporcionado el caballo moteado. Las damas cayeron del camello en un río y no se hicieron ningún daño. La rueda del coche, que podía producir un accidente, se paseó sobre la planicie como para divertirnos.

Finalmente, todo el mundo abandonó Boghar sin lamentarlo.

(Regreso a Argel)

Henos en ruta hacia Argel. El sol era ya fuerte cuando pasamos cerca del penal, donde, en esta ocasión, no vimos a nadie.

Llegamos a Berrouyaghia; no hicimos más que cambiar los caballos. La detención fue muy corta, pues debíamos estar en Médéah para la cena. Hicimos lo imposible, durante el poco tiempo que tuvimos de relajación, para ver a la perfecta anfitriona, pero se volvió invisible. Un hombre grueso, colorado y deforme la sustituía y yo subí a lo más alto de la diligencia con el corazón afligido, después de haber vuelto a cerrar la puerta del coche llevándose a mi señor que no había querido quedarse en el hotel.

En Médéah no pasamos más que la noche y rápidamente llegamos a Argel donde hacía bastante calor, un poco menos sin embargo que de donde veníamos.

(Hacia el Constantinois)

Tan pronto se levantó, el Señor me envió a hacer algunas compras. Hacia las nueve, me pidió acompañarle y fuimos a dar un paseo mientras el resto del grupo descansaba. Atravesamos una parte del barrio árabe, dejando a la izquierda el de los judíos; llegamos a la puerta de la ciudad, al puente de Rummel⁹¹, ese Rummel fantástico, río de los poemas.

— Fue aquí, — me dijo el señor,— donde el Coronel Lamoriciere⁹², a la cabeza de sus tropas, tomó, a pesar de una tenaz

resistencia de los árabes, la ciudad de Constantine, el 13 de octubre de 1837. El General Damrémont⁹³, comandante en jefe, muerto la víspera, había sido reemplazado por el General Valée.

Entonces yo me dije: « Al menos, por esta vez, esta fecha del 13 había llevado buena suerte a nuestro ejército »

Mi señor, mirando siempre ese precipicio que era verdaderamente extraordinario añadió:

— Todo esto me hace falta para proporcionarme algunas páginas, ese inverosímil Rummel, ¡cuántas vidas humanas nos ha costado!

Diciendo esto, una pena muy grande se percibía en las palabras del señor de Maupassant.

Giramos a la izquierda y llegamos un poco más lejos, a unos lugares donde rastros de pasos se dejaban ver sobre las rocas. Mi señor saltó un muro muy bajo que nos separaba del barranco y, de piedra en piedra, de roca en roca, llegó casi abajo.

Yo le seguí con dificultad. Finalmente pudimos caminar sobre el lomo de dos grandes piedras. Un gran frescor se sentía en el fondo de ese torrente. Unas rocas con formas originales, de un tono rojizo, sembradas de alguna cosa ligeramente verde, nos rodeaban. El señor de Maupassant dijo:

— Mire usted aquí, esto no es la roca rígida de forma monstruosa que se encuentra en Bretaña y un poco por toda Francia. Estas piedras se presentan de tal modo que no se puede describirlas enseguida; pero aún así, semejan a unos ramos enormes de pivonías. ¿No le da la impresión de que se podría desgranar esas parcelas de rocas con la mano, como una flor de rododendro?

Una agua cristalina discurría bajo nuestros pies, procedente de debajo de un gran arco de granito que nos obstaculizaba. No podíamos ir más lejos. Una especie de escalera natural surgió en ese lugar y la tomamos para ascender. Después de haber subido durante un buen momento ese torrente y esas rocas que mi señor no dejaba de mirar como para tratar de percibir sus secretos, llegamos extenuados al hotel para almorzar.

En la mesa, estábamos bajo una marquesina, cuando gruesas gotas de lluvia cayeron sobre las baldosas con tal fuerza que se creería que iban a romperse.

Hecho singular, esta lluvia me contrarió, me encogió el alma; era el efecto contrario que producía aquí, sobre mi corazón prendado del país. Pensaba que esa lluvia iba a destruir toda la poesía de esas rocas todavía rodeadas, hacía algunos instantes, de ese límpido cristal. Y me pareció que estaba emocionado.

A las tres y media, un coche descubierto vino a buscar a nuestros señores para llevarlos al aire libre. Aunque la lluvia había cesado de momento, el cielo estaba cargado de nubes.

El reloj de péndulo de mi chimenea sonó de un modo muy ruidoso, y cada golpe que producía su débil martillo, me recordaba el efecto de una enorme campana. Estaba enervado y no podía dormir. Me levanté, abrí las cortinas de la ventana, luego aparté el mosquitero que me parecía tener un raro perfume. Levanté mantas, sábanas y colchones. Apilé todo en una esquina; pues todas esas cosas desprendían un fuerte olor a áloe. Me quedé únicamente con el somier, envuelto en mi manta de viaje. Me parecía aún percibir otro olor, el del cuerpo humano. Sin duda, pensé, es el de dos amantes que se amaron la víspera de mi llegada en este nido totalmente rosa.

Me pensamiento se dirigió hacia mi señor. Lo volví a ver, a la mañana saltando de una roca a otra, haciendo uso tanto de sus manos como de sus pies. Pensé en esas enormes piedras del color del fuego o de amianto. Lo vi en lo alto, al borde del barranco, mientras me pasaba su gorra blanca para pasar por la frente su pañuelo ya calado.

¿Iba a dormir al fin? ¡Dios Mío! Todos esos recuerdos que me venían en tropel no me permitían conciliar el sueño. Maquinalmente, me puse a pasear por mi habitación, cuando vi contra la pared al fondo un sillón que me tendía los brazos. Me instalé allí y, en ese rincón donde el aire apenas penetraba, percibí muy claramente un olor de mimosas mezclado con un soplo de los besos todavía flotando, después de cuanto tiempo, no lo sé. Estaba embriagado por esos perfumes. Tuve la visión muy clara de un inmenso horizonte dominando un mar furioso. Reconocí el océano lleno de cabezas de monstruos y de espuma blanca que arrojaba en el espacio una humareda parecida a la que arroja las fosas nasales de un león en el momento del combate: esas corrientes impetuosas golpeaban la punta del Raz con un ruido de trueno, girando, deslizándose sobre las rocas arrastrando todo sobre su paso como pajas, maderos, y quillas de

navíos, así como los cuerpos de los náufragos e iban a depositar su botín sobre la arena de la bahía de los Trepases

Mi situación se volvió todavía más penosa. Me veía como me había encontrado allí algunos años antes, sobre el rápido declive de esas rocas, teniendo en una mano mi cámara fotográfica y en la otra una joven muchacha de la que tenía la custodia.

Tenía la absoluta certeza de ver a la señora Sarah Bernhardt descendiendo por el extremo de una cuerda en ese abismo espantoso que nos dominaba.

Estábamos paralizados por el horror, asidos por las puntas de los pies. Cuando nuestra dolorosa posición acabó, tuvo entonces el placer de ver, como en otras ocasiones, la gran tragedia tomando su comida, en compañía de un caballero, en un nicho cavado cerca de la cima de la roca más elevada, dominante y desafiante este mar que no puedo describir; pero que aconsejo a los turistas curiosos no olvidar⁹⁴.

Cuando llegué a la casa de mi señor, éste acababa una carta para su madre. Mirándome, me preguntó si estaba bien. Le hice entonces un relato de parte de mi noche

— Curioso, — me dijo.— y bastante exacto lo de los perfumes; y luego fue sin duda el Rummel quién llevó sus recuerdos a la punta del Raz. ¿Usted había visto en uno de sus viajes a la señora Sarah Bernhardt sobre su roca?

— Sí, Señor, y la parte que discurría más abajo de su observatorio, ella la había bautizado bulevar de los Capuchinos. (Siguieron unas explicaciones).

(Una boda árabe)

Ese día allí, el hostelero de nariz afilada nos ofreció ver una boda árabe, siempre con la idea de sustraernos algunas informaciones. Se lo agradecí de entrada, pero, debido a su insistencia y diciendo que nos acompañaría, Anatole y las señoritas aceptaron. Henos pues aquí bajo la protección de un importante guía que nos dijo:

— ¿Saben ustedes?, estoy invitado y puedo llevar unos parientes y amigos. Entonces, admitamos que ustedes son mis parientes de Francia.

Nos hizo visitar primero la Kasbha, que domina el Rummel. Desde este observatorio, el torrente tenía un aspecto místico y grandioso. En ese momento, nuestro guía pronunció en tono solemne:

— He oído decir por unos ancianos que ese fue el emplazamiento sobre el que Dante tomó sus notas para inmortalizar en su poética lengua, única quizás, el Caos.

Nos hizo ver el misterioso lugar donde los árabes habían intentado, en la toma de Constantine, salvarse por medio de cuerdas, pero, éstas últimas habían cedido pronto y encontraron la muerte sobre las rocas del fondo del torrente. A continuación nos mostró una roca que se llamaba el Saco, nombre que derivaba del hecho de que toda persona que había disgustado al Pachá, era metida en un saco y precipitada al fondo del abismo.

Después de haber pasado por algunas callejuelas, llegamos al domicilio principesco de los recién casados. A cada lado, en el interior de la puerta de entrada, estaban, tiesas, dos bellas negras vestidas de rojo con turbantes tricolores. Un timbre se hizo oír, una puerta se abrió, y un gran musulmán, un auténtico Agha de amplio manto totalmente bordado de oro, nos recibió con unos saludos muy aristocráticos. En ese momento nuestro guía nos tranquilizó un poco, y nos introdujo en un gran salón donde estaban reunidos los invitados de la boda. No era más que un patio cuadrado transformado para la ocasión. Alrededor, unos arbustos verdes alternaban con unas telas de vistosos colores. En ese decorado, las telas rosas, azules, realzadas con bordados surtidos, rivalizaban en brillo; las vaporosas túnicas dejaban ver las medias de seda y los escaarpines de charol, y arrojaban unas notas de una brillante originalidad, entre esta mezcla de ricos colores. Los dos pisos tenían unos balcones adornados con arabescos y sostenidos por unas columnas con capiteles. Encima del primero, en un gran nicho, se encontraba la orquesta con los instrumentos más variados.

Nosotros no estábamos muy cómodos en medio de esta sociedad extranjera y multicolor, a pesar de su amabilidad. También, vimos con placer llegar unos *spahis* indígenas, suboficiales de los zouaves. Cuando hubieron prodigado los testimonios de respeto hacia sus ascendentes, besándoles hasta en los hombros, vinieron hacia nosotros y nos dijeron todos lo que acababan de ver, en ese bello día, entre

otros, unos franceses de Francia, hacia donde iba la mejor parte de sus corazones.

La música tocaba la Marsellesa. Era verdaderamente conmovedor. Confieso que estábamos emocionados; y yo miraba a las chicas. Me daba la impresión de que no habrían rechazado, en ese momento, sus mejillas sonrosadas a los labios de los *spahis*. Del resto, esos guapos suboficiales mantuvieron con ellas una galantería perfecta; ofreciéndoles el brazo para pasar al salón de los refrigerios, salón de bello estilo árabe donde la ojiva era vecina del arco de herradura; en las bóvedas, los colgantes y las estalactitas, producían un deslumbramiento bajo su patina dorada.

Las bebidas eran muy variadas, pero el vino de palma era siempre prioritario; los pasteles estaban perfumados con lirios y resinas aromáticas. Todo estaba perfumado, incluso la gente. Unos minúsculos popourris funcionaban sin descanso, cuidados por unas criaturas que habrían hecho feliz a un Caran d'Ache⁹⁵.

Nos hicieron enseguida los honores de entrar en un apartado. La habitación de los recién casados era una maravilla de confort y de elegancia; una cama en medio de aquella a la que se accedía por unos peldaños recubiertos de madera oriental, de un azul de una suavidad imperceptible, del mismo matiz que la colcha de piqué.

Pero todavía no habíamos visto a los recién casados, cuando se nos hizo entrar en una pieza totalmente forrada en tela de oro viejo. Adosadas a sus paredes, se encontraban de pie dos silenciosas mujeres totalmente vestidas de blanco, como auténticas estatuas.⁹⁶ Nuestro guía llamó entonces nuestra atención sobre el gran sofá muy bajo que se encontraba en el centro de la habitación. El forro, de seda, se agitaba a veces levemente; de cada lado, una negra arrodillada retiraba de vez en cuando un pañuelo húmedo de debajo de esa tela misteriosa y le daba un buen plegado...

Al regresar, el hostelero fue locuaz. Nada sorprendente, puesto que estábamos todos embriagados de los perfumes que habíamos respirado y también de las cosas que habíamos visto:

— Todas esas mujeres, — nos dijo — que hemos visto en la habitación del sofá, oran con fervor a Alá para que conceda a los jóvenes esposos la felicidad. Pero antes de llegar bajo esa tela, sobre ese sofá, la elegida pasa por momentos poco agradables; primero, poco importa el color de sus cabellos, es siempre teñida de negro,

luego los baños, las fricciones y masajes le son hechos en toda regla, sin olvidar el depilado. Pero la ceremonia más sagrada, la que reviste el más profundo respeto, es la presentación a Alá del cuadrado de batista, que lleva los estigmas de la virginidad.

Por la noche, hice al señor de Maupassant el relato de lo que había visto por la tarde. A la mañana siguiente, antes del amanecer, llegamos al promontorio de Kasbha, donde las tinieblas dieron paso a la luz. El sol apareció desgarrador disipando las últimas brumas que se encontraban todavía sobre el Rummel. Se dijo que él deseaba que los ojos de aquel que ha descrito tan bien el Sena, viese allí lo que había de hermoso y de inexplorado en ese caos de rocas y de vegetación, que Dante no había visto más que con su imaginación de poeta. Permanecemos silenciosos, atentos como dos amantes de la Galia acurrucados en sus agujeros al borde de un río. Oímos el canto de ese torrente y ese canto nos cautivaba, pues nos parecía que ejecutaba un nuevo fragmento del Farioso.

Regresamos al hotel sin pronunciar palabra y a una marcha vertiginosa que podía ser comparada a nuestra escalada del puente del Gard. A decir verdad, no teníamos tiempo que perder para acabar de hacer nuestros equipajes y tomar el tren para Biskra.

(Hacia Biskra)

Cuando mi señor hubo tomado su té, me pareció que esa salida a primera hora le había hecho emerger su Piedad. En ese momento, su voz vibraba con todo lo que decía; como el día en el que adornamos las paredes de su escritorio con una colección de chinos y de peces con ojos enormes que colocamos, mayoritariamente, con la cola en el aire.... Yo lo veo todavía, en la estación, riendo a la vista del tren que no llevaba más que dos vagones de viajeros, llevando los demás mercancías y animales de todas las especies. La locomotora tosía y escupía; nos hacía pensar en los rentistas jubilados y asmáticos que pasean todos los días para arrojar su bilis. Anatole dijo entonces:

— El mecánico haría bien en dar a su máquina algunos tragos calientes de vino de soukhara, para limpiarle los bronquios.

Todos rieron con su comentario. Llegamos de este modo a Batna y el conductor anunció veinte minutos de detención para cambiar a la asmática por una tísica. El señor de Maupassant estaba ya sobre el

andén. Me hizo una seña para seguirle, pero no me esperó. Con el torso adelantado, los codos pegados al cuerpo, se puso a correr siguiendo la vía férrea, como si hubiese ocurrido algún accidente. El conductor me explicó que para ver la entrada del desierto, se iba, durante la parada del tren, hasta el lugar a donde corría el señor de Maupassant. Eso valía la pena en efecto ser visto. La brecha de esas rocas gigantescas y de punta, tenía el aspecto de haber sido puesta allí por la naturaleza, para servir de puerta a esa inmensidad de arena.

Me uní al señor de Maupassant que me dijo:

— Allí, ante nosotros, está el gran desfiladero hacia el Sahara. De este lado se encuentran los cuellos que conducen a los montes del Aurès, y, más a la derecha, se encuentra la ciudad de Lambessa⁹⁷, a donde se envió a los republicanos del golpe de Estado de 1851. En esta tierra se encuentran los restos de numerosos monumentos romanos muy interesantes e incluso otros de épocas más antiguas; entre otros, hay una tumba de unos reyes que el señor Masqueray me indicó hablándome de Flaubert. Para mi gran pesar, no podremos ver todas esas ruinas durante este viaje, estando nuestro tiempo demasiado limitado. Espero regresar un día y recorrer toda esta parte del viejo mundo que, creo, me compensará de mi pena.

Por la noche bajamos, en Biskra, al hotel El Oasis⁹⁸. Estaba claro que, después de Argel, nosotros no iríamos al Gran Hotel y que la preferencia le sería dada a la Señora Lefèvre tan conocida por varios literatos de París. Se estaba muy bien aquí. Nuestros señores tenían todos su habitación en el primer piso sobre el jardín y un comedor reservado para ellos solos. Éramos nosotros quiénes hacíamos el servicio de mesa y nuestros señores estaban satisfechos de no tener que hacer apaños con unos extranjeros. A la mañana siguiente de nuestra llegada, tras haber tomado su desayuno, mi señor se paseó por la terraza que era un auténtico bulevar yendo de un extremo al otro del hotel. Entró enseguida en su habitación para proceder a su aseo.

— Es hermoso, — dijo — ese jardín, pero el olor de esos árboles es muy molesto, incluso insoportable.

— Y usted — me preguntó — ¿dónde está alojado?

— En el patio, señor, y mi habitación es perfecta para revelar fotografías, un verdadero hallazgo.

Eran las dos, la Señora Lefèvre iba y venía bajo el porche de su casa con una rapidez inquieta y sin embargo contenta. Estaba bien,

vestida con un traje de pequeños cuadros negros y blancos; su talle estaba tomado por un cinturón de la misma tela. Incluso guardó su delantal de algodón, indigno de su función. En el umbral de la puerta, un bello árabe era el guía que iba a conducir a nuestros patrones al oasis de Sidi-Okba. Ellos descendieron, y la dueña de la casa les acompañó hasta su coche, confundiéndose en cortesías y tratando de hacerles decir que ellos encontraban bien el equipaje que ella les dio. Pero, sin duda más ocupados de los que iban a ver de lo que decía la anfitriona, estaban ya sentados en el coche y mi señor le dijo simplemente:

— Gracias, señora Lefèvre, ¡está muy bien!

Y levantó su gorra. Hamed tomó lugar cerca del cochero y el coche enfiló por el camino de los viejos fuertes.

Al anoecer, el señor de Maupassant regresó contento; elogió al guía que había descubierto:

— Conoce su oficio,— me dijo.— es inteligente y además muy cortés con las damas. Hay que decir que ha estado durante cinco años, al servicio de un comerciante del bulevar Montmartre en París.

» Tome mi cámara fotográfica; — continuó el señor — se la encomiendo particularmente. Desde mañana por la mañana, podrá usted ocuparse de desenrollar el carrete que está en el interior y le ruego que lo cuide. Son vistas que he tomado en el oasis de Sidi-Okba. Hay allí unos monumentos interesantes, sobre todo la tumba de Okba que data de dos siglos antes de nuestra era. Es la tumba árabe más antigua conocida. Lleva esta inscripción: « esta es la tumba de Okba, hijo de Nafé; que Dios lo reciba en su misericordia!...».

Al día siguiente, presenté al señor la fotografía de un jefe árabe montado en un asno. Se puso contento, pues el señor de Maupassant había recibido ya varias veces al administrado civil con algunos cabecillas. Estas personas habían tenido la amabilidad de enviar una pata de gacela, algo muy buscado y difícil de encontrar. Mi señor me encargó que supervisase la cocción.

¡Muy bien! ¡pero hay órdenes que en ocasiones son difíciles de ejecutar!

Finalmente se sirvió esa selecta pieza en la cena. La carne era blanca como la del asado de venado que ha sido demasiado mojado. Ante ese aspecto, mi señor me dijo que yo no había seguido su recomendación y debí confesarle que mi dedicación a la fotografía me

la había hecho desatender. El color de ese asado fue con frecuencia comentado sobre la mesa, convirtiéndose el tema incluso en una cantinela. Durante todo el viaje, cuando uno de nosotros estaba un poco pálido, se le llamaba: « pata de gacela »

A él le gustaba enumerar todas las cualidades de ese gracioso animal, elegante y dulce, al grupo, y éste reconoció unánimemente que su carne no debería aparecer sobre una mesa:

— Que se la deje en su función de ama de cría – dijo una dama — ¿no es así, Maupassant?

Aquél, mirando a la que quería conocer su opinión, respondió:

— Señora, tiene usted razón, cuidemos lo que nos es precioso. ¡Ésta es tan buena nodriza!

Durante la cena, un viejo oficial contó lo siguiente:

— En aquel tiempo, no habíamos entrado aún en Ksour, y cada uno de nosotros ardía en deseos de hacerlo por dos razones.

Un día, sin orden, organizamos una pequeña expedición y, con dos intérpretes, sin armas aparentes, por un sendero estrecho y difícil, fuimos presentados a una tribu de la que no conocíamos el nombre. Fuimos acogidos con unos frenéticos “hurra” sin fin. Ocurría que hacía dieciocho meses que esas pobres gentes no habían tenido lluvia y, a nuestra llegada, el cielo estaba encapotado y el agua caía a raudales. Ellos creyeron que nosotros éramos unos enviados de Alá. No tengo necesidad de añadir, caballeros, que a partir de ese día, las puertas tan cerradas de Ksour nos estuvieron siempre abiertas.

Por la tarde y la noche, estábamos libres. Nuestros señores habían sido invitados a comer el cuscús con el gran Caïd. Creo que ese manjar se prepara de una manera especial y delicada en esa casa. Así pues, aprovechamos para ir con el guía que era uno más de los nuestros.

Al anochecer, el señor de Maupassant regresó muy feliz. Me dijo:

— Tolga⁹⁹ es un hermoso burgo con su cercado de edificios de culto que podrían, en caso de necesidad, constituir una buena defensa. Hay una escuela de estudios superiores para iniciar al árabe a nuestra civilización. Hay un verdadero bosque de palmeras alrededor de esa ciudad sobre las que las vides serpentean hasta sus copas. Un agua cristalina corre por todas partes y, de todos lados, se pueden oír los arrullos de las tórtolas. Creo que se podría, con justicia, denominar esa

región como el oasis de los arrullos. Estoy contento de mi jornada. He conseguido algunos documentos de valor. Cuide las fotos...

El señor de Maupassant esperó al grupo a la entrada del hotel; iban a hacer una visita de despedida al Gobernador civil y al gran Caïd. La dueña del establecimiento le rogó que entrara en el salón para asearse y esperar más confortablemente a que todo estuviese preparado. Le ofreció un sillón, tomó ella misma una silla y se puso a elogiar su hotel. Dijo haber recibido ya a varios escritores de Paris, entre otros al señor Hugues Leroux¹⁰⁰:

— Ese caballero, — dijo ella — era tan sedentario como usted ama salir, señor de Maupassant. Yo le conté las costumbres de este país. Él me escuchaba, sentado en el lugar donde usted está; y era su intención que yo llenase ese sofá de cojines.

Una bella mañana, dijimos adiós a Biskra y a todos esos hermosos oasis. Como personas apresuradas, quemamos la planicie, Batna, Constantine, la Kabylie, Thiers y las Portes de Fer, llegando de nuevo a Argel.

El segundo día de nuestra llegada, después de almorzar, el señor de Maupassant, se extendió en la tumbona de su habitación, con las manos unidas como una Santa Teresa. Si no tuviese esa costumbre, podría creerse que quería dirigir una plegaria a Mahoma, dado que estábamos en su territorio. Aquél que escribió *Au Soleil*, miraba un cuadro colgado de la pared, representando a un musulmán, envuelto en traje de gala, que iba al encuentro de una Ouled-Naïl¹⁰¹, engalanada con sus brillantes joyas. En ese momento me preguntó si había visto a la Señora Fatma durante ese viaje.

— Sí, Señor, ayer le he llevado los objetos que me había pedido traerle de Tolga. Su madre me recibió, diciéndome: « Le he hecho entrar en la habitación porque ella está ocupada haciéndose un vestido ». De hecho, cosía unas telas. Cuando hubo desplegado, sobre su cama, los objetos que yo le llevaba, prorrumpió a reír de un modo sonoro y sofocado. Luego, lió a su hijo en una manta y a continuación me dijo: « Ya estoy con usted, Señor, vamos a tomar un vaso de aguardiente ». Tuve que decirle que mi estómago no soportaba el alcohol: — « ¡Oh!, dijo ella, eso es una crema que no puede hacerle más que bien. Sí, es del viejo Hasselt que me lo envía, mi querido buen amigo ».

En ese momento, yo jugaba con su hijo que era un pilluelo: iba a cumplir seis años. Como ella veía que lo miraba, recordándome al amigo ya visto, me dijo: « ¿Encuentra bien a mi retoño? » — « Sí, Señora, muy bien, demasiado bello quizá por su alegría ». — Ella cerró entonces sus grandes ojos castaños, y yo me pregunté si no habría hablado demasiado. Sacó de un cajón un cuadro dorado, que contenía una fotografía y, presentándomela, me dijo: « Mire, ese mocito como se parece a su padre ». Y al mismo tiempo, con sus fuertes labios, besaba esa imagen. Añadió con un tono místico: « Te amo, a tí, tú eres mi guapo, mi mejor amigo ». Y, mirándome, prosiguió: « Sí, es un guapo oficial, es de los países fríos, es por lo que yo no dejo nunca el aguardiente ». En ese momento podría haberle dicho: « Señora, yo conozco al padre de su hijo, habiéndolo visto en casa del Virrey Ismael », pero me contuve.

— Lo que usted acaba de contarme es interesante, — respondió el señor de Maupassant, — sin ser particular en esta mujer. Es sin embargo destacable, pues es siempre instructivo y curioso, comprobar lo que pasan ciertos seres, ante o durante su primer amor, o aun, en el presente caso, lo que experimentan cuando sienten una necesidad extrema de amor. Ese acto imprime en su cerebro una profunda marca, sagrada si se quiere, de ese hecho, ese recuerdo siempre presente, inolvidable, que no desaparece más que con la materia.

» Mañana, de madrugada, voy con el señor Pichot¹⁰² y el señor de Mauduis, a las cumbres de Mers-el-Kébir, para asistir al nacimiento del día y a la elevación del sol. Hay una plaza y le aconsejo que la aproveche.

Habiendo informado ya en mi volumen precedente de un amanecer, sobre ese mar, yendo al cabo Matifou con el señor de Maupassant y el señor de Masqueray, diré solamente aquí que esa mañana fue la más encantadora que he visto. Puedo reproducir también las palabras. La conversación de esos caballeros fue un curso de admirable poesía. El señor Pichot (parisino) que dirigía una revista inglesa no tenía tal vez la erudición del señor de Masqueray, pero seducía por la suavidad de su voz, la precisión y el encanto de todo lo que decía.

Puedo asegurar a los viajeros que sacrifiquen una madrugada acostados en su cama, para ir a visitar la península de Mers-el-Kébir, que no habrán de lamentarlo.

Regresando de Mers-el-Kébir, tras haber pedido permiso, decidimos salir al aire libre, y, con nuestras cámaras, el señor de Mauduis y yo, pudimos dirigirnos con bastante facilidad a la aldea de Sainte-Clotilde, donde se encuentran las fuentes termales denominadas Baños de la Reina.

Sobre el riachuelo de Saint-André, que discurre a lo largo de la península de Mers-el-Kébir, vimos y oímos el canto amoroso de bellas andaluzas nacidas bajo la sombra de la Giralda, bailando y mezclando sus cantos con el ruido de las aguas. Hacían pensar en los venecianos en góndola por los canales durante la noche. ¡Tomamos unas fotos muy interesantes!... Una de estas sevillanas nos dijo:

— Son ustedes de París, ¿pero de que barrio?

— De la Butte. — respondió el señor de Mauduis.

— ¡Oh!, sí, — respondió ella —, ¿sabe usted?, cuando podemos enganchar a los que llamamos del Faubourg, hacemos todo lo posible para que no escapen.

Durante los días siguientes, a la vista de nuestros experimentos fotográficos, un lamento pasó por el alma del señor de Maupassant por haberse dedicado completamente a la compañía de sus amigos y no haber venido con nosotros:

El grupo era de la opinión de que era inútil salir armados por el interior de la provincia; pero el señor de Maupassant manifestó que creía su revolver imprescindible. Durante esta discusión, fui a buscar los periódicos de la mañana, y precisamente el *Petit Oranais* informaba del ataque a la diligencia a algunos kilómetros de Tlemcen, por bandidos marroquíes. Había muerto el conductor, una religiosa y varias personas gravemente heridas. Un correo había ido en su socorro, pero los malhechores habían desaparecido.

La inauguración de la vía férrea de Orán a Tlemcen tuvo lugar la mañana del 26 de noviembre; estábamos los primeros en la estación. Ese nuevo tipo de locomoción en esta parte de la provincia nos venía muy bien a algunos cientos de metros de la majestuosa entrada de esta ciudad y del centro de los característicos monumentos árabes.

El señor de Maupassant estaba el primero sobre el andén. Enseguida se apoderó del grupo y se lo llevó, haciéndoles una breve descripción de la « Granada africana », hoy Tlemcen, que estaba oculta por una alta muralla. Pronto estábamos sobre una terraza que la dominaba y nuestra vista abarcaba el inmenso horizonte del valle de

Isser, que recordaba por su frescura y sus arroyos a algunos valles del Loira.

Tras haber recorrido todo un barrio de cuarteles donde no se ven más que uniformes azules con rayas blancas, a veces un pantalón rojo, y donde todo el mundo se mueve y circula a través de las calles o parados sobre la puerta de alguna taberna, se llega a la planicie donde está construida la vieja Tlemcen, con sus monumentos, sus mercados y sus hoteles que abrigan, mejor o peor, a los viajeros que la honran con su visita.

Los hosteleros no son muy exigentes acerca de las costumbres y mezclan, para dormir, a los sirvientes con los señores. No comprendemos nada. El grupo debe subir dificultosamente una escalera que parece una escala, fuera de la casa, para llevar a las habitaciones que se encuentran encima de un cenador sobre el jardín. Las habitaciones así suspendidas tienen el aspecto de estar sostenidas por las ramas de las vides que trepan a su alrededor.

Tenemos la orden de no sacar de las maletas excepto lo estrictamente necesario. Después de haber aclarado y frotado con jabón mineral, todos los recipientes necesarios para el aseo, asistimos a los fastos de una boda judía en una especie de patio cuadrado cubierto con unos toldos.

Al anoecer de ese mismo día, el señor de Maupassant trajo muchos clichés tomados durante la tarde; pero, aquí, no había habitación negra y fue imposible revelarlos. Fue entonces necesario ponerse a esa faena más tarde. Mi señor no estaba contento; quería que le diese, desde la mañana, la imagen tomada por él de la Mezquita de Sidi-Ghehoui y de Djamma. En una de ella, según me dijo, vio a un grupo de niños a los que se les impartía clase. Este sistema parecía muy práctico al señor de Maupassant porque, decía, al menos, bajo esta gran bóveda, el aire circula libremente y todos esos jóvenes pulmones pueden respirar a gusto.

— Mañana iremos a Mansoura y usted vendrá para fotografiarnos.

Después de haber visitado ese pueblo y el campo de la Victoria, convertido en defensa, hice una foto de ese país y de los alrededores, donde se encuentra el famoso minarete que fue construido, en parte por los musulmanes y en parte por los cristianos. Un buen día, por la voluntad de Alá, el lado edificado por los cristianos se derrumbó en

toda su longitud, unos cuarenta metros de alto; se ve aún hoy al gran Mahoma en lo alto de la parte construida por sus adeptos, vigilar, con ojo inquieto, esta provincia.

Fotografié al grupo, al señor de Maupassant y al señor Pichot bajo unas palmeras. Enseguida fuimos a El-Eubad¹⁰³, bello pueblo pintoresco donde se encuentra el mausoleo de Sidi-bou-Médine, uno de los más eruditos profesores de la raza musulmana.

(En los confines marroquíes)

Una noche, el señor de Maupassant me informó que al día siguiente iríamos a Lalla-Maghnia, al lindero de la frontera con Marruecos. Todo el camino estaba bordeado de campos de palmeras y árboles frutales, y, por aquí y por allá, se elevaban kasbahs y casas. Ese paisaje recordaba la vida de algún rincón de Bretaña. Más lejos, unas residencias de cierta elegancia se mostraban alegres bajo el sol, y parecidos a algún palacio principesco de los cuentos de hadas. Alrededor, unos pequeños mofletudos y alegres jugaban. Al aproximarnos, una o dos mujeres vinieron hacia nuestro coche para pedir una moneda, u ofrecer un poco de amor...

— Ambos,— decía el señor de Maupassant..

Solamente el capitán de D...¹⁰⁴ lo aprobó diciendo:

— Hay que ser tolerante, pues este clima invita a ello.

Llegamos a nuestra meta, al río Mouilah, que no se atraviesa, la otra orilla pertenecía a Marruecos y la otra orilla era la propiedad de un Agha terrible. Su ojo de águila vigilante no dejaba nunca esos parajes.

Fijamos la vista hacia ese país impenetrable y misterioso, y nuestros cerebros se esforzaban por trazar un plan para vencer las dificultades que nos impedían ir más allá de ese curso de agua. Era pequeño y sin embargo nos detenía.

Nos estaba prohibido ir a ver esas montañas desconocidas e inexploradas, sus habitantes no querían oír hablar de la civilización que les habría perturbado sus ancestrales costumbres. Ninguno de nosotros se arriesgaba a dar su opinión. Sólo, el señor de Maupassant decía que si una misión amistosa no obtenía resultado, siempre se podría, con muchas precauciones, emplear la fuerza.

Un oficial, que nos acompañaba, dijo entonces:

— Sí, pero no se debe dudar de la inteligencia guerrera de esos valientes. Son bravos en exceso, y mantienen el tipo hasta el final. En nuestro Cuartel General se han estudiado bien esos proyectos, pero siempre se están esperando las órdenes del alto mando.

» Hace algunos años, teníamos un coronel que ardía en deseos de poseer condecoraciones. Se puso en contacto con los subalternos del Agha vecino, a los que hizo la proposición de tener una entrevista aquí, sobre esta orilla, con su jefe, el Agha. Pero este último declinó la invitación. Algún tiempo después, lo iría a buscar, mediante una escolta en la Mouilah y le acompañaría él mismo, asegurándole que sería bien tratado (¡pero, sin armas, por supuesto! La residencia de ese líder de salvajes, encontrándose a cierto número de kilómetros hacia el interior, el asunto requería reflexión. Finalmente, un día, nosotros estábamos aquí, las manos vacías, no llevando más que una caja que contenía dos pistolas para ofrecer al Agah, fanático de la pólvora.

» Nos recibió en un salón, que necesitaría un libro para describirlo, y nos ofreció, según la costumbre árabe, en dos minúsculas copas, unos manjares ligeros y succulentos; luego, café en tazas de oro viejo.

» Estábamos llegando al momento psicológicamente álgido. Se trataba de hacer hablar al regalo que ofrecimos al ojo de águila. ¡Oh! ¡Sorpresa! ¡Se encasquilló!...

» Buscando el punto defectuoso de esas rebeldes, nos miramos con una comprensible inquietud. Si esas pistolas no funcionaban, ¿qué ocurriría?, pues, para estos guerreros, la voz de la pólvora era una especie de Dios. Finalmente, un tornillo traidor fue descubierto y las dos hermanas dieron la voz con un dúo de ópera. ¡Respiramos!

» El Agha era un científico, nos dio un curso sobre armas de precisión, como un graduado de la Escuela de Lieja¹⁰⁵.

» Luego de habernos hecho los honores en su palacio, nos hizo visitar el jardín. Una auténtica maravilla, con dos avenidas de palmeras donde la vista se perdía hasta el infinito. A pesar de ese relajante espectáculo poético, que había elevado el punto de nuestra diplomacia, no pudimos convencer a nuestro amable anfitrión a mantener relaciones con Francia. Su decisión estaba tomada. Nos dejó entender que no podía ser más feliz en su situación, puesto que era

soberano absoluto, no pagando incluso ni un céntimo de diezmo al Sultán.

» La separación fue cordial. Nos hizo conducir a la Mouilah con el mismo ceremonial que a nuestra llegada.

» Cuando hubimos tomado sitio en nuestro coche, las cejas de nuestro coronel estaban bajas, como si una tormenta estuviese próxima.

El capitán Davout dijo entonces:

— ¿No creen, caballeros, que lo que acabamos de ver no es la puerta por donde debemos entrar un día en ese país? Es demasiado hermoso, ese río de orillas encantadoras, esas claridades que seducirían la paleta de un Corot.

La discusión había comenzado y continuó hasta Tlemcen. Todo el grupo había escuchado con interés el relato de este uniformado, pero yo comprendí, observando el rostro del señor de Maupassant, que él habría deseado otro desenlace.

Al regreso, yo estaba sobre la silla, al lado del cochero árabe, que me contó toda su devoción por su Dios Alá. En cuanto me hubo relacionado todas las recompensas que le esperaban en el más allá, le dije:

— Mi buen Ahmed, yo soy de su opinión, creo que algo bueno le espera en el infinito, y lejos de mí la idea de arrojar una duda sobre sus esperanzas. Pero usted me dice que Mahoma lo elevará tomándolo por los pelos. ¿No teme que la tiña los haya devorado hasta el final? Finalmente, admitamos que Alá los sustituya por sus orejas; lo que puede funcionar. Pero en cuanto a las mujeres, usted me dice que cada fiel de Alá poseerá siete en el Paraíso. ¡Eh! Bien, si esto es verdad, le deseo mucho placer, mi querido Ahmed; pero ¿de donde demonios tomará Alá esa legión del sexo débil, teniendo en cuenta que aquí hay casi tantos hombres como mujeres?

En ese momento, el carruaje daba un giro serio; y Ahmed fustigó duramente a sus caballos.

El tren nos llevó, a toda prisa hacia el mar, muy estrecho en ese lugar. Más allá de sus costas, hay unos lugares que despiertan la curiosidad y el deseo: Sevilla, con sus particulares bellezas y sus viejas tradiciones, que mi señor prometió visitar algún día.

Eran las dos de la tarde y todos los habitantes de Orán se encaminaban hacia la plaza de toros. Nosotros también fuimos y tomamos lugar sobre una de esas frías losas que sirven de asiento, para asistir a una corrida. El sol era una mancha roja en el cielo e iluminaba esa escena donde aparecía un torero de negro y blanco que parecía, al principio, jugar con el animal, para luego luchar con los picadores.

El señor de Maupassant estaba al borde del ruedo, en medio de sus amigos. Hablaba y no parecía tener interés en lo que ocurría en la arena. El segundo toro apareció y fue atacado con vigor; la sangre rodaba. Habíamos visto suficiente, pues no sé si el corazón no le habría fallado a alguno de nosotros.

Regresamos al hotel. Algunos minutos después, mi señor estaba igualmente de regreso. Me manifestó el pesar que había experimentado viendo ese tipo de espectáculo. Cuando volví con su té, continuó:

— ¿No hay en ese espectáculo algo deshonesto para el hombre civilizado? ¿Acaso no son unos cobardes, por no decir más, esos picadores cuyas piernas están protegidas de colchones hasta la ingle? Pinchan, a distancia, con su lanza al toro y presentan a los mortíferos cuernos de ese animal, utilizándolos furiosos por todos los medios en su poder, el flanco del pobre caballo sin defensa, sacrificado a ese juego. Es sin embargo el mejor auxiliar del hombre desde la edad de piedra; y todo eso para alegrar a una muchedumbre que no comprende nada de sus deberes para con el progreso.

Yo resplandecía.

— Sí, — volvió a decir entonces el señor de Maupassant, — veo todo el placer que usted experimenta viéndome hacer aquí la defensa del caballo. Es de justicia.

— ¡Oh! Sí, Señor, se lo agradezco de todo corazón. Piense que, como él, yo he nacido sobre pajas, y que fue, hasta mis veinte años, mi fiel compañero.

(Regreso a Francia)

Dejamos Argel. El « Eugène Péreire » silbaba muy fuerte y su grito parecía desafiar el espacio. ¿Por qué se tiene el presentimiento de que a todas horas tendrá necesidad de todas sus fuerzas para luchar

contra las aguas que lo transportan, de ordinario, tan suavemente hasta Marsella?. No lo sé, pero a pesar del bello mar que teníamos al partir, toda la tripulación iba y venía y los ruidos de ese navío me parecían más agitados que de ordinario.

Hacia las nueve, se ordenó descender a todo el mundo a los camarotes. El tiempo era malo y una corriente muy fuerte nos arrastraba hacia el estrecho de Gibraltar.

Los mareados eran numerosos. En cuanto a nuestro grupo, había desaparecido completamente; se nos escaparon para ponerse en manos del personal de a bordo. La noche pasó y, a las seis de la mañana, mi señor me hizo llamar sobre la pasarela donde lo encontré charlando con el capitán:

— Es para hacerle ver las costas de España, por lo que le he hecho llamar.

Me explicó entonces por qué el navío debía tomar esa dirección que lo alejaba de su recorrido. Ese barco siendo demasiado ligero y muy alto para su superficie, se balanceaba fácilmente. Fue la razón por la que el capitán creyó prudente remontar ese fuerte mar para navegar después hacia Marsella. Me habló entonces de España, de la que estábamos solamente a algunas millas. Distinguió con su catalejo, una región que se llamaba San Sebastián. Llegamos a Marsella con ocho horas de retraso, pero, en resumen, habíamos hecho un buen viaje, a pesar del mal humor del Mediterráneo.

Tras una buena noche reparadora, todo el mundo tomó el rápido de París. El señor de Maupassant permaneció allí ocho horas para buscar unos documentos.

XIV

CHALET DE LOS ALPES EN ANTIBES

Recuerdos de Italia – Pisa – Gambo y el poeta Shelley.

Cannes, 20 de junio de 1920.

Todos estos días me encuentro bajo la influencia de una idea fija, una necesidad imperiosa de volver a ver el chalet de los Alpes en Antibes. Un tramo que discurre ahora a lo largo de la cornisa de oro, entre las innumerables villas de jardines floridos y bien arreglados, y el mar azul, me ha conducido entre el golfo de Juan les Pins, frente al castillo de los Eucaliptos, a este lugar siempre engalanado con rosales donde mi señor quería comprar una vieja casa hace más de un cuarto de siglo.

Para llegar a la « Badine » sigo la antigua carretera de Niza, donde puedo encontrar todo lo pintoresco de antaño. Los olivos centenarios de tronco totalmente desmedrado, de follaje tan ligero, plantados sin orden en los campos o discurriendo a lo largo de los caminos, me han impresionado por su envergadura y su robusto aspecto, y, no sé por lo qué, un estremecimiento me ha recorrido pensando que ese rincón salvaje desaparecería un día para dar lugar a ciudades modernas con jardines de tipo inglés, o jardines de horticultura atestados de invernaderos, pues hoy, la cuestión estética preocupa menos que el obtener un beneficio inmediato, en el caso en que se presente. Por desgracia, con mucha frecuencia, podemos comprobar ejemplos de ello todos los días.

Siguiendo mi camino, inmerso en mis reflexiones, llegué al Chalet de los Alpes encontrándolo más o menos en el mismo estado que en 1886; únicamente los árboles estaban muy crecidos y me acordé del Chalet Ivelt, estremeciéndose bajo la sacudida de un terremoto, pareciéndome oír todavía el terrible ruido que se había producido en la estructura encima de mi cabeza, el trajín de los timbres locamente accionados por esas sacudidas sísmicas que, en el espacio de algunos minutos, sonaban repetidas veces¹⁰⁶.

Entonces me pareció oír a mi señor decirme:

— François, hoy, a las nueve, habrá que pensar en izar la bandera para avisar a Bernard que prepare todo, pues después de almorzar, iré a dar una vuelta por mar con mis invitados.

Volví a ver todavía ese día allí al señor de Maupassant, hacia las diez, sentado en un banco bajo el peral, al lado de una dama a la que le recitaba los siguientes versos:

*Venga, ofrézcase a mis ojos.
Aparte la cinta que me impide reconocerla
Descubra esa frente radiante
Donde los ojos revolotean, donde los rizos parecen nacer
Y donde el amor.....*

*.....
Se me escucha, se recibe mi voz y mi ruego
Una carroza de Azur.....*

*.....
De una flor frescamente abierta
Cerca de su canal plateado
Un naranjo frondoso se opone
A los fuegos devoradores del verano
Bajo su follajepreciado
El amor dormido descansa
Y por sus encantos detenido
El voluble viento se expone
Tomando todavía su libertad.*

*.....
Tu me ves rodeado de campos en flor
En medio de los pastores yo vivo,
Piso el esmalte de las praderas
Rival y hermano del Amor.^(a)*

Cuando el señor de Maupassant hubo terminado estas estrofas, se produjo un breve silencio, pues la señora A... dijo:

— Sí, sí, muy bien, amigo mío... pero, que bonitos son los Alpes así, rosados como la boca de un niño, parecen estar besando la bóveda celeste. ¡ Y esta inmensa extensión de pinos verdes, es tan imponente ! Y allí, cerca de nosotros, esa banda roja es muy curiosa.

Y el señor de Maupassant respondió:

— Señora, eso es una plantación de manzanas de amor que tiene sus colores tan maravillosos como si estuviésemos en el mes de julio.

Las hojas del peral, tan delicadas y finas, movidas por la brisa se posaban a veces sobre la cabeza de la señora A..., se agitaban como una nube metálica, formando de este modo una bonita diadema sobre su bella cabellera negra.

El almuerzo que siguió, y que todavía puedo recordar, fue de los más animados, estando presentes por el sector femenino, varias aficionadas al arte, al teatro, que poseían conocimientos generales sobre todo de Italia de donde tan cerca se estaba, con sus tesoros artísticos de pinturas, de esculturas, sus magníficos monumentos, sus maravillosos palacios, las iglesias de imponente arquitectura, donde el mármol y el oro rivalizaban para darles esa gracia, esa ligereza que hacen de esos templos de la oración unas maravillas de elegancia y de amplia concepción.

La conversación derivó hacia ese particular, los nombres de los pintores italianos fueron citados, entre otros, fue Leonardo da Vinci el que más a menudo se trajo a colación. La señora de Maupassant, como siempre, destacó por su erudición y la profundidad de sus críticas. Narró algunos hechos que había recogido durante sus viajes, en los que había tenido la ocasión de entrevistarse con unos personajes que, por su parentesco o sus relaciones con los descendientes de Rafael o Leonardo da Vinci, etc..., demostraban que esos ilustres hombres tuvieron una presciencia, una visión de futuro, como otras veces los augures y las Sibilas predecían antiguamente por adelantado los hechos destacados que debían producirse en una determinada época.

—Un día,— dijo la señora de Maupassant — un hostelero de Florencia quiso mostrarme el culto y la veneración que profesaban sus compatriotas a sus ancestros, conduciéndome a una casa baja y oscura, donde pude admirar un nicho, una paleta, un par de zapatillas y algunos aperos de jardinero, ante lo que, como ante una urna conteniendo reliquias, un cirio la iluminaba noche y día.

Al final de la comida, la Condesa Montgómery, ésta émula de Brillat-Savarin, cuya fama de aficionada a la buena cocina era conocida en todo París, hizo con éxito una descripción de una crema al té que acababa de encontrar deliciosa. En cuanto al señor de Maupassant que apenas había participado en la conversación general, se entretenía con cierta dama, y creí advertir que ese día las palabras

que decía daban a su voz una inflexión dulce, una melosidad que yo no le conocía aún, pero pronto tuve la ocasión de darme cuenta del descubrimiento que acababa de hacer. Pues bien, resultó que el autor de *Notre Coeur* tenía ante sí a la que un día sería Michèle de Burne¹⁰⁷.

Luego me senté en el mismo banco en el que mi señor había declamado, tantos años atrás, los versos que he citado anteriormente, y contemplé la bahía de los Anges, ese golfo de un azul tan puro en el que Niza bañaba sus pies indolentemente. Y más a lo lejos, la costa italiana que me recordó el viaje que hicimos con el « Bel-Ami », y los recuerdos regresaron poco a poco en gran número y con una precisión de detalles inimaginable. Me volvía a ver en el puerto de Porto-Morizio, donde mi señor había dicho:

— François, quisiera que fuese a buscar oro a Montecarlo, pues es preferible y más cómodo para el viaje.

Cenando, hice parte del equipaje para mi viaje del día siguiente y Bernard me dijo:

— Si fueras a Pekín, mi viejo François, no te volveríamos a ver.

A lo que respondí:

— No te inquietes, me disfrazaré de paisano y estoy seguro de no despertar la menor sospecha.

Calzado con grandes zapatos gastados, poniéndome un viejo pantalón de cocina, una camisa de noche sucia, un viejo chaquetón de Raymond y una gorra fuera de uso de mi señor y con mis patas de conejo, me presenté ante Raymond que me felicitó diciéndome:

— Pareces un piamontés cruzando el campo para atrapar unas gallinas o robar unos huevos.

Salí por la mañana y al llegar a la estación de Montecarlo, subí una escalera que me condujo a lo alto de las magníficas terrazas del jardín del Casino. Descansé un minuto para tomar aliento y aproveché ese breve instante de reposo para mirar el mar. Estaba en calma y tranquilo y gocé de esa vista incomparable y siempre nueva que deparan los jardines. El tiro de pichón, tan animado habitualmente, estaba triste ese día y abandonado, pero por el contrario, el puerto de la Condamine, rodeado de laureles rosados superando esa sombra que

forma el Palacio del Príncipe y las viejas casas de Mónaco, me pareció un espectáculo admirable.

Me dirigí a la entrada principal de los salones de juego, donde un inspector, viéndome tan miserablemente vestido, me dijo:

— No se entra.

— Ya lo sé – le dije – pero quiero hacer un recado de parte del señor de Maupassant.

Ese nombre mágico como la fórmula de « Ábrete Sésamo » de los cuentos de las Mil y Una Noches, hizo abrirme todas las puertas. El inspector me mostró una escalera que me condujo al primer piso, al despacho del cambista, donde recibí tantos reales de oro como billetes tenía de 1000 francos.

Bajé a almorzar al Gran Hotel de Mónaco, a cuyo propietario conocía y al que puse al corriente de lo insólito de mi vestimenta.

— Llego usted muy a propósito – me dijo – tenemos lubina a la brasa, el manjar preferido del señor de Maupassant y si usted desea sentarse en esa mesa, se la servirán enseguida.

Después de un excelente almuerzo, pues la lubina a la brasa y la guarnición que la acompañaba eran de un gusto exquisito, me subí al ferrocarril en las mismas condiciones que a la ida, y a las tres y media estaba de regreso en Porto-Monzio. Raymond me esperaba sobre el espigón con la gabarra, quejándose y diciéndome que no era el momento de darse un baño, lastrado como yo estaba, pues mis bolsillos estaban repletos del metal precioso.

Quisiera destacar aquí un hecho que demuestra lo que puede producir un ojo bien ejercitado, y por consiguiente a corroborar el juicio del señor de Maupassant cuando decía:

— Ejercidad vuestros ojos, ellos son las guías de todos vuestros otros sentidos.

Abro un paréntesis. Estamos en septiembre del año 1900, once años después de mi visita a Montecarlo. Pues bien, algunos años después de esa época, por curiosidades del destino, como suele ocurrir a menudo en ciertos momentos de la vida, yo era gerente de un Café en París¹⁰⁸. Debido a esa sedentaria profesión, había engordado, mi cráneo estaba desnudo y por mi frente cruzaban profundas arrugas que el rojizo tono de mi rostro hacía resaltar (ese rojo era producto de un golpe de sol que había padecido unos años antes en Biskra), mis ojos cansados presentaban el aspecto de medias ventosas, mis patillas

rasuradas, había dejado crecer un bigote largo y entrecano, erizado en las puntas de tal modo que ningún cosmético podría llegar a darle un toque de flexibilidad; añádase a todo esto el uniforme clásico de un gerente de un gran Café, traje, corbata blanca, etc... Todo ello había debido hacerme ciertamente irreconocible. Una noche en un rincón del Café, débilmente iluminado por algunas lámparas eléctricas, vi en la mesa a tres caballeros que me produjeron la sensación de ser agentes de la calle de Harley en viaje de inspección. Me aproximé para comprobar que no les faltara de nada cuando uno de ellos me interpeló y me dijo a quemarropa:

— Yo lo conozco, es usted quién vino, hace ya una docena de años a buscar el oro a Montecarlo para el señor de Maupassant, el gran escritor.

Como yo pareciese sorprendido, él añadió:

— Lo recuerdo incluso con su gorra y su abrigo. Comprendo su sorpresa, pero lo que recuerdo es que usted cambió tanto como un hombre puede tener en diez años, sin embargo fue usted, con toda seguridad, la persona que vino a Montecarlo.

Yo me senté con esos caballeros que me dijeron que la Casa los había enviado a la Exposición, luego hablaron de ese bello país donde el aire está cargado de efluvios perfumados que acarician más agradablemente que los que emanan de una sala de Café. (Aquí cierro mi paréntesis).

Finalizado mi encargo, y el señor de Maupassant en posesión de su oro, nos hicimos a la mar y dos días después estábamos en Savone. Ese puerto estaba lleno de barcos carboneros y todo lo que se tocaba estaba negro, habida cuenta que, cerca de la rada del puerto, estaban instaladas unas fábricas que, noche y día, vomitaban por sus altas chimeneas un humo grasiento, negro, y cuando el viento venía del mar, lo que ocurría frecuentemente, uno se creería transportado a las orillas del Támesis.

El señor de Maupassant desembarcó para dar su acostumbrado paseo en tierra y ver al mismo tiempo Omneille, un pequeño puerto enfrente, a algunas millas. Entonces se dio cuenta de que el piloto no había elegido ese fondeadero, pero nuestro pobre guía ignoraba su existencia.

Yo me imaginaba entonces, a mi maestro tomando su *tub*, así era como designaba su baño en alta mar; todas las mañanas a las diez el

barco estaba equipado con la tienda de lona, y si el estado del mar lo permitía, el señor de Maupassant levantaba la cabeza para salir un poco más lejos. Si el mar estaba en calma, hacía la plancha, dejándose balancear por las ondulaciones del agua aclarando sus bigotes con la lengua, quedándose a veces de pie, con la cabeza y las manos fuera del agua, jugando como un niño. Si el mar estaba un poco fuerte, luchaba, cortándolo y saltando encima como un tritón, hundiéndose y reapareciendo más lejos como los delfines que en ocasiones se aproximaban bastante cerca de la playa para que se pudiese seguir con la mirada sus evoluciones.

Tomado su baño, Bernard estaba en la escala para ayudarlo a subir, yo le ponía su albornoz sobre las espaldas y respirábamos un poco más libremente, pues, durante el fragor del baño, nosotros no estábamos tranquilos, siempre bajo el temor de un posible accidente.

Desde que había puesto sus pies en el barco, su primer acto era atusarse los bigotes, no dejando nunca de añadir:

— ¡Caramba! ¡lo salada que está esta agua! Creo que el agua de Étretat es menos desagradable al gusto.

Recuerdos de Italia

Tras haber revivido todo este pasado, y lamentando la ausencia de mi señor, me decía a mí mismo: « Qué feliz estaría hoy de ver a esta noble Italia, cuyo corazón se estremeció cuando se arrojó a la pelea para socorrer a su hermana latina, y cooperar a la libertad mundial.

La alegría que el señor de Maupassant hubiese tenido viendo el renacer de la amistad de los pueblos latinos que siempre han fraternizado en el mismo amor por las artes, la belleza, lo sublime, en el idéntico espíritu de ideal y de desinterés.».

Y yo pensaba que tal vez hoy estaríamos en Roma, en Nápoles o en Sicilia para llevar nuestras felicitaciones y agradecimientos, o quizás incluso en Girgenti donde mi señor me decía haber visitado las ruinas de Segeste viajando por muladares, las curiosidades de la Ciudad de Santa Rosalía con la señora M..., intrépida alpinista, una especie de “Juan sin miedo”.

Después un pueblo perdido, al que se le podría llamar Cythére. En ese pintoresco paisaje, en un momento dado, la señora M..., inhalando el aire perfumado, le decía:

— Es muy curioso, sin embargo no puedo creer en la realidad de mis impresiones, pero tengo la sensación de que en este lugar las casas, si se les puede llamar así, esas ruinas, esas cabañas más bien, y todo lo que las rodea, tienen un perfume intrínseco.

Algunos instantes más tarde, nos encontramos con una dama que tejía, sentada ante la puerta de su humilde morada. Tras saludarla, nos dirigimos a ella en francés para solicitarle alguna información sobre la región. Con la gracia de una mujer de mundo, se levantó, dejó su trabajo sobre una mesa y, con voz dulce, en el más puro francés, nos dio la información requerida. No sé quién de nosotros se sorprendió más de que esta anciana entendiese y hablase nuestro idioma.

Nos rogó que entráramos en su casa para descansar un poco ya que, según ella, después de la caminata que acabábamos de hacer, debíamos estar fatigados. Allí permanecimos sentados los tres en una habitación cuyas paredes habían sido pintadas con cal de un tono rosado, y sobre las que se veían colgados unos pequeños cuadros y figurillas muy bellas de un marcado carácter y factura totalmente franceses.

Después de que esta dama hubo satisfecho nuestra curiosidad por los numerosos detalles que nos proporcionó sobre los lugares de su retiro y por la descripción que nos hizo de los alrededores, acabó hablando de sí misma:

— Están ustedes ante una nonagenaria. ¡Sí!. Yo nací aquí de padres franceses. Hacia finales de la Revolución, mis padres, que eran los mayores propietarios de la isla de la Moines, en el mar de Morbihan, tuvieron que huir ante la amenaza revolucionaria para escapar al cadalso. ¿Cómo vinieron a parar aquí?. Jamás lo supieron. Mi padre siempre me dijo que en su huida loca sobre las olas furiosas que zarandeaban su pequeño velero, amenazando con engullirlos, por un juego de azar, llegaron a estas costas.

La fisonomía de la nonagenaria se animaba, su rostro tomaba color, su frente casi no tenía arrugas, sus ojos de azul pastel, similar al que presentaban las piedras de la isla donde habían nacido sus antepasados, sus cabellos de un blanco puro que se confundía con el no menos blanco de su cofia, todo revelaba en ella la inmensa alegría

que experimentaba por encontrarse en presencia de franceses con los que poder hablar de ese país que nunca había visto.

Continuó:

— Amo Francia, el país donde tendría que haber visto el día, y a esa curiosa isla acunada por las olas del Océano, en la que mi padre y mi madre tantas veces me han descrito que me parece conocerla mejor que este rincón de tierra donde vivo desde mi infancia. Sí, me parece ver la iglesia encaramada sobre la cima de la colina, dominando el mar, su bajo y cuadrado campanario reflejando su silueta, las dos calles ascendentes y que serpentean alrededor de la isla, con sus casas bajas cubiertas de cenadores de viña virgen.

» La casa de mis padres se encontraba en las afueras del pequeño burgo sobre una elevación del terreno al lado de un bosque de pinos.

Nos enseñó un fragmento de la piedra que sus padres hacían extraer allá, la más bella que existe en Francia. Habiéndonos introducido en una habitación contigua, nos mostró, para gran sorpresa nuestra, una colección de todo tipo de objetos, restos del antiguo esplendor de sus antepasados, conservados religiosamente como en un verdadero museo, antiguos encajes, figurillas de marfil finamente esculpidas, joyas, collares etc... Finalmente lo que colmó nuestra sorpresa fue un pequeño cuchitril, especie de pequeña caverna iluminada por una lamparilla, donde, en dos tarros llenos de alcohol se encontraban, muy bien conservados, dos corazones humanos, rodeados de flores frescas; la lamparilla estaba rodeada de miosota.

— Estas son – nos dijo – mis reliquias más preciosas; rezo ante ellas varias veces al día, el Todopoderoso me ha de reunir en la eternidad con los dos seres que siempre han sido los más queridos, mi padre y mi madre.

Luego añadió:

— Les prometí a mis queridos difuntos, llevar un día, si me era posible, sus corazones allá, *bajo el pinar de la isla de los Moines*. Pero Dios no lo ha permitido.

Mi señor me dijo que había estado más impresionado por la historia de esta nonagenaria que cuando había hundido su mirada en el abismo del Vesubio. La señora M... decía:

— Que extraño y curioso, sobre el tarro izquierdo he leído « Jean-Marie », sobre el de la derecha « Anne », pero casi borrados.

Mi señor, ese observador a lo que nada se le escapaba, me dijo:

— Pero me parece que ese hecho que acabo de contarle le ha impresionado igualmente.

— Sí, señor, lo encuentro muy conmovedor; además le diré que me recuerda a una paseo que estuvo a punto de terminar dramáticamente.

Hace aproximadamente quince años, yo acompañaba en un viaje a Bretaña, a la familia del Conde de E..., habíamos recorrido todas sus costas desde Saint Malo, habíamos visto Belle-Île con su pequeño puerto del Palacio que, por la mañana, con todas sus redes de colores diferentes extendidas sobre las dársenas, producía la ilusión de un florido jardín. Habíamos visitado la gruta de la Apothicairerie^(b), llamada así porque los cormoranes construían sus nidos en la parte superior de la gruta y esos nidos simétricamente ordenados en estantes, recordaban los tarros de una farmacia. La punta de los Poulains con sus dos boquetes semejantes a dos grandes ojos, uno de los cuales mira hacia el gran mar para asegurarse que los navíos que pasan de largo no suponen una amenaza, y el otro parece estar haciendo un esfuerzo para ver mejor si, del lado de Carnac, no irán a surgir algunos guerreros de esos menhires bajo los que reposan desde hace tanto tiempo. El fortín, que debía albergar unos años más tarde la más célebre tragedia¹⁰⁹ de estos tiempos, en un abandono salvaje, sobre un fondo de guijarros, las algas y algunas flores acuáticas parecían felices y sonrientes al sol, recubriéndolas la marea, eludiendo su vista durante algunas horas. Y después me fue dado ver que este artista, que he visto en la escena hundir un puñal en el corazón de su amante con la mayor sangre fría, había dignado a reservar un pequeño lugar a esas pequeñas flores de poesía que, únicamente con las olas, debían darse el beso de paz antes de librarse al sueño.

Llegados a Carnac, el señor y la señora de M... se encontraban fatigados y se fueron directamente a Vannes. Nosotros, los jóvenes, fuimos en tren hasta la Trinité, desde donde hicimos a pie el camino a Berder luego Aradon, donde extenuados pasamos la noche. Por la mañana, cuando abrí la ventana, vi una plaza al fondo de la que se encontraba una iglesia apenas terminada, además desde todas las

^(b) La Botiquería (Nota del traductor)

calles colindantes desembocaban unas mujeres endomingadas, las alas de su cofia al viento; los hombres en traje bretón, muy dispuestos, llevaban unos remos y timones. Yo me informé por la criada de la pensión y le pregunté si todo lo que iba y venía no era un bautismo en la iglesia.

— ¡Oh!, no – respondió— hoy es la fiesta de la isla de los Moines.

Y decidimos ir a ver esa cosa tan curiosa, tanto más interesante para nosotros porque numerosas eran las bretonas cuyo busto ondulaba sobre las rollizas caderas, como una gabarra en el mar. Llegó la hora de regresar, pero, como estábamos un poco retrasados, todos los barcos ya estaban cargados ampliamente. Un barquero estaba desafortunadamente al descubierto, y como estaba sobrecargado más allá del número de personas que razonablemente podía transportar, nuestra partida fue un desastre. Debimos remontar la corriente, lo que nos era imposible a vela; el reflujo, entonces con plena fuerza, nos empujaba hacia la costa y nos llevaba hacia el embudo de Port Navalo, donde debíamos ser fatalmente engullidos por las olas, el barquero repetía sin cesar «¡Esto va mal!» Y una bretona poniéndose en cuclillas al fondo del barco rogaba por nosotros en una lengua que el Altísimo entendería mejor que nuestro francés. Ella decía ¡Tornerre de non de Dyr! ¡Stronn Marie ar verhez! ¡Santes Anne bynignea! ¡Koled Omh! ¡Koled Omh! (Traducido: ¡Dios mío, Virgen María, Santa Ana bendita, ¡estamos perdidos, estamos perdidos!).

Finalmente, un ligero empuje de viento, como se produce a veces al declinar el día, nos desvió de nuestra posición absolutamente crítica. Después de haber hecho tres o cuatro millas, cuando la travesía no suponía más de una y media, debimos desembarcar sobre una roca, pero nos era imposible abordarla, los remolinos o una terrible resaca producida por la fuerza de una corriente nos arrojaba siempre a varios metros de nuestro embarcadero... Finalmente, después de haber reunido todos los recursos a nuestra disposición, pudimos llegar a poner en tierra a las damas en primer lugar, y también a entender a la bretona que había rogado a Santa Ana. Desembarcados por turno, y después de haber secado nuestros vestidos empapados de agua, como unas gallinas batiendo las alas después de un chaparrón, seguimos el sendero empedrado que conducía a Aradon. Gaston y Ludo delante, éste último que se había arrojado al mar para llevar la amarra a tierra

parecía un buzo saliendo de su trabajo, lo que no le impedía cantar con su hermano. Yo, seguía con la pequeña Hélena, de 12 años, de la que tenía la custodia junto a sus hermanos, ella me sujetaba por el borde de mi vestido y yo estaba emocionado pensando que esta niña, que era el tesoro, la vida de sus padres, habría podido ser engullida, y el dolor espantoso que esta pérdida les supondría me embargaba de una emoción tan penosa que un sudor frío me mojaba como el baño que acababa de tomar. Y para estar bien seguro que no era el juguete de una ilusión, agarré su débil mano y de su voz emocionada de niña que comprende el peligro que ha corrido, me dijo:

— ¡Oh!, Nos hemos salvado, François, no se atormente, gracias a su iniciativa, a la de Gaston y a la fuerza de Ludovic, estamos completamente fuera de peligro.

En ese instante comprendí lo que debe sentir el marino que vuelve a tierra después de los mil peligros a los que escapa tras haber sido zarandeado por las olas desatadas, comprendí la necesidad de elevar una oración de reconocimiento al Santo de su país natal, entrevisto como un símbolo de liberación en medio de un ciclón o de una tempestad que los debía engullir.

— ¿Se acabó? – me preguntó mi señor.

— ¡Sí, señor!

— Muy interesante; es curioso como nuestros recuerdos se encuentran en concordancia en esas circunstancias.

— El viaje que hice a Bretaña fue uno de las excursiones pedestres a los que era aficionado en mi juventud.

Pisa

Recordaba nuestra llegada a Pisa a las 10 de la noche. Mi señor me pidió servirle una taza de té con algunas pastas, luego me acosté, pues al día siguiente, muy temprano, el cochero, previamente avisado, debería conducirnos al pueblo de Gambo. Desde el amanecer, como todos los turistas diligentes que no temen levantarse por la mañana para emplear bien su jornada, seguimos la carretera que bordea el Arno, todavía ensombrecido en su espeso velo de niebla que el día, apenas naciente, no había disipado todavía. Por momentos oíamos voces humanas cuyo lenguaje no comprendíamos.

— Hablan a los peces – me dijo el señor de Maupassant.

Se río de su broma y atusó su bigote totalmente mojado por la bruma que nos envolvía.

En la tierra y los bosquecillos que se encontraban a nuestra derecha, un fresco gorjeo anunciaba el despertar de los pájaros.

— Pensé — dije — que estos parajes estaban desprovistos de esos alegres cantores.

Pero pájaros los hay en todas partes, únicamente varían las especies según el clima.

Había en ese amanecer una dulzura, una calma deliciosa que recordaba en su totalidad a la naturaleza viva. Sólo un viento dulce y agradable nos acariciaba el rostro, llevando hacia el mar una ligera espuma gris, y en los corrales cercanos, los gallos rasgaban el aire con sus cacareos, anunciando la salida del sol en una bella jornada o alguna victoria amorosa.

Un momento después oímos unos ladridos singulares, unos gritos angustiosos, unas llamadas desgarradoras, como si estuviésemos en los bordes de algún bosque de Argelia.

— Es algún gran gamo en los bosques, que reclama su pitanza matinal, nada más.— dijo el señor de Maupassant.

Y la brisa nos siguió durante un buen rato, trayéndonos el clamor de los pobres animales hambrientos.

Nuestro cochero hizo sonar su látigo para anunciar nuestra llegada. Después de haber tomado una taza de café muy caliente, un viejo guía nos condujo al emplazamiento donde Lord Byron, en presencia de Leigh Hunt y de Trélamny, había incinerado sobre una pira, según el antiguo rito, el cuerpo de su amigo Shelley, cuyas cenizas fueron trasladadas al cementerio protestante de Roma¹¹⁰, según nos contó el guía. Luego nos hizo la descripción de esa ceremonia, que había tenido lugar en 1822, como si él hubiese asistido.

Marchamos bordeando el mar, donde el sol, elevándose ya, había disipado las brumas y me señor me dijo:

— Sí, por la incineración, a la que no le falta analogía con la de nuestro Virrey hindú en Étretat¹¹¹, pero, por los protagonistas, eso fue otra cosa. En cuanto a ese poeta inglés Shelley, poseía en el mayor grado la magia del ritmo; cuantas obras maestras había ya creado, entre otras su tragedia en cinco actos *The Cenci* (1819); no tenía más que treinta años cuando en una travesía de Leghorn a la Spezzia, desapareció en medio de una espantosa tempestad. Su cuerpo no fue

encontrado hasta diez días después. Quién podría suponer que este mar que parece tan calmado, tan tranquilo, como un brillante lago de metal fundido, lo iba a engullir, a él y a su pequeño velero, el « Don Juan ».

El señor de Maupassant me hizo entonces una extensa descripción sobre los peligros que conlleva este tipo de navegación por alguien poco experimentado. Luego añadió:

— He oído decir que él experimentaba un extraño placer en luchar con las tormentas de este mar. Admito, tanto o más fácilmente, que esto sea normal, puesto que todo artista está siempre a la búsqueda de emociones y sensaciones nuevas.

Luego, volviéndose hacia el Arno, dijo:

— Mire usted ese río, que acaba perezosamente mezclando sus aguas con las del mar, tiene su origen en Casebtino al pie de la Santa montaña de Verna (Mont Alverne) donde San Francisco de Asís recibió los sangrantes estigmas y como yo he visto frecuentemente, sus aguas son de un tono gris tan poco claro, que los Goncourt, en su primer viaje a Italia, lo denominaron de « café con leche¹¹²», más tarde, durante otras excursiones por este país, se retractaron sobre su primer juicio acerca del Arno y sobre bastantes otras cosas. Habían adquirido experiencia. Cuantas veces he deseado lo mismo a aquellos colegas que arrojaron bastante luz de este lado y cenizas del otro bajo el foco de su envidia.. En mi opinión, si mi cerebro estuviese afectado por ese mal, creo que para castigarle, le arrancarían los cabellos que lo calientan más, por esto, no tengo nada que temer, no más por parte de los colegas que en amor, por lo demás, yo soy como Shelley « abogo por el matrimonio libre »..

Después de algunos instantes, el señor de Maupassant añadió: « Lo hicieron todo para permanecer en primer plano »

Llegamos al meandro del Arno, donde se encuentra el pueblo de Marina, muy frecuentado por los pisanos en la temporada de los baños. Es hacia la orilla de este pueblo, donde Garibaldi dirigió su barco, después Apromonto¹¹³, quién llevaba la esperanza de las futuras revoluciones. De pronto tuvimos ante nosotros a los pintorescos Alpes de Apoulasco y de la Verruco Pisane. Y el señor de Maupassant habló

de esta república de Pisa en la época en la que era la dueña del Mediterráneo, y si se quería ver algunas muestras, había que visitar la iglesia de San Stéfano.

Después de un almuerzo que haría las delicias de Gambetta, y la desesperación de su cocinero « Trompette », el señor de Maupassant fue a visitar a la familia X... que había tenido con su madre delicadas atenciones durante su estancia en este pueblo.

Yo aproveché para ir a ver la plaza del Cavalieri, bella y silenciosa, donde se elevaba antiguamente la famosa « torre del hambre », así denominada porque hacia 1288, Ugolin, primer magistrado de Pisa, fue encerrado allí con sus hijos, y, mediante un refinamiento de crueldad, las llaves de su celda fueron arrojadas al Arno para que nadie pudiese socorrerlos. Todos murieron de hambre. Esta trágica escena ha sido inmortalizada por "Dante en su *Enfer*. Luego visité la iglesia de San Stéfano; en sus paredes estaban colgados los estandartes tomados a los piratas bárbaros, turcos y otros saqueadores del mar, las sedas se encontraban ajadas, los ornamentos habían perdido el brillo de sus colores y sus dorados, la media luna solo conservaba una cierta dignidad. Aquí y allá, antiguos farolillos se balanceaban hasta la bóveda. Aquél que pudiese dar una definición de todos esos curiosos trofeos de guerras de antaño, contaría la historia de Pisa, una de las más florecientes repúblicas de los tiempos pasados. Después, sobre el mármol del coro, leí: « *Nomini meo adscribatur victoria* » palabras consoladoras del Dios de las batallas.

Durante la noche, el señor de Maupassant, descansado y muy locuaz, se extendió sobre un diván y me dijo:

— Vea usted que no hemos hecho nada nuevo, incluso por este país aquí, quemando en una pira a ese desgraciado Virrey hindú, lamentando únicamente que este hecho haya sido ocultado a las gentes de Étretat, pues es algo que no se volverá a presentar jamás. Veo siempre la cabeza de Duperroux frotando las cerillas para prender fuego a su edificio. Pero volvamos a Shelley. Una de las cosas que me ha producido más placer en este mundo, o mejor debo decir, que me ha causado la sensación más agradable que nunca he experimentado, es un relato de la susceptibilidad de Shelley, en mi barco « Le bon Cosaque », por el poeta Mallarmé. Debo decir que este último hace

resaltar de una manera magistral el ritmo de la lengua inglesa. En ciertas circunstancias análogas yo me he reprochado el no haber ido más lejos en el estudio de esta lengua con mi madre que la dominaba tan bien como el francés.

» Ese barco, sobre el que he realizado numerosos paseos con Stéphane Mallarmé, me dejó muchos recuerdos.

» ¿Usted conoce al señor Bauchant, ese jinete que bordea el seto del jardín de la Guillette, toma al pie de la costa el sendero de los cazadores furtivos, luego se mete entre las retamas y va a una pequeña meseta donde se encuentra la fuente de los chopos, ata su caballo y va a cazar serpientes de todas clases que se encuentran en esa pequeña parte de la ladera, totalmente cubierta de retamas entrelazadas y estrechas como los hilos de estopa del cordel con el que trabaja cerca de mi jardín?. Para esta audaz tarea el señor Bauchant se sirve de una fusta equipada con una hoja de acero, y usted sabe que colecciona sus despojos enteros, incluidas la cabeza y la cola, poseyendo ya un buen número y las paredes de la habitación que tiene para ello reservada, están casi cubiertas; es curioso y extraño a la vez.

» Pero él es algo más que un cazador de serpientes y un jinete, es también un remero sin par y músico en ocasiones. Durante uno de esos paseos que hicimos por las proximidades de Chatou, silbando de vez en cuando algunas notas, llevando el compás con la barra del timón, nos contó el siguiente suceso:

— Yo había pasado una noche excelente, con uno de esos sueños profundos a los que estoy acostumbrado; de la ventana de mi apartamento (Hotel de la señora de Wunter) muelle de Billy, donde yo estaba alojado entonces, miraba el Sena río arriba y río abajo y, cuando el sol lo aclaraba mejor, me parecía blando y perezoso. Los castaños sobre la orilla opuesta estaban en flor y sus hojas de un bonito verde me decidieron ir a ver del lado de Saint Germain si estaba igual. El proyecto tan pronto concebido fue ejecutado, y salté a mi yola (blanca y rosa). Todo a lo largo del muelle de Passy, unas siluetas humanas parecían mantener en el vacío las astas de una bandera, estaban inmóviles y silenciosos, y, así alineados sobre las piedras calientes, bajo los rayos ardientes del sol, me hicieron pensar en las momias egipcias dispuestas en fila en los confines del desierto para secarlas completamente. Muy a mi pesar, yo envidiaba a esos pescadores de caña, me hubiese gustado que la pasión de la caña me

hiciera, como a ellos, esclavo de las orillas del río y me ocultase todos los feos horizontes de las miserias de la vida. Mi yola, bajo la influencia de la corriente, me transportaba rápidamente y llegaba al bajo de la terraza de Saint-Germain. Como sabía donde encontrar al señor Meilhac¹¹⁴ en el pabellón Henri IV, y que tenía que conversar con él respecto de un reparto, acudí allí enseguida. Lo encontré almorzando. Tome asiento a su lado y no tardé en observar, no lejos de nosotros, a una mujer que me pareció hermosa. Cual no fue mi sorpresa cuando al regresar a mi yola, la vi caminar a lo largo de la orilla. Las hierbas, altas en ese lugar, y su vestido largo hacían su marcha difícil, y parecía poco acostumbrada a ese tipo de ejercicio; me aproximé a la orilla y saludándola le ofrecí transportarla a donde quisiera ir y, en el caso en el que aceptase mi invitación, quedaría aún agradecido. Aceptó diciéndome: « Si usted quiere confiarme el timón, conozco su manejo ». Yo estaba feliz como un niño que acaba de recibir un juguete nuevo, y esta mujer que tenía nociones de remo me gustaba enormemente.

» Bajo su sombrero de paja de Italia, observé unos admirables cabellos negros, su frente un poco abombada, sus ojos azules y risueños me hicieron pensar en el velo de Iris, la mensajera de los dioses. Cuanto más la observaba más me parecía conocer esos ojos. Comprendí entonces que todas las mañanas cepillando mi bigote mi espejo me devolvía el mismo color azul de mis ojos.

—¿Cree usted, señora, que esta es la primera vez que nos encontramos?

— Ya lo creo, señor.

— Pero lo que podría hacernos creerlo e inducir a error — repliqué yo— es que nuestros ojos son iguales.

— Sí, — dijo ella —lo que usted dice es cierto.

» Un Martín pescador rozó nuestra embarcación, y, en los matorrales de la isla una curruca cantó...

» La dama dijo:

— ¡Que dulzura, que delicias procura el canto de este encantador pájaro!

— Sí, señora, confieso que la voz de esa curruca es exquisita, pero cuan a pesar suyo, está lejos del encanto de la de usted.

» Ella no respondió, un rubor súbito enrojeció sus mejillas, estábamos llegando bajo el viaducto del ferrocarril, un tren lo sacudía

ruidosamente, yo me apresuré a tranquilizar a mi compañía que había sido sorprendida por ese estrépito de chatarra. En Chatou, guardé mi yola, luego cené solo en el gran comedor del restaurante Fournaire. Estaba triste, tenía el alma presionada como cuando se aproxima una desgracia, estaba incomodo por el olor del queso y llamé a la muchacha que atendía el comedor para que lo retirara, incluso las frutas me parecían arrugadas y marchitas. Después de un momento, hecha la digestión, volví de nuevo a pensar en la dama que, durante la mañana, había sido mi compañera de canotaje, y lamentaba haberla bajado en Chatou donde ella debía quedarse y no haber continuado la travesía hasta Bougival, o incluso más lejos y de no haberla mantenido más tiempo conmigo. Esta idea apenas me llegó cuando me dije: « Que egoísta es el hombre, no puede ofrecer el más pequeño servicio a una mujer sin creerse obligado a pedirle a cambio una compensación cualquiera.». Tuve la sensación de experimentar un sentimiento de vergüenza; a pesar de todo me gustaría volver a verla, a esa encantadora desconocida reencontrada entre el cielo y el agua y llevar más lejos ese idilio apenas esbozado. Ella volvería, según me dijo, pero ¿quién sabe cuando? Tal vez nunca...

» Diez días más tarde recibí la nota siguiente, en la cita que habíamos fijado: « Señor, comprenda que el tiempo deja mucho que desear para el paseo que habíamos proyectado... y sinceramente me pregunto si debo volver a verle... En fin, si hace bueno el martes 16, y el resultado de mis reflexiones es favorable, usted me encontrará en el mismo lugar para llevar el timón de ese bonito barco en el que pienso a menudo, y que me gusta y me parece como algo animado. Crea, señor, en mis buenos sentimientos. Vuestra gemela, Léonide de D...».

» Desgraciadamente era cierto, el tiempo era desapacible, una niebla de tristeza envolvía el Sena de una orilla a la otra, y, habiendo perdido toda esperanza de verla ese día, pasé sombrío toda la jornada. La mañana del 16 fue hermosa, me equipé con mis zapatos nuevos, una caja de sebo y unos remos de recambio, estaba cerca de mi yola cuando la dama, puntual a la cita, embarcó en mi esquife; la ligera barca se deslizaba como un cisne sobre el manto líquido dejando apenas un surco marcando el trazo de su paso; pues la mano de la timonel era experimentada, ligera y poseía la delicadeza de la aleta de un pez. La dama estaba vestida completamente de azul marino que le daba el aspecto de un marinero, el traje azul me hacía pensar en el

color del mar que yo había entrevisto un día en la isla de Batz. Pasamos Croissy, Sartrouville, y nos sumergimos a pleno pulmón en el olor fuerte y penetrante del bosque que teníamos cerca. Las orillas revestidas de sus joyas estivales completaban la alegría de la vista, y todo el conjunto producía un entumecimiento de todos nuestros sentidos. Ella hablaba muy poco, presa de un gran arrobó, y yo estaba ofendido en mi amor propio pensando que lo que ella disfrutaba no procedía más que de cosas exteriores... Luego, no solamente ella respondió a mis preguntas, sino que su lengua se desató con volubilidad y me hizo unas interesantes narraciones acerca de sus paseos en el río.

— Un día — me dijo — habíamos estado en Pontoise y fuimos sorprendidos por la noche antes de llegar a Fin d’Oise, que no conocíamos muy bien. Mi fuerte marido felizmente vio de inmediato el peligro que corríamos, yo puse el timón en parada, y gracias a su fuerza hercúlea salimos del apuro sin accidentes, pero habíamos corrido un gran peligro, yo había conservado toda mi sangre fría por el momento, pero cuando nos sentamos en la mesa, en Chantrye, me fue imposible tragar un bocado. La noche siguiente tuve una pesadilla espantosa, veía el puente metálico de la vía férrea hundirse en el Sena, nosotros estábamos atrapados en un remolino que engullía nuestra embarcación, yo arrojaba mi abrigo y nadaba sobre unas montañas de olas siguiendo a mi marido que nadaba derecho hacia la orilla, sin una mirada atrás, sin dirigirme unas palabras de aliento en esta situación sin embargo tan crítica. Cuando desperté, estaba rota y febril, como si ese sueño hubiese sido real.

» Entonces — me dije — no hay duda, ella está casada, esta pequeña bola de carne delicada que había dejado en todo mi ser el más grande escalofrío de voluptuosidad que jamás hube sentido. Y pese a que yo siempre fui muy indiferente a los celos, sentí su mordedura destrozarme el corazón con un frenesí brutal.

» Llegamos a Fin d’Oise y mi compañera señalando con la mano la barrera, dijo:

— Allí, allí abajo, al otro lado del río es donde nosotros estuvimos a punto de ahogarnos.

» Un silencio se estableció como si no tuviésemos nada más que decirnos. De vez en cuando nuestras miradas se encontraban, pero pronto las de mi compañera se desviaban, pareciendo detenerse en la

contemplación de las orillas y del campo. Yo sentía el barco pesado, como cargado de plomo, y mis manos que sujetaban con fuerza los remos me parecían blandas como de goma, y esta idea me hacía padecer a todas horas una verdadera tortura. Mi compañera ya no gobernaba, llevaba sin cesar la mano a su frente, como para arrancar un pensamiento obsesivo, su rostro tenía la palidez y el tono mate de una bella figura árabe, de golpe su fisonomía enrojeció y fijando sus ojos sobre los míos, me dijo con su bella voz de timbre tan musical:

— Señor, usted lo sabe ahora, yo soy casada o más exactamente he sido casada, pues desde hace ocho días los tribunales han sentenciado la separación con aquél que había jurado amarme siempre. Esta es, Señor, la razón por la que estoy aquí, hoy cerca de usted, y siento que no podría casarme una segunda vez, pero mi corazón, que es aún joven, podrá unirse tal vez en una segura amistad y totalmente mística.

» Se calló. En ese instante, habría querido tomarla en mis brazos y, besándola sobre sus labios rosados, decirle: « Yo seré, si usted quiere, el elegido de su corazón, se lo suplico por el cielo cuyo esplendor nos alumbra, por toda esa enriquecedora vida de la naturaleza que canta la alegría alrededor nuestra, dígame *Sí* con la misma seguridad con la que acaba de decir esas cosas que han dejado en mí una turbación inexplicable ». Entonces, golpeando mis rodillas, en el fondo de mi yola le dije:

— Señora, yo la amo.

» El sol había desaparecido más allá de Mantes sobre la isla Louis IX y de Médan, antes las lánguidas aguas del río como envueltas en este segundo velo de Iris; fue allí que con mi compañía, contraje la unión más noble, la de la amistad.

Un día yo hablaba al señor Mallarmé del señor Bauchand y de su pasión por la caza de serpientes:

— Sí, — me dijo — es curioso, ¿y no encuentra que en ocasiones tiene unos razonamientos un poco sorprendentes?

En fin, — dijo el señor de Maupassant, — esta caza de serpientes tal vez me dé un día un tema para una narración fantástica: una fuente rodeada de árboles, una agua clara y límpida rodeada de retamas en flores entrelazadas, a la que daré por título *Les Rampants* y se la dedicaré al señor Vizconde de Val-Genêts.

Y desde ese momento el señor Bauchant se transformó para nosotros en Vizconde de Val-Genêts.

Yo ya tenía la mano en el pomo de la puerta para retirarme, pero mi señor me dijo:

— Me parece que usted tiene alguna cosa que añadir a mi relato

— Sí y no, Señor.

Entonces hice a aquél, que quería immortalizar esa fuente en una narración, el relato de los hechos curiosos y extraordinarios de la que ésta había sido el teatro y ellos le dieron el nombre de « Divino Creador¹¹⁵ »

XV

SAINT-RAPHAËL

Una velada sobre el puente del « Bel-Ami ». – El claro de luna. – Bernard y las corrientes submarinas. – El orangután de Haubourdin. – Recuerdos del señor de Maupassant sobre la guerra de 1870. – Elecciones, necesidad de viajar, sensibilidad. – El lamento del señor de Maupassant de estar limitado en su comprensión y de haber sido creado mortal.

Saint-Raphaël, 26 de julio de 18[89-90]

En ocasiones parecían oírse ruidos procedentes del mar y de vez en cuando Bernard se levantaba para registrar el horizonte con su mirada aguileña. Raymond estaba en el reino de los sueños y, sobre la orilla muy próxima, algunas cigarras que continuaban su jornada, emitían unas agudas y discordantes notas en la música que acompañaba su sueño. Toda la población dormía. Solo la luna aclaraba la torre de Fréjus.

El señor de Maupassant dijo:

— Esta velada tan dulce me hace pensar en las que yo pasé en Florencia con mi madre. Como, en las orillas del Arno, yo oí un ruido de un arroyo que daba a mi oído, la impresión de notas ligeras. Sin embargo no hay riachuelos cerca de aquí. El Argens me parece demasiado alejado para ser oído... ese curso de agua que en la historia de Fréjus ha sido testigo de grandes hechos históricos. Fue sobre uno de sus puentes donde se encontraron Antonio y Lépido después de la muerte de César, y allí firmaron el famoso pacto que debía suponer la muerte de la República de Roma. Más próximo a nosotros, el regreso de Egipto del gran Emperador...

Bernard se levantó de nuevo, y mirando el mar totalmente brillante bajo la luna explicó:

— Ese ruido, Señor, es producido por olas submarinas. Yo las conozco, las traidoras. Me lo han hecho pasar bastante mal cuando pescaba el coral.

El « Bel-Ami » se balanceaba ligeramente como si algunos remolinos pasasen bajo su carena. Y Bernard añadió:

— Siéntese, Señor, eso son las corrientes que afectan a los bajos del barco.

Un silencio se produjo durante algunos instantes. El señor de Maupassant lo rompió con un movimiento de cabeza diciendo:

— Vea usted a esa incansable paseante que dicen que está muerta, está noche está radiante. Llena el espacio como un sol de primavera y esa cola luminosa que imprime a este mar levemente arrugado, parece la cola de un cometa, desplazándose, que descenderá allá. El Cabo Roux, visto con este efecto óptico, parece avanzar hacia nosotros, y me parece que podría tocarlo con la mano. Su cima graciosa provoca a mi pluma, todo esto y las colinas de este bosque de los Maures, así iluminado, como por un suave sol naciente, me procuran todo lo que necesito para escribir un claro de luna. Será uno de aquellos amores que yo viví cuando era joven. Hoy he muerto un poco, más literatura y menos juegos de amor convendría mejor a mi tintero templado¹¹⁶. Sí, esta luna es vieja, más anciana que el mundo, pues he leído en un libro griego que el primer pecado había sido perpetrado bajo su dulce luz. Sí, nuestra primera madre Eva estaría dormida bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal y al despertar, sin prestar atención, habría comido la manzana. Había sido encontrada una de las mejores cosas. Esta claro que yo hago responsable de ello al Creador. ¡Se ha escrito tanto sobre el pecado original!

Como respecto de este delicado tema, no habíamos formulado ninguna respuesta, una necesidad nerviosa agitaba a Bernard que no podía tomar su descanso más que a una hora determinada. Mirando el espacio, declaró que yo debía tener en reserva algún recuerdo de claro de luna, visto a la salida de los bailes de Montmartre o de las colinas de Saint Geneviève.

— Mi querido Bernard – le respondí – el tema sobre el que según su deseo me gustaría complacer es poco seguro para un contador de mi especie, y sepa que la loma y las colinas de Sainte Geneviève son de arcillas movedizas y esto las hace resbaladizas del diablo. No se conocerá nunca el número de estudiantes de Paris, que se han herido, y a veces gravemente, sobre sus declives...

—Muy cierto, — dijo entonces el señor de Maupassant.

— Pero si al Señor le parece bien, quisiera contarles un hecho poco común, incluso extraño, al que asistí en un claro de luna grandioso.

— Era el mes de enero. El norte se estremecía aún bajo el terrible invierno del 70-71. Yo estaba por aquel entonces en el castillo de Haubourdin¹¹⁷. Una noche, hacia las diez, antes de irme a acostar, abrí una última vez la puerta para admirar el manto de nieve que cubría el parque. Los árboles estaban decorados con la escarcha que la luna se complacía en hacer centellear. Jamás ninguna escena de teatro me ha producido la ilusión de esa magia. De pronto, creí oír, en la glacial calma, algunos quejidos. Me dije: « Debe tratarse de un perro de un corral que ha cenado demasiado bien ». Iba a entrar cuando reconocí que me equivocaba y que unos gritos agudos, a veces sofocados, procedían del lado del césped. Me dirigí hacia ese ruido, aún mal definido, y sobre el catalpa, denominado también árbol con peluca, vi a un ser humano, totalmente desnudo, que se debatía en las ramas. Aquellas se extendían sobre el césped, con las ondulaciones de una serpiente gigante deslizándose.

No obteniendo de este hombre otra cosa que sarcasmos y gemidos, fui a buscar a Péria, el guarda, luego al señor Edmond d'Hespel. Los tres comenzamos la caza o más bien, el extraño rescate de un hombre que corría, sin vestimenta, de rama en rama sobre un árbol cubierto de escarcha. Yo poseía ligereza y el señor d'Hespel la fuerza, medía 1 m. 98 y la longitud de sus brazos le daba mucha ventaja; a pesar de ello, no pudimos controlar a este hombre mono que, desnudo como un gusano, se deslizaba sobre ese árbol helado y se nos escapaba siempre.

Finalmente, Péria nos pasó su bufanda y llegamos a liarlo y bajarlo a tierra. Luego lo llevamos ante el horno de la cocina todavía caliente, y a la fuerza, le hicimos tomar algunos tragos de aguardiente. El señor d'Hespel decía:

— ¡Que curioso! No parece tener fiebre, y no tiene frío.

Habiéndolo echado sobre la gran mesa de la cocina, le administramos una de esas fricciones con guante de crin que daría envidia al masajista negro de Túnez. Él se dejaba cepillar como un

caballo sudoroso y rendido por la fatiga. Ni una palabra, ni una queja, ni una explicación. ¿Cómo había llegado allí? La verja estaba cerrada, y el parque estaba cubierto de muros. Estábamos en estas reflexiones cuando Péria nos dijo:

— Pero yo lo conozco, es Joseph D...

Gracias a unas ropas del señor E. D'Hespel, un descendiente de los Condes denominados bajo el primer Imperio « Los Gigantes del Norte », vestimos a ese extraño noctámbulo, y, a través de la nieve que brillaba como un espejo, iluminado por los rayos de la luna, condujimos a Joseph junto a Zulma, su Dulcinea.

Ésta, al principio, no comprendió, pero, cuando hubo reconocido a su marido dentro de la hermosa piel en la que había sido envuelto, saltó a su cuello y abrazándolo le dijo:

— ¿Pero que te ha pasado, mi pobre amigo? ¿Qué ideas te han pasado por la cabeza? ¡Bien sabes que no amo a nadie más que a ti, y que tú haces de mí lo que quieras!

Después de haber acostado en una mullida cama a este eventual orangután, el señor d'Hespel de dijo:

— Yo me retiro con Péria, pero usted haría bien en quedarse algún tiempo por si resurge la crisis.

Zulma me ofreció un café y charlamos mientras Joseph dormía profundamente el sueño que se había ganado. Paseé durante bastante tiempo por la habitación contigua, mirando de vez en cuando, por la ventana, la nieve que caía, fina y ligera, como un plumón de lana blanca. La luna estaba triste mostrando su disco.

Pero era curioso; este estado de cosas, que nos estremecen de ordinario, me causaba una cierta satisfacción. Zulma, habiendo comprendido, me dijo:

— Usted es como mi marido, él también ama la nieve.

Cuando despertó, informé al señor d'Hespel del buen descanso que se había concedido el saltador de catalpa.

— Piense – me dijo – que debía estar fatigado.

Luego continuó:

— ¿Qué es lo que pasa entre esos dos seres?... Misterio.

— ¡Oh!, — dijo entonces el señor de Maupassant — este hecho que usted acaba de contar no es misterioso; responde a cierta psicología de los individuos en juego y a la causa determinante de lo que en su pasado no es difícil encontrar. En cuanto a esa fuerza de resistencia

que ese hombre despegaba, reside en todo ser poseído por una idea fija, que a toda costa quiere realizar. El hecho no es menos curioso en sus formas sino sobre todo en el marco donde sucede.

El señor de Maupassant continuó:

— Su relato me ha recordado unos días muy tristes. He regresado a los setenta y a mi estancia en el bosque de los Andelys donde estábamos en la nieve. Los árboles estaban totalmente cubiertos de escarcha y no teníamos demasiado frío. Esperábamos a los prusianos. ¡Ah! Por ejemplo, podría dibujarse nuestra angustia al no poder localizarlos. Tenían una artillería terrible para diezmarnos a distancia. Nosotros, nada o casi nada. Nuestro fusil era brillante cuando debería ser bronceado. Si en ocasiones un cartucho fallaba, la bala iba a caer a cien metros ante nosotros. Que malos momentos hemos pasado. Nuestros labios temblaban como las menudas ramas de los tallos bajo la presión de la helada, pero no era de frío, era una fiebre nerviosa que nos paralizaba la garganta, maldiciendo los tratados que nos habían arrojado en semejante situación. Ni uno de nosotros temía la muerte ya que íbamos voluntariamente todos los días ante ella, pero que hay más penoso que decirse: « Doy mi vida sin defenderla y ese sacrificio no servirá de nada ni a nadie... »

» Además los bárbaros del otro lado del Rin no cambiaron por ello su mentalidad. Después de nosotros vendrán otras generaciones. Esta existencia que es nuestra y debe pertenecer a cada uno, siempre será desdeñada. También el horror de la guerra y el de Alemania me seguirán al más allá. Mire usted como me envuelven esos recuerdos, y he aquí, a menudo lo he escrito, que la luna ha influido en nosotros más que el sol¹¹⁸

» Volvíamos siempre de reconocimiento para decir a nuestro oficial: « Nada, aún nada », y nuestros puños se apretaban, nuestros dientes castañeaban... Para calmarnos, bajo un empuje de viento, los árboles descargaban su escarcha sobre nuestras cabezas; luego una borrasca de nieve volvía a cubrir todo con un manto de armiño.

» Un día, en medio de todas estas cosas, vimos surgir una alta silueta de mujer, que parecía un fantasma. Era Joséphe, la misma criada que me había cambiado mis primeros pañales. Sin temor al

peligro, ¡venía a cambiarme mis toallas de baño! En nuestro comedor, todos nos mirábamos alegres. Para nosotros, era su presencia y lo que nos traía, lo que nos regocijaba. Por un momento, nos parecía que todas nuestras preocupaciones habían desaparecido y que los alemanes habían recibido una rosa: un jamón, una pierna, un tarro de mostaza, etc.... ¡Ah! Que bueno estaba y Joséphe tomó parte en esta copiosa comida, regada con un tintorro cualquiera. Cuando ella se dispuso a marchar, el señor d'O, descendiente de los Condes de ese nombre, que no había cesado de mirar a esa mujer de rasgos masculinos, una verdadera normanda, le hizo todo tipo de recomendaciones para el momento en el que saliera de nuestras líneas, dándole a entender que los prusianos no eran tan amables. Ella le dirigió una mirada de leona, asegurándole que no los temía y se alejó tranquila sobre el blanco manto. Oí sus dientes castañear como la piedra de un molino bajo el instrumento que lo afila. Recuerdo lo mucho que le debo. En cuanto al señor d'O, ese compañero de armas de cincuenta años, había pensado en perpetuarlo, con su buen patriotismo, en uno de mis cuentos sobre la guerra. Eso no fue así. Sin embargo, era muy interesante, grande, fuerte, portando una bella barba rubia, sus ojos sobresalían de sus órbitas en forma de almendra, acariciando y huyendo con destreza en el momento deseado, como los de un diplomático.

» Es cierto que había sido primer secretario de Embajada y había hecho la guerra en Italia. Cuantas recomendaciones sabias y sobre todo prácticas tenía siempre en reserva en los momentos difíciles para atemperar nuestro ardor irracional...

» Mire usted, la luna ha descendido muy bajo. Ilumina todavía débilmente el bosque de los Maures, en el que se va a hundir. Conozco este bosque y sus salvajes misterios. Sus montes profundos son casi impenetrables. Sus robles y sus castaños son imponentes, y por todas partes una vegetación lujuriosa y perfumada nos hace creer que estamos en algún rincón perdido de Córcega. En las profundidades de estos senderos de ensueño, se encuentra la Cartuja de la Verne. Fue sobre su ruta donde encontré el « Champ d'oliviers¹¹⁹ » que pronto publicaré.

El cielo estaba cubierto de luces iluminando hasta el infinito; algunas estrellas volaban. Bernard dijo:

— Se esconden.

— Sí y no, — añadió el señor de Maupassant, — es decir que esas estrellas arrojan su fuego en las tinieblas y nos da la impresión de que van a morir en los lugares fúnebres del bosque donde la luna las ha precedido. Vea, después cada una de esas emisiones de astros, como la bóveda celeste reviste una inmensa tristeza. ¡Ah!, es que experimenta la lasitud de su vida siempre eterna. Pero, desgraciadamente, no más allá que aquí abajo, nada es perfecto. En nosotros, nuestros sentidos están en continua rebelión de haber sido creados con tan poca comprensión.

En ese momento vi unas burbujas de espuma blanca discurrir sobre el mar, después elevarse en la vía de Arturus en el que el fuego rojo aclaraba la constelación del Perro.

Saint Tropez, 15 de abril [?]

Una visita a la Cartuja de la Verne

Como hacía una bella mañana, partí para la Cartuja de la Verne.

Unos recuerdos me arrastraban hacia esas ruinas: el de la soledad infinita y de la inolvidable tristeza sentidos en el claustro perdido y luego, el de una vieja pareja de paisanos a cuya casa me había conducido, el año anterior, un amigo que me conducía a través del país de los Maures.

El camino que habíamos seguido se detenía de golpe y se convertía en un sendero, accesible únicamente a los peatones y a los mulos. Yo me puse entonces a subir solo, a pie y a paso lento. Estaba en un bosque delicioso, un verdadero monte bajo corso, un bosque de cuento de hadas, hecho de lianas floridas, de plantas aromáticas de olores intensos y de grandes y magníficos árboles.

Las piedras del camino brillaban y rodaban. Por los días, entre las ramas, se podían percibir de repente largos valles sombríos llenos de verdor, alejándose hasta donde alcanzaba la vista.

Tenía calor, mi sangre, más viva, circulaba por mis venas, la sentía correr, un poco ardiente, rápida, alerta, rítmica, discurriendo como una canción, la gran canción simple y alegre de la vida que se agita al sol. Estaba contento, era fuerte, aceleraba mi marcha, escalando las rocas, saltando, incluso corriendo, descubriendo en cada

minuto un país más amplio, gigantesca red de valles desiertos donde no se alzaba más que el humo desde un único techo.

Luego gané la cima que otras cumbres más altas dominaban y después de algunos rodeos, advertí sobre la ladera de una montaña, detrás de un castaño inmenso, que iba de la cumbre al fondo del valle, unas ruinas negras, unos montones de piedras sombrías y edificios antiguos soportados por altas arcadas. Para alcanzarlas, fue necesario rodear un largo camino y atravesar el castaño. Unos árboles viejos como la abadía sobrevivían a esa muerte, enormes, mutilados, agonizantes. Unos estaban caídos, no pudiendo precisar su edad, otros decapitados, no tenían más que un tronco formidable de gigante, formando unos huecos donde diez hombres podrían ocultarse. Y todos tenían el aspecto de un ejército formidable fulminado, que sube todavía a asaltar el cielo. Se sentían los siglos y el moho, la antigua vista de las raíces podridas en ese bosque fantástico donde nada florecía al pie de esos colosos. Había alrededor de esos troncos grises, un suelo duro de piedras y de hierba extraña. Había también dos fuentes para hacer beber a las vacas.

Me aproximé a la abadía y descubrí todos los viejos edificios de los que los más antiguos databan del siglo XII, y los más recientes estaban habitados por una familia de pastores.

Agay, 24 de mayo de 1912

Esta región ha cambiado mucho desde nuestra última estancia. Algunas bonitas villas arrojan una nota alegre entre el verdor profundo de los pinos que rodean la rada. Un coqueto hotel ha sido construido allá abajo, alrededor del sendero de los amantes, citado por el señor de Maupassant en su volumen *Sur l'Eau*¹²⁰. Produce un excelente efecto, teniendo por fondo un decorado de cerros verdes, y más lejos, las grandes rocas rojas del Estérel de las que las grandes grietas verticales hacen pensar en algún monstruo mitológico. Luego el pequeño arroyo que murmura su gorjeo pasando bajo el viaducto del ferrocarril antes de morir en el mar. Y yo pensé: « es allí, sobre esta rada, donde estaba anclado una tarde el « Bel-Ami ». Se creería estar en una habitación en tierra. El mar estaba tan calmado que no le imprimía ningún

movimiento. El profundo silencio que nos rodeaba sobre el puente donde estábamos todos sentados, sugirió a Bernard las siguientes reflexiones:

— Este mar, que parece así una planicie de arena dormida, es muy diferente del Océano Indico, que me hizo hacer un día las más altas ascensiones de las que yo recuerdo.

Una mañana, nuestro capitán nos dijo: —Estamos a veinte millas del Cabo de Buena Esperanza, pero tendremos cuidado en evitar esta costa poblada de cafres, tan poco amistosos como los rinocerontes y las hienas en compañía de las que viven, y navegaremos de cara al Océano al infinito insondable.

Durante la jornada, nos llegó una ola bastante fuerte, luego el fresco viento y la noche se `pasó más o menos bien. Pero al día siguiente, el mar se volvió furioso, las olas enormes se levantaban a unas alturas prodigiosas desafiándose, rodando las unas sobre las otras con un estrépito terrible, como un combate de cien toros. Nuestro barco, como una cáscara de nuez, saltaba, volaba más bien de una ola a otra como un pájaro desamparado, y todo esto con muy poco viento. Esas masas de agua que se elevaban de ese modo, que testimoniaban unas fuerzas insospechadas, me hacían reflexionar de forma poco tranquilizadora, diciéndome: « Que profundo debe ser este Océano, para producir un oleaje de fondo tan formidable», y un escalofrío me recorría todo el cuerpo pensando que quizás fuésemos, de un momento a otro, a convertirnos en presa de los tiburones que habitaban esos parajes. Y, mi pensamiento se transportaba a este tranquilo mar de Provençe donde yo había hecho a menudo la agradable pesca del coral rosa.

El señor de Maupassant dijo entonces:

— El hecho que usted acaba de contarnos, Bernard, pudo haber tenido varias causas iniciales, pero es muy probable que fuese la gran corriente caliente del mar de las Indias que se encontrara en contacto con la corriente fría procedente de los mares del Norte, que, en su fuerte pugna, le ofrecieron ese espectáculo gigantesco. Por lo demás, hay que reconocerlo, el mar es muy curioso y sus caprichos, y todo lo que encierra, es de muy grande interés. Así, ciertas algas, en el momento de su reproducción, salen del reino vegetal para tomar una forma más elevada dentro del reino animal.

Mi señor nos hizo entonces una descripción detallada sobre la reproducción del mundo del mar. Los átomos¹²¹ y sobre todo los pólipos, en sus tres ordenes, le interesaban mucho.

Y ahora, cuando yo repaso por los recuerdos todas estas interesantes cosas concernientes al mar y que mi señor tan bien conocía y amaba tanto, me dijo que tal vez su bello espíritu estaba también entre esos átomos, esos embriones del mar de donde él regresaría un día.

La luna color sangre, como una sandía de Provence, subía lentamente en el cielo limpio. El señor de Maupassant caminaba sobre el puente y sacando un papel del bolsillo de su chaqueta dijo:

— He recibido esta carta hoy, si no hay cosas que sean más curiosas que las del mar, las de nuestro mundo terrestre son también a veces muy sorprendentes, así se me ha dicho que la semana última, mientras escribía *Le champ d'oliviers*, un crimen del género de *Le Père Boniface*¹²² se desarrollaba en mi apartamento de Paris. Y yo no estoy lejos de creer que eso ha pasado en el momento en el que yo evocaba la corta oración del Abad Villebois dirigiéndose al cielo: « ¡Dios mio, ayúdame! ».

Luego el señor de Maupassant añadió, como hablando para sí mismo:

— Esto pasó en el salón ante las musas de los tapices con las que está decorado, y bajo los ojos de Flaubert. Si únicamente él los hubo visto, realmente habría quizás encontrado en esta circunstancia una parte de la entrevista entre Salammbô y Mathô.

Un silencio siguió.

Pero el astro de la noche cada vez más rojo subía siempre, y en un tono convencido Bernard dijo:

— ¡Hay un incendio en la luna!

Raymond y yo nos reímos de esa broma. El señor de Maupassant nos dijo entonces:

— La luz que el sol proyecta sobre este astro apagado por él mismo, es muy posible que produzca el efecto de un incendio. Y además, tengan en cuenta que los ojos de Bernard tienen las cualidades de un buen catalejo.

» A propósito de incendio, recuerda usted que un día en Saint-Raphaël yo había ido a Boulouris, creyendo en un siniestro, pero no era más que un fuego de la Saint-Jean. Llegando, encontré a Alphonse

Karr¹²³, tocado con una boina y ataviado con un delantal de jardinero; él me dijo riendo:

— Es uno de mis disfraces para evitar a los periodistas; y sepa, amigo, cuando los siento demasiado pesados, yo me explayo respondiéndoles en provenzal o en italiano.

» Aquí estoy bien oculto, pues para localizarme tendrían que embarcar, de lo que yo me defiendo bien.

» Y usted, François, recuerda aquellos del *Journal de Fécamp*¹²⁴ que tuvo que rechazar una mañana para que no interrumpieran mi trabajo. Ellos le habían retratado muy bien en su faceta.

— Sí, Señor, y es curioso, mi cabeza que ellos habían considerado tan ridícula en su artículo, tuvo el don de gustar a una hermosa rubia de Étretat.

Después de esta publicación, ella me siguió a menudo y me acompañó incluso una tarde, cayendo la noche, hasta la puerta de mi cuarto¹²⁵. Ambos reímos para nuestros adentros, y Bernard dejó escapar un ¡hum! escéptico no desprovisto de ironía.

El señor de Maupassant continuó:

— Que sorprendente, tenemos en nuestro mundo, y a menudo en el mejor de los casos, unas damas que se escabullen con sus servidores, unos cíngaros, unos atletas, quienes son siempre bellos muchachos. He visto a la hija de un oficial superior jubilado, joven, bella, distinguida, prenderse de un joven zopenco, servidor en la cuadra de su padre, huir con él, y algunos días después, no teniendo ni un céntimo, volver ambos a vivir del trabajo de sus manos, no lejos de la región donde ella había sido educada.

La luna había palidecido y el mar siempre tranquilo no sacudía los flancos del « Bel-Ami » ni el más leve chapoteo. Su puente se cubría sin embargo de una capa que, aunque impregnada de fragancias marinas, nos obligaba a ganar más rápido nuestras literas.

Al día siguiente por la noche, antes de librarse al encanto, a las delicias de Morfeo seguidas de sonoridades tan fuertes como poco musicales, Raymond nos sirvió, no como un año antes, una visión de las costas del Japón y de los atractivos de las mujeres de ese país, sino

un idilio español, muy vivo, picante, como en el momento en el que se produjo.

Cuando la fragata que lo llevaba se había encontrado desamparada en las costas de Andalucía... y el narrador, que nos parecía muy enfrascado en su tema, se detuvo en seco, cayendo en el reino de los sueños...

Incluso no estaba para el señor de Maupassant que había seguido el relato de su marinero con una atención sostenida, ayudándole a veces cuando no podía acabar su frase. Este último nos dijo:

— He recibido una carta del señor Roger que me anuncia que su barco ha llegado a Dinant, donde va hacer una reparación, y espera estar en disposición de reunirnos para finales de mayo, de modo que podremos partir en los primeros días de junio.

» Para ver Dinant, Huy, Liège, Hussell, Ámsterdam y Róterdam, fueron necesarias seis semanas, pues desde el tiempo que yo deseaba hacer ese viaje, querría ver todo lo que hay de interesante, paisajes, ciudades y museos.

» No creo perder mi tiempo, según lo que sé ya. Además, el río Meuse ofrece tantos atractivos, sus orillas tan verdes, sus aguas tan limpidas y, si son tan frías como las que he bebido en su fuente, que placer para mí el tomar mis baños, lo que valdrá bien una buena ducha.

» El señor Roger está acompañado de Charles, su sirviente, y me preguntó si usted se encargaría de la cocina, iba a responderle afirmativamente, y estoy seguro de que su delicado gusto de fino sibarita, no tendrá más que felicitaciones que dirigirle. Es curioso lo interesante que es este crucero.

No únicamente por las curiosidades del país que atravesamos, sino también por el valor de los artistas que ha producido, y como éste me entenece el corazón... El señor Roger con una alegre franqueza nos acompañaba siempre, dándonos la impresión de que el tiempo pasaba rápido. No era solamente el cicerone de un grupo, era en ciertos momentos casi el bufón.

Yo lo vi siempre durante el viaje que hicimos a Italia. Gervex B.C.M., era el último, uno de las personas más taciturnos que puede existir, sin embargo un día se vio obligado a salir de su reserva y de su mutismo, cuando el señor Roger contaba ciertas cosas:

—¿Recuerda usted su historia del puente de Suresnes y del bosque de Fausse Repose?

— No, señor.

— Las damas habían descendido al salón y usted puso el cubierto sobre la cubierta del « Saint-Roger ». En fin, ¿conoce usted el nuevo puente de Suresnes?

— Si, señor y sin tener la altura y, sobre todo, ciertos meritos que no se pueden negar al de Avignon, desde el punto de vista histórico, yo prefiero el de Suresnes, en su imponente marco poético

Bernard tiraba ya de su perilla, haciendo saltar sus cejas como minúsculas cabezas de lobo, pues él se decía a él mismo: Es el patrón quién va a hablar, esto será divertido.

—En fin – dijo el señor de Maupassant, usted conoce a la señora Léopoldine de P..., según se dice, ese nombre no sería el que tiene inscrito en el Registro Civil donde ella ha nacido, sino que lo habría encontrado en el seno de la alta sociedad durante una excursión sobre las costas flamencas.

Poco importa, ese hecho demuestra que los viajes son más útiles a otros que a los pintores y a los literatos, por otra parte la ciencia consististe en este mundo en saber tomar partido en todas circunstancias.

He aquí lo que nos contó el señor Roger sobre la cubierta del barco:

— Desde hacía tiempo – nos dijo – la señora Léopoldine B... me daba la tabarra (textual) para que la condujese a ver el puente de Suresnes. Un día, la recogí en la calle Bassano, nombre que reverenciaba recordando una aventura sobre las orillas de la Brenta, y yo me felicitaba de hacer las cosas a lo grande tomando un landau, pues fueron dos quiénes subieron al coche. A nuestro paso a través del Bosque de Bolonia, un agradable frescor mitigaba el calor bastante fuerte del día, era bueno y muy fresco. Léopoldine y su amiga estaban radiantes, los chales colgando sobre sus hombros, dejaban ver la esbeltez de sus figuras. Levantaban sus bellas cabezas para inhalar mejor, a pleno pulmón, el aire fresco del bosque, como si hubiesen querido aprovisionarse de él.

» Habíamos llegado al famoso puente que reemplazaba ventajosamente al antiguo transbordador de los religiosos de la Abadía de Saint-Denis. De construcción metálica, apoyado sobre tres

pilares de albañilería, era de una bella elegancia. Ellas querían conocer la longitud. Habiéndolo medido, concluyeron que tendría unos ciento cuarenta metros. Este ejercicio había alterado a una de esas damas y la otra respondió:

—Es curioso como esto me ha abierto el apetito. Vamos rápido a almorzar.

» Luego, desde las ventanas del restaurante, volvimos a ver aún ese puente en esa mágica ubicación. Los barcos de paseo esbeltos y repletos de alegría, con sus velas extendidas, venían a virar enfrente a nosotros, y, después de haber desembarcado a unas alegres y ruidosas parejas, volvían a tomar su curso sobre el bello río, ocultos, a veces a nuestras miradas durante algunos momentos, para reaparecer un poco más lejos, pareciendo hundirse bajo los montes seculares, algunas nubes vaporosas corrían en el cielo azul, era una escena perfecta para una hábil paleta

» El almuerzo transcurrió en franca alegría, y cuanto más miraba a las dos amigas, más encontraba puntos de semejanza entre ellas, parecían dos hermanas.

» A los cafés, Léopoldine me dijo:

— Piense, amigo mío, que he traído a mi amiga, pensando que usted sería lo bastante gentil para hacernos dar un agradable paseo por Saint-Claud, si quiere...

» Después de haber desviado nuestras miradas de las piedras todavía humeantes del vandalismo de los alemanes, ganamos las alturas del Parc, hacia el farolillo de Diógenes, luego nos dirigimos hacia Ville-d'Avray y los lagos de Corot, desde donde saludamos a la estatua y sobre todo al genio. En este lugar, una idea singular germinó en el cerebro de la señora Laure, quería registrar todos esos frondosos setos que rodeaban esos estanques, pretendiendo poseer un poder oculto que le permitiría encontrar alguna pipa de un gran artista, perdida o enterrada, allí, en alguna parte....

» Continuando nuestro paseo, subimos una cota bastante dura, y los caballos se pusieron al paso; llegados a la cima de la cota, desembocamos en una planicie, estábamos en el bosque de Thierry, ese bosque que domina Marnes-la Coquette y Ville-d'Avray en medio de bosquecillos y avenidas de jóvenes tilos. Recorrimos la de la Emperatriz, el sol nos lanzaba sus rayos oblicuos todavía calientes, y de vez en cuando, una nube atenuaba la claridad.

» La señora Laure se durmió con un profundo sueño...

» Y, pronto, llegamos al Bosque de Vélizy; allí, los montes estaban muy altos y muy surtidos, sus cimas se entrecruzaban y formaban una bóveda encima del camino que seguimos. Por todas partes, una sabana espesa y de numerosos castaños totalmente engalanados de madreSelva emitiendo un perfume agradable que acariciaba exquisitamente el olfato, recordando el de las fresas de los bosques. En ese momento un salto se produjo al paso del coche sobre una alcantarilla, la señora Laure fue devuelta a la vida real, luego, tras una corta conversación, la señora Léopoldine cayó en un profundo letargo, y, con la señora Laure, llegamos a concluir que eran los perfumes que respirábamos lo que provocaba en nosotros esa somnolencia...

» Un profundo silencio reinaba por todas partes en ese bosque. Más lejos, sobre las alturas de Chaville, algunos claros se hicieron en la bóveda de verdor y los pájaros cantaban su adiós a los últimos rayos del día, antes de meter su cabeza bajo el ala a la llegada del crepúsculo.

» La señora Léopoldine dormía siempre...

» ¡En ese momento, me sobresalté como un cable electrizado! Ante nosotros se encontraba el camino que yo había seguido en cabeza del escuadrón en 1870, cuando, lanzados como una tromba, perseguimos a los húsares prusianos a través del bosque de Fausse-Repose, hasta Roquencourt.

Al recordar esto, el señor Roger experimentó un espasmo y cerró los ojos durante algunos instantes. Y, he aquí que aunque nacido de padres de este país donde fue recibido por un: « ¡Por favor, Señor! », es un patriota en ocasiones un poco chovinista.

Luego, el señor Roger, continuó:

—Habíamos llegado a la Ermita de Villebon para cenar. En el salón donde Louis XV se encontró varias veces, por otros motivos distintas a sus citas de caza, las acuné un unas mecedoras, y sus pechos se mantenían tan firmes como si hubiesen sido de goma. ¡Los poetas han cantado bien la casta unión de la almas!... Una de ellas dijo entonces: « Esos encantos que se le está ofreciendo para admirar se los debemos a la leche de burra » (pero mantengamos eso en absoluto secreto).

Pero, como por la alta ventana abierta la luna las iluminaba, ellas se rindieron antes esa bahía que les mostraba el jardín muy aclarado por los rayos lunares, y muy cerca, una larga bóveda de verdor. Era el paseo de los tilos, bien conocido por los parisinos que vienen allí como los escolares iban otras veces al Pré de los Clercs, para allí dirimir sus querellas. La señora Léopoldine me dijo: « ¡Es allí donde usted cruzó el hierro por el corazón de la bella Suzanne! » y la señora Laure, golpeándome en los hombros, pronunció con un tono solemne « ¡Es usted un valiente! ».

Bernard dijo haber comprendido y Raymond aprobó el patriotismo del señor Roger.

Durante un momento, me pareció que todo el pensamiento del señor de Maupassant estaba cautivado, absorbido, como cuando en ciertos momentos él alumbraba una obra y la registraba en su cerebro para ir desarrollando los numerosos hilos que sirven para formar la trama.

Rompió el silencio diciendo a Bernard:

— Mañana tomaré un baño temprano, pues debo tomar el tren a las nueve para Niza.

» A propósito de baño... Ese señor Roger del que yo les hablaba, afirmaba que él debe su buena salud, su vigor casi juvenil, al uso cotidiano de baños prolongados durante una hora o dos. Un día, yo me presenté en su casa por la tarde, él estaba aún en su gran bañera de bronce, y reconociendo mi voz me gritó:

— Entre, entre, mi querido Maupassant

» Cuál no fue mi sorpresa cuando vi su cabeza negra emerger sola de la bañera, todo el resto estaba cubiertos de los pequeños objetos flotantes más curiosos, la superficie de su baño parecía la vitrina de un vendedor de muñecas que yo había visto en alguna ocasión bajo las galerías del Palacio Real. Viendo mi sorpresa, él me dijo:

— Lo que usted ve ahí, amigo mío, es una verdadera revolución, es la absoluta renovación del arte teatral. ¡Sí! Con mi amigo Bauchamp, fundamos las más grandes esperanzas de nuestra común idea. Usted sabe sin duda que el Dumas padre, para representar sus obras, hacía maniobrar minúsculos personajes sobre una mesa *ad hoc*. ¡Pues bien! Lo que usted ve en miniatura, nosotros nos proponemos adaptarlo en el gran teatro.

» Y mientras hablaba zambullía a esos personajes abigarrados y extraños:

— El escenario será un enorme espejo, con unas trampas de correderas ocultas, lo que simulará un lago. Los personajes serán unos druidas y unas dríadas, ninfas y ondinas. El mobiliario estará representado por unas algas recubiertas de una capa de criolita de color apropiado. El segundo plano estará cubierto de sacerdotes en túnicas celtas. El conjunto formará un gran templo a cielo abierto, allí se producirá la adoración de los dioses. Luego la traca final será una cosa extraordinaria. Los sacerdotes celtas armados de hoces de oro, agrupados con las ninfas y las náyades, etc... formarán el cuadro más inesperado que la imaginación pueda soñar, de modo que los ojos de un hombre nunca hayan visto nada parecido. Y la ceremonia se terminará con un gran festín iluminado por el sol. ¿Qué piensa usted de nuestro proyecto?.

— ¡ Eso necesita reflexión !

— ¿Es todo lo que se le ocurre decirme?

— Es posible que ustedes tengan tanto el uno como el otro sangre de Julio Verne en las venas, y en sus viajes a Oriente, un peluquero ateniense habrá pasado por su bella cabellera negra un peine desdentado que habría utilizado Arquímedes, y hay en su idea un germen que tal vez se desarrollará un día. Pero su flauta, sobre la que funda tantas esperanzas para franquear los peldaños de la Opera, ¿que hace usted con ella?

— ¡Charles!, Charles, traiga mi flauta – gritó.

» Después de haberse secado la cara y las manos, tocó un vals y, por un instante, creí que todos los pequeños peleles, creyendo que esos aires alegres les estaban destinados, se pondrían a bailar vertiginosamente, pero pronto advertí que eran los brazos y las piernas del músico que les imprimía, por sus movimientos, esta divertida zarabanda.

» Cuando hubo terminado su fragmento, dije a mi amigo:

— Los sonidos de su instrumento tienen algo de místico y producen en mí cierta turbación, me hacen pensar en la dulcura de los de la flauta que el sacerdote Termosiris ofreció a Telémaco y con la cual encantaba a los pastores y a las pastoras; pareciendo que los oídos del rey Sésostris no habían sido insensibles cuando se paseaba sobre las orillas del Nilo, al que ambos deseábamos ver pronto.

(En esta época, el señor de Maupassant había reunido algunos de sus amigos para fletar un yate en común y hacer un crucero por Egipto. Desgraciadamente este proyecto no fue adelante. Era la tercera vez que yo hacía mis maletas para ir a visitar esta admirable tierra tan rica en viejos monumentos, esos monolitos prodigiosos cubiertos de señales hebraicas de las que el obelisco de Luxor no nos da más que una débil idea, esas esfinges colosales talladas en el granito y sobre todo esas pirámides junto a las cuales el hombre es tan poca cosa. Y yo debo, con gran pesar, despedirme de ese espléndido viaje.)

— Ve usted esa flauta — dijo él — yo sé tocarla dos horas seguidas sin detenerme, me divierte, me gusta, y a pesar de ello, tengo unas ganas locas de arrojarla a las ortigas, ella ha sido la causa de un duelo con el inquilino del bajo, y problemas con mi propietario.

» En la calle yo iba aprisa diciéndome: « Es la primera vez que yo dejo a mi amigo Roger sin hinchármeme el bazo.»

Seguía la acera de la avenida de Antin, cuando vi venir al Monseñor Lavigerie, hablamos de esta Argelia por la cual él ha dado lo mejor de su vida.

Y ahora es la hora de ir a tomar un descanso. En mi litera, larga como un moisés, estaba enredado en mis mantas, pero el sueño no llegaba, mi pensamiento iba de Monseñor a Jean, su criado, su fiel servidor, y me me preguntaba que dimensión debería tener la urna que podía contener todas las cosas desagradables que le había ordenado su señor después de más de treinta años que él estaba a su servicio.

Enseguida, con fuerza, una comparación me vino al espíritu entre el representante de Dios sobre la Tierra y el del escritor que había puesto trescientos cuentos a punto para mostrar a la humanidad sus partes débiles, este análisis fue corto pues él estaba totalmente a favor de este último por lo menos en lo que a mí concernía, pues una sola vez en diez años, él me había dicho de prestar atención, y era justo, pues yo me había ido a acostar una noche sin cerrar ni las puertas ni las ventanas de la Guillette.

Ahora, debo decir que, si yo fuese jurado en este asunto, habría concedido a Monseñor el beneficio de circunstancias atenuantes, pues habiendo visto de cerca los Caïds, los Aghas, etc... siento lo que ese

hombre superior ha debido sufrir a su contacto continuo y tan prolongado.

He pasado hoy por la calle de Redan (actualmente calle Dolfus). Una vez más, he visto la modesta residencia donde el gran escritor señor de Maupassant vivía hace 39 años en 1884. Esta casa tiene ahora un aspecto muy antiguo. Al verla, un recuerdo muy preciso, como si fuese ayer, se ha presentado a mí espíritu. He oído y visto a mi señor diciéndome:

— Venga, François, encendiendo una cerilla, he prendido fuego a los cortinajes de mi cama.

Y dicho con un tono tan tranquilo que estuve a punto de servirle una taza de tisana, luego me paso unos platillos de agua con medida y sangre fría. Hoy, pienso que hombre era el señor de Maupassant a mi lado, pues yo bailaba en mi camisa como un cabrito al que se pone en libertad.

El jardín Brougham está bien desarrollado; sus árboles han crecido hasta el extremo que impiden la vista del mar. He oído los susurros de las olas que discurren sobre la arena y que me llevaban ese día, lentas y monótonas, cargadas de una melancolía de tristeza. Fui entonces a sentarme en ese jardín sobre el mismo banco donde tantos años atrás yo iba a descansar y tomar el aire de la noche.

Pensaba en aquél que estaba tan encantado con el afecto de sus admiradores.

Registraba con mi vista el manto azul sobre el que veía al « Bel-Ami » totalmente blanco.

Alrededor volaban millares de pájaros que representaban los pensamientos y las palabras que el señor de Maupassant nos había dicho bajo su tienda, que no tenía plasmados en su poema: *Sur l'eau*.

Emocionado por esos recuerdos, me pregunté: « ¿Por qué Dios lo ha llamado tan pronto? Él amaba este mundo que le había dado tantas alegrías y satisfacciones, solo reservadas a sus elegidos. Yo había llegado a recriminar, buscando el motivo que había podido decidir al Director de las vidas humanas, a no establecer una media entre el autor y yo ». ¡Oh!... si de mí dependiese, que obra verdaderamente superior habría hecho mi señor con los años que yo le

habría cedido de todo corazón. Yo había llegado a decirle y a repetirle muy alto, como si hubiese querido que los elementos que me rodeaban, y todo lo que veía sobre el mar, pudiesen entenderlo...

«¿Por qué él tan pronto y yo tan tarde?...»

Recordé que era en esta casa citada anteriormente donde el señor de Maupassant un día me había pedido copiarle unas cartas antes de echarlas al correo; era para tener un duplicado, pues esas cartas, las enviaba a una desconocida¹²⁶

XVI

**LA SEÑORA LAURE DE MAUPASSANT¹²⁷
Y SU HIJO GUY DE MAUPASSANT**

Con lo que dijo el señor de Maupassant en la cena de la avenida Victor Hugo y también al día siguiente por la mañana, yo no puedo afirmar que se estuviese confensando verdadero creyente si hubiese estado enfermo, pero por cosas que yo le he oído decir y otras que he visto, me hacen creer que tenía en él el sentimiento, la certitud de la existencia de un Ser Supremo (Dios¹²⁸)

Un día en que su gata Piroli se había sobrepasado en demostrarle lo desarrollado que tenía su instinto, acariciándola suavemente, pronunció con dulzura:

— A esta gata no le falta más que la palabra, cosa que Dios ha reservado al hombre.

Esta frase pronunciada con convicción por ese espíritu superior produjo en mí cierta turbación; luego una luz me iluminó, y pensé: « Seguramente mi señor cree en Dios...No, no, no creía, pues su espíritu y sus escritos lo demuestran. Pues bien, en ese caso, él creía con los impulsos de su alma; eso me recuerda lo que me decía un día a propósito del señor de Talleyrand (ese hombre de espíritu tan refinado):

— Después de una vida de dudas tuvo en su alma una revelación que le transportó a sus primeras creencias y acabó afirmando su fe en Cristo (lo sé de buena tinta).

En fin, el señor de Maupassant era católico; su madre creyó haber emitido una duda sobre su fervor, el día de su primera comunión¹²⁹; aquí bien lejos de mi pensamiento, venir a cuestionar lo dicho por su venerada madre. Es cierto que la señora de Maupassant tenía un carácter que exigía las cosas claramente demostradas; pero ¿no estará permitido pensar que tal vez haya podido equivocarse ese día sobre la situación del espíritu del futuro escritor?

Más tarde, la señora de Maupassant declaró haber dirigido a su hijo desde muy joven; reivindicó su parte en el camino que él había tomado; habría podido añadir al igual que Livia respecto a su hijo Tiberio: « Yo fui la luz de su espíritu ».

Según mi punto de vista, es muy justo reconocer que toda la obra del hijo lleva la impronta de la firme voluntad de la madre.

Cuando conocí a la señora de Maupassant, ella tenía cincuenta años, de magníficos cabellos blancos enmarcando su noble rostro; cuando la servía y ella estaba en la mesa, encontraba siempre el medio de trasladar la conversación a cosas corrientes de la vida de la que su corazón estaba pleno; fue entonces cuando comprendí sin esfuerzo que las desgracias que habían afectado sucesivamente toda su existencia no constituían un hecho extraño que rechazara toda religión. Con frecuencia advertí que su hijo sufría de esta ausencia de creencia de esta criatura que era su madre; sí, a veces, en sus ruidosos inicios, que siempre se desenvolvían en una amenidad perfecta, sobre un tema a desarrollar en un libro, si este tema tocaba a la religión, entonces se veía a menudo que el genio de la madre se atenuaba en su hijo, en esta situación, los sobreentendidos se presentaban tan pronto como su espíritu tenía que tratar la cuestión. No había duda, el señor de Maupassant habría deseado a su madre más ponderada, con un espíritu más flexible sobre todo cuando se trataba de la cuestión de la Eternidad, él la habría visto más bella y amada más aún si fuera posible; se advertía muy bien que un poco más de moderación en ella, que era su devota mentora, le habría permitido aproximarse sensiblemente a lo que él pareció siempre combatir.

La señora Laure de Maupassant murió en Niza el 9 de diciembre de 1903, después de haber recibido los auxilios de la religión, por parte de Monseñor Chapon, Obispo de Niza, al que ella conocía. Por su deseo expreso, es en el cementerio Saint-Barthélemy, con sus cipreses en luto, sus eucaliptos de sutil perfume, sus muros de un blanco lechoso bajo el sol del Midi, donde ella descansa. No hay duda, la elección de la señora de Maupassant recayó en esta necrópolis, porque es la imagen misma de algún jardín del país de Salammbô cuyo autor ha sido el padre literario de su hijo; que recuerdos piadosos y conmovedores; en fin, es en este Edén donde descansa para siempre esta madre dolorosa; la que dio la vida y alimentó su seno al más célebre narrador de los últimos siglos, un calvario moral ha sido toda la vida de esta madre y ha tenido una repercusión importante sobre su hijo Guy: desde la edad de seis años, él tomaba parte en sus penas, y hacía lo imposible por evitarle lo que podría serle desagradable con su

gran amistad, él le sembraba su camino de flores y también de todo lo que era necesario para la vida material.

Ella duerme su sueño eterno lejos de sus dos hijos amados, lejos de su país donde su corazón y su espíritu fueron colmados de extremas amarguras...

¿Dónde está la pluma imparcial y sincera que dará la vida de esta noble criatura de los que algunos episodios son de un patetismo muy conmovedor?

Por otra parte, un día que yo decía a la señora Madeleine Lemaire que el señor de Maupassant, durante los primeros tiempos de su enfermedad, manifestó varias veces su deseo de confesarse, ella me respondió enseguida:

— Eso no me sorprende; pues él me dijo un día: «Nosotros debemos admitir la supervivencia y creeré en la inmortalidad del alma puesto que el Creador ha querido presentarnos esas cosas bajo el velo del misterio ».

Los doctores que visitaban en ese momento al señor de Maupassant no se avinieron a su petición de confesarse; sin embargo debo decir que sólo el doctor Blanche había significado que, si ese deseo persistía en él, sería necesario satisfacerlo. Este hecho tuvo lugar a principios del tercer mes de la presencia del señor de Maupassant en esta residencia; en ese momento, la ciencia y el buen corazón del doctor Blanche no habían perdido todavía toda esperanza de salvar a su querido enfermo, puesto que cada visita que le hacía, le repetía: « Paciencia, esperemos siempre ».

He leído sobre el señor Guy de Maupassant un extracto de los recuerdos publicados en la *Revue de Paris* par el eminente pintor Gervex¹³⁰. Primeramente no sería justo ver en esta redacción una mano ajena a los hechos citados, no obstante están lejos de la verdad, pues él ha dicho que el señor de Maupassant se burlaba de todo y no encontraba nada bueno en los pueblos de Italia, durante un viaje que ambos hicieron juntos.

Para mí, debo decir que cuando yo acompañé a mi señor, a Génova, Pisa y Florencia, en 1889, por todas partes él estuvo

maravillado de las obras maestras que se encontraban en esas ciudades; una noche, regresando, me dijo:

— Tengo el cuello roto, destrozado; tiene que ir usted al Palacio Pitti, pues cuantas maravillas y obras maestras están allí apiladas unas sobre otras. ¿Cómo es posible que los Goncourt hayan podido ser tan indiferentes hacia este país donde el arte está por todos lados?...

Luego el señor Gervex proporciona la cita siguiente:

« ... Quizás, no hacía falta ver demasiado a Maupassant de viaje... en su casa, por el contrario, en el Midi, en Antibes, era completamente distinto, allí hemos pasado semanas enteras deliciosas, puedo decir que allí verdaderamente he vivido en la intimidad del gran escritor; estábamos instalados en el encantador domicilio del autor de *Mont Oriol*.

Su madre vivía en el piso superior, por lo demás no la veíamos nunca; ella tomaba sus comidas totalmente sola allí arriba... »

Leyendo estas líneas, mi señor que no existe desde hace un gran número de años, se me aparece triste con la expresión que tenía el día de su vuelta del entierro de su querido amigo Villiers de l'Isle Adam. Desde luego, sí, que dolor para todo su ser, que trastorno para su noble corazón si estuviese todavía en este mundo, leyendo que su bien amada madre por la que tenía auténtica adoración y que lo había modelado a su imagen con su espíritu sano y superior y, con la ayuda del grande y generoso Flaubert, habiendo hecho uno de los Maestros literarios de su siglo, ella, esta noble madre: ¡una reclusa! ¡No! No...

Como consecuencia de estos párrafos, acabo de pedir al amigo de mi señor que no crea que quiero invalidar lo que él afirma, sino únicamente decir lo que yo he visto y conocido perfectamente durante los diez años que he tenido el honor de servir al señor y la señora de Maupassant, ni una sola vez, que yo sepa, el hijo no se sentó a la mesa antes de que su madre no estuviese sentada; y si yo no estaba allí, a la llegada de la señora, era él quién la ayudaba presentándole su silla... En fin, siempre que el señor estuviese solo, o que tuviese invitados, *la señora siempre estaba presente*; y puedo asegurar que esos últimos ganaban, pues ella sabía, por su erudición, tener unas salidas del intelecto que rozaban lo picante y salpicaban un humor de buen gusto a la sociedad.

Finalmente, por todas partes, he visto a la señora presente, en el chalet de los Alpes donde estuvimos siete meses; cuando el señor

estaba obligado a ausentarse, ella estaba presente para asumir el papel del anfitrión; El señor Maireroy, el señor Aurélien Scholl, ¡ah! este último me ha dejado un recuerdo perdurable de sus conversaciones con la señora de Maupassant, esos dos seres estaban dotados de un espíritu de una extraña claridad, pues en ciertas respuestas, cuando hacía falta elevar el tono, me parecía oír la voz del Maestro Flaubert aprobarlos.

Para determinar el apego del hijo por su madre, he aquí la primera cosa que he podido constatar.

Cuando hicimos nuestro primer viaje a Cannes, la señora venía a comer con su hijo, yo tuve con ella las respetuosas atenciones que se deben a una dama tan digna y a los cabellos blancos, y de este hecho se rompió el hielo, yo había conquistado la estima de mi señor que después jamás desmintió.

XVII

RECUERDOS DE ÉTRETAT

Paris, 1921

I - Una peregrinación

Saliendo de la consulta del Doctor Genouville, en la calle de Lille, ganaba el Puente de la Concordia, diciéndome: « Debo ir a la clínica para ser operado el lunes por la mañana ». Y como toda operación presenta un peligro, podía temer un desenlace fatal, aunque el doctor me había tranquilizado diciéndome que mi constitución le garantizaba un éxito total.

De este modo, monologando, había llegado cerca de la estatua del autor de *Fort comme la Mort*, en el parque Monceau, sin haber echado una mirada a la ventana de mi habitación, situada en una esquina de la calle Rembrandt, que yo abría con tanto placer, medio siglo antes, para oír el canto de los pájaros de ese delicioso jardín.

Miraba entonces mucho tiempo la estatua de mi señor esculpida en la piedra y no encontraba allí su rostro de antaño, cuando estaba en plena posesión de su robusta salud.

En la disposición de espíritu en que me encontraba, quedé un poco decepcionado y pasé entonces a las ruinas de la charca de los patos donde el señor de Maupassant paseaba a los personajes de una de sus novelas; y llegué a la estación Saint-Lazare, sin darme apenas cuenta, ni del camino recorrido, ni de la noción del tiempo transcurrido.

A las seis de la tarde llegaba a la Guillette, que encontré completamente cerrada. ¡Ni la más pequeña salida que me permitiese echar una mirada en ese santuario de recuerdos!

Entonces pensé en lo lejos que estaba del deseo del señor de Maupassant, que me dijo un día:

— Mi salud me da dos preocupaciones; he estado en casa del señor X¹³¹, mi abogado, por mi testamento; y me ha dicho que si yo le dejaba a usted la Guillette, ese hecho podría impugnarse. Esto me contrarió mucho porque habría querido que después de mí, fuese usted el guardián de este domicilio, para conservar allí el mayor tiempo

posible, todos esos objetos acumulados desde mi juventud, y que han sido los testigos de mis primeros trabajos literarios. Me parece que si mi casa y los objetos familiares que contiene los guardase usted, yo continuaría viviendo después de mi entrada en el más allá. Voy a ver al respecto a mi amigo Straus, eminente abogado¹³², y entenderme con él para tratar de encontrar un medio de arreglar este asunto.

Pero desgraciadamente, los acontecimientos se precipitaron, y mi llorado señor no tuvo tiempo de ejecutar su proyecto. Era por lo que yo erraba, ese día, alrededor de su casa. Ese viaje místico, sagrado si se quiere, que yo hice bajo la impresión de las consecuencias fatales que podía entrañar mi operación, me había sido sugerido por el pensamiento que mi espíritu, no sé cuando, tenía quizás una posibilidad de encontrarse con el de mi señor en un mundo desconocido y mejor.

« ¡Quién sabe! », me decía a menudo.

II.- En el jardín desierto

Entonces dí la vuelta al jardín taciturno y silencioso; ni un pájaro rompiendo el silencio para decirme: « Estamos todavía aquí, como en el pasado ». Y yo miraba ese recinto que me parecía muerto como mi señor. Bajo los árboles que cubrían como un monumento funerario, y de cada una de sus hojas cargadas de lágrimas rojas, se escapaba un imperceptible humo. Durante un instante me creí el juguete de un sueño; pero pronto reconocí que las hojas de los sicomoros, mojados por las salpicaduras de la marea creciente, y calentados por los rayos del sol, desprendían un ligero vapor.

Ante este mausoleo que contenía todo un sublime pasado de literatura, me descubrí, y le rogué al Dios de lo desconocido, de lo sobrenatural, que me dijera donde estaba el espíritu de aquél que había hecho construir esta casa, que había plantado de joven esos bonitos árboles que daban hoy este follaje, tan curiosamente místico, pero de donde se exhalaba sin embargo el pensamiento y el recuerdo de aquél del que el filósofo e historiador Taine decía un día: ¡« Nosotros no poseemos más que un auténtico creador literario, absolutamente superior, es Guy de Maupassant »!

La respuesta a este ruego no llegó, claro está. Entonces mi corazón se hinchó, mis ojos se mojaron como las hojas de los

sicomoros, y sentado sobre los escalones del barco que me servían antaño para acceder a mi habitación¹³³, mis recuerdos volvieron en tropel. Me transporté a la época, ya lejana, donde, en 1888, el señor de Maupassant decidió ampliar la Guillette:

— Usted tendrá una habitación — me dijo — y yo haré una habitación más grande de invitados, una sala de armas, una sala de duchas y un salón con un amplio ventanal que permita estar totalmente soleado; ¡es tan bueno, el sol!

Ocho horas más tarde los obreros pusieron manos a la obra y todo estuvo terminado en los primeros días de septiembre. Mi señor decidió que no se pusiesen las colgaduras hasta el año siguiente, sin embargo se terminó enseguida el salón y la instalación de la sala de duchas, que mi señor y yo habíamos organizado con un procedimiento totalmente de nuestra invención, compuesto de una bomba aspirante provista de un depósito de goma, y que nosotros habríamos podido patentar; pues con este aparato obteníamos una presión superior a las que mi señor había podido constatar en los más grandes establecimientos de hidroterapia de París.

Durante el tiempo en que se añadió esta ala a la Guillette, mi señor trabajó mucho, tanto en sus crónicas como en su novela *Fort comme la Mort*, que ya estaba muy adelantada.

Hacia el fin de julio, mi señor había hecho instalar un campo de tenis. Este juego, nuevo para los habituales de la Guillette, obtuvo un gran éxito, y mi señor no tardó en adquirir una gran maestría. A pesar de esto, yo me figuraba, quizás erróneamente, que ese juego mermaba su elegancia, pero debo rendirme a la evidencia confirmando que el vigor que desplegabá lanzando sus pelotas le confería una plástica superior a la de sus compañeros.

Ese año el verano fue admirable y la temperatura, muy alta; también por la noche, para relajarse de las fatigas ocasionadas por el calor, el señor de Maupassant llevaba a sus invitados sobre el acantilado, cerca de la Capilla de los marinos, y allí, lanzaban fuegos artificiales, iluminando unos fuegos de Bengala de diversos colores, y, a su luz, todo el mundo bailaba. Las siluetas proyectadas sobre las paredes de la Capilla, como sombras chinescas, más o menos fantásticas, producían a veces unos efectos tan cómicos que

provocaban los estallidos de risa de toda la reunión, y a cada uno se le alegraba el corazón. En la tranquilidad de la noche, esas pequeñas fiestas campestres eran muy agradables y divertían mucho a los habituales de la Guillette.

Un día el señor de Maupassant recibió un regalo de una Condesa, una pequeña mona llamada Chaly. Al cabo de quince días ya tenía bastante:

— ¡Sí!, — me decía — ella ni es bella ni limpia, y no quiero conservarla. Usted la llevará al Havre, a casa de uno de esos vendedores de las avenidas y me traerá, a cambio, un enorme loro amazónico azul.

Mi primera impresión fue preferir a nuestro nuevo huésped que a la mona, pero no tardé en confirmar que la mona era aún preferible al loro. Este animal tenía todos los defectos, era mentiroso, burlón, charlatán, chillón e incluso más ladrón que mi Pussy. ¡Que bicho desagradable y enervante, que cantidad de jugarretas me hizo! Era necesario vigilarlo constantemente, pues no dejaba escapar ninguna ocasión de hacer el mal.

Una noche de agosto, pasando ante las cocinas, el señor de Maupassant me dijo:

— Esta noche, entre la una y las dos de la mañana, en la orilla del mar, de cara a las Rocas-Blancas, se va a incinerar, sobre una pira, el cadáver de un Virrey Hindú, muerto ayer en la calle de la Torre, donde vivía con sus hermanos y otros parientes. Son siete y van a realizar esta cremación según la costumbre de su país. Será muy curioso, si usted quiere asistir, pero sobre todo no diga nada a nadie, pues se quiere mantener en el más estricto incógnito.

Minutos después, advertí unas idas y venidas entre el lugar designado y el almacén de madera del panadero, luego se elaboró la pira, se la roció abundantemente de petróleo. El alcalde, señor Bossaye, y dos hermanos del difunto, confirmaron la buena confección de esa estructura de madera, cuya cantidad era suficiente para la incineración de numerosos cadáveres. Luego el alcalde regresó a la casa mortuoria, después al telégrafo. Pero la autorización del Ministro todavía no había llegado y el alcalde tomo la decisión de autorizar la

cremación, los rostros de los hindúes se animaron con esta noticia que colmaba sus deseos.

El señor de Maupassant encantado, él también, de esta decisión, pues no ignoraba que nunca iba a tener la ocasión de asistir a una ceremonia semejante, dejaba ver también su satisfacción. Se colocaron los despojos del Rajá sobre un palanquín, y, a hombros de los hombres, a través de las calles sombrías, el cortejo fúnebre se dirigió a la pira donde depositaron el cadáver.

El carpintero que hizo el interior de mi barco, era el mismo que un día me dijo que Napoleón III era el hijo de Napoleón I (él conocía mejor su oficio que la historia de Francia). Fue él quien había sido encargado de la construcción de la pira y, bajo la orden del alcalde, plantó fuego, con mano temblorosa, al edificio que se abrasó instantáneamente, reduciendo prontamente al hindú a cenizas. Esta inmensa fogata al borde del mar, en plena noche, era verdaderamente impresionante para los que no estábamos acostumbrados a estos macabros funerales.

Esta incineración fue la comentada por Alphonse Karr (fue uno de sus amigos que dieron fama a esta estación balnearia), y una excelente publicidad. Muchos bañistas de Trouville, de Dieppe, de América, llegando del Havre, eran atraídos por la curiosidad, y todos venían a ver el emplazamiento donde había tenido lugar la cremación. Y más de ocho horas después de este suceso, se veía quién removía conscientemente los guijarros, esperando allí descubrir algunos restos de las cenizas del hindú, pero la marea se había encargado de hacer desaparecer los menores vestigios. Por el contrario, unos anuncios, colocados por todas partes, indicaban que en casa del señor X... anticuario, se podían procurar unas urnas conteniendo las verdaderas cenizas del Rajá, y durante varios meses, el panadero apenas pudo proporcionar a este honesto industrial la cantidad de cenizas, que en número siempre creciente le llevaba a precio de oro: la credulidad humana es, como la tontería, una mina inagotable.

Yo volví a ver contar al señor de Maupassant, en *Une Vie*, su salida del ministerio, su instalación definitiva en la Guillette. Quién podría decir la alegría que experimentaba entonces este autor de tantos futuros cuentos, y podía sentirse en todo lo que decía, una voluntad firme, plena de producción, para elevar a sus lectores a las cimas más elevadas.

Muchos hechos podrían demostrar que había llegado a esto, entre otros:

Un día que el Baron de... estaba de paso en París, me hizo llamar para ayudarlo a poner a punto sus memorias, a propósito de una montería a la que yo había asistido como segundo jefe de equipo; acabado este trabajo, me preguntó lo que yo hacía en el presente:

— Cocinero y ayuda de cámara del señor Guy de Maupassant.

A estas palabras se sobresaltó, tomando de una estantería un volumen, y saliendo de su sorpresa me dijo:

— ¡Vea! *Yvette* ha aparecido esta semana, y ya la he leído y releído, y me preguntaba quién había mojado la pluma que ha escrito esto, y de que molde ha sido formado el cerebro de aquél que describe unas escenas tan exquisitas. Le confieso que cada uno de sus relatos que aparecen son, para mí, una nueva alegría que me transporta a las regiones etéreas; yo allí poseo unas fuerzas que me recuerdan a mi fogosidad durante nuestras monterías. ¡Que feliz me haría conocer a este autor! ¡Cómo es?

— ¡Oh! Señor, aquél que provoca su entusiasmo es un gran, y sobre todo un buen muchacho, y recuerda bien al joven señor que se ha llamado Etienne, y que era el sobrino del Baron Bonard.

— ¡Ah! sí, Etienne el musculoso intrépido.

Y yo indiqué entonces a este admirador de *Yvette* el medio de encontrarlo.

Al día siguiente de una cena en Helder, el señor de Maupassant me dijo:

— ¡Encantador! su barón d'E... parece que lo ha conocido a usted en su juventud...

Y yo permanecía sentado sobre los escalones de la barca cuando una gata, muy parecida a Piroli, saltó sobre mis rodillas, y como la

pobre desaparecida, bajó su cabeza, arqueando su lomo para provocar una caricia; y bajo la presión de mi mano, comenzó su ronroneo, como Piroli. Entonces, como si yo me dirigiera a ella desde siempre, le dije:

— Mi gatita, puesto que has permanecido aquí, ¿no habrás visto alguna vez a nuestro señor? Él, que te ha mimado tan tiernamente, ¿no lo has visto por aquí, sentado en su escritorio? ¿No has tenido la ocasión de dar algunas golpecitos con tus patas de terciopelo sobre su porta plumas? ¿No has visto los rayos de alegría iluminar su rostro cuando el relato era divertido y tomaba un buen rumbo? Recuerdas, cuando tu gran amigo Paff te hacía tu aseo, y que tú le sonreías, mostrando tus bellas encías rosadas, para testimoniarle su satisfacción y decirle: «¡más! ¡más!» Y tu amo se levantaba de su escritorio para caminar murmurando una frase, y le decía a Paff: « ¡Oh!, el gran tonto, quién ha mojado a esta pequeña, y él te tomaba, te dejaba sobre la mesa, te envolvía con una toalla esponjosa para secarte. Como reconocimiento por el pasado, dime todo esto, mi pequeña ».

Y unos ronroneos acentuados, pero dulces como una oración divina, fueron la respuesta de mi compañía. Luego dormitó en mis brazos, y nos quedamos así mucho tiempo, contemplando los grupos de constelaciones que yo había en ocasiones designado por su nombre, con el señor de Maupassant y el señor Louis, astrónomo de un cierto valor. El cielo, repleto de luces, atravesaba el gran Valle, yendo hacia la costa del Havre y el bosque Valois. Allí surgía una lentitud, un ceremonial de enterramiento de primera clase, cuando encima del lado de Fécamp aparecía una luna creciente, pálida como la que precede la llegada del día, y a pesar de su poca claridad, me producía el efecto de observar ante ella el cortejo fúnebre.

En ese momento un conejo, con ganas sin duda de visitar las coles del jardín, atravesando los setos, no se dio cuenta del artefacto mortal que lo acechaba, arrojó dos gritos agudos, luego algunas quejas sofocadas, el lamento sin duda de no volver a ver su campo de tomillo y de serpol, donde, cada mañana, iba a retozar. Un búho, acurrucado al fondo de un agujero, cerca del álamo que el señor de Maupassant plantó hace cuarenta años, salió de su escondite y, con su voz satánica, le deseaba buen viaje testimoniando su satisfacción de haberse servido de este modo un almuerzo caliente. Pero sus gritos despertaron a Piroli que saltó a tierra y llamó suavemente a la puerta del barco.

Me levanté y, habiendo abierto la puerta, reconocí mi habitación. Un sillón de descanso con unos pequeños cojines estaba allí, y la gatita de piel sedosa se acurrucó, como tenía por costumbre, y me deseaba las buenas noches con unos ronroneos que demostraban su satisfacción. Sentado junto a ella, me volví a ver, llegando con un aparato de Magne, y unas lámparas eléctricas haciendo una instalación completa, y, por la cantidad de amapolas que habíamos diseminado un poco por todas partes, la Guillette resplandecía bajo los fuegos de esta iluminación. Unas veladas fueron organizadas en las que el señor de Maupassant y sus invitados representaron unas pequeñas piezas encantadoras que ellos improvisaban a merced de su capricho y de su fantasía, lo que provocó la alegría de la sociedad de Étretat.

Daba la impresión de que el señor de Maupassant tenía todavía quince años, cuando hacía sus proezas en los Verguies, tanto se divertía y le hacía feliz la alegría de todos sus invitados, que reían a mandíbula batiente, habiendo dejado de lado la distinción y la rigidez del mundo del que formaban parte.

Al día siguiente de una de esas veladas tan divertidas, me decía:

— Ha visto usted, François, los pendientes de la señora X..., se podría jugar a los bolos con sus perlas.

El jardín también había sufrido una transformación, todas las partes del lado del camino habían sido convertidas en césped, adornado con ramos de flores; y yo volvía a ver al señor de Maupassant admirar, con la señora Pasca¹³⁴, las numerosas variedades de flores que Cramoyson había distribuido con una rara distinción de matices.

Luego, el día llegó, y de nuevo volví a rodear la casa, con el mismo fracaso que la víspera; me fui entonces hacia el jardín; hice una importante inspección, minuciosa, que no habría desaprobado el mismísimo Petit Caporal.

En primer lugar, tenía ante mí los llorones blancos, que antaño inclinaban tan graciosamente sus copas bajo la brisa que desde la costa normanda a la habitación de las señoritas había atenuado la fogosidad. Eran, ahora, más grandes, y no tenían el encanto que provocaba la felicidad en nuestros ojos.

... Más cerca de mí, he vuelto a verlo en su diván, leyendo un periódico, bajo el cenador formado de avellanos y coronado de un

cerezo cuyos frutos llamábamos « los deliciosos », de lo buenos y sabrosos que eran.

Pasé enseguida a la finca donde encontré los manzanos, la charca y los peces rojos, la pequeña casa de madera de los podencos. A este recuerdo, sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

En ese momento, me apareció el pobre conejito tomado del cuello, y como Piroli no cesaba de frotarse contra mis piernas, y que yo no tenía nada que darle, como en la ceremonia del asado de cordero, en Argelia, en casa del duque de Aumale, yo despedacé con mis dedos algunos pequeños trozos, todavía tibios, que presenté a Piroli, pero cual no fue mi sorpresa, al verle rechazar esos manjares. Se volvió hacia atrás, no ocultando su desdén. Yo pensé entonces en el olfato tan delicado de la raza felina, ella había sin duda sentido el olor fétido que el olor del búho lo había emponzoñado.

El stand del tiro a pistola y a carabina estaba allí también; el camino bordeado de fresas de los bosques, por donde yo vi un día llegar, conducido por la señora Pasca, al señor Alexandre Dumas hijo que había querido ver la Guillette.

Fue ese día, en la mesa, que, bajo una discreta invitación de la señora Pasca, el señor de Maupassant analizó el plan de *l'Ame Étrangère*, una de sus futuras novelas. Cuando hubo terminado, el señor Dumas le preguntó si quería, por algunos instantes, admitirlo como colaborador.

« ¡Con mucho gusto! », respondió él.

El señor Dumas expresó su punto de vista, respecto del análisis hecho, luego se entabló una discusión que acabó por poner a ambas partes de acuerdo; pero esta comunión no había sido realizado sin muchas bromas, rasgos de espíritu, respuestas, destellos brillantes que habían brotado de esos dos cerebros, como si se tratase de dos corrientes eléctricas en acción.

La señora L... dijo entonces:

— Amigos míos, acaban de hacer un excelente esquema.

La señora Pasca añadió:

— Y yo espero, señor de Maupassant, que esto sea el principio.

— Sí, señora, yo lo adornaré de esas sedas finas de Oriente, que tejen las arañas, y de la que Aristote lleva el primer manto.

— Perfecto – replicó la señora Pasca, — puesto que se trata de unas espiritualidades de esos países, pero yo le pido, amigo mío, si

usted puede conceder un favor a una vieja artista, que sería no sembrar en esta obra, de aquí y allá, una gota, una Marcelle ínfima de su perfume.

Esa jornada fue una de las mejores de la señora Pasca. A menudo, durante nuestros días de desgracia, la recuerdo con unas lagrimas amargas que fluían de sus ojos negros, pues ella amaba al señor de Maupassant como si hubiese sido su hijo.

Esta amistad, donde la literatura tenía su papel fundamental, había nacido antaño, en compañía de George Sand, en casa de Flaubert. Ella había dado su palabra de honor de continuar, junto al joven Guy, lo que éste había perdido en amistad a la muerte de su padre literario, el autor de *Madame Bovary*, al que había venerado en todo lo que decía, en todo lo que pensaba, hasta su último aliento.

Ahora me gustaría indicar aquí la aventura que contó el señor Dumas hijo, y que le sirvió para dar pie al esquema de *L'Ame Etrangère*. Pero mi pluma tiembla, pues siente que no encontrará, más que parcialmente, las expresiones de este objetivo letrado. En el fragor de la discusión, el señor Dumas decía:

— Amigo mío, de esos seres que disfrutan del amor por encima de todo, con esa complejidad infinita, puedo hablarle con conocimiento de causa.

He aquí: « Yo tenía entonces veinticinco años; estábamos a principios de 1850; la revolución había felizmente cerrado sus puertas y los bailes oficiales habían reabierto las suyas. Durante una de estas veladas, tuve la oportunidad de ver a una mujer, alta, hermosa, monera, de piel satinada, un sueño en pleno florecimiento; y la mirada de sus ojos castaños, profundos y ardientes parecían unas antorchas iluminando algún espíritu ateniense. Ella me trastornó, dejando en mí la sensación más fuerte que había experimentado en mi vida ante una mujer. Después de haber obtenido de esta dama el favor de un vals, durante el cual me embriagué de su aliento, del perfume delicioso de su carne, y que nuestros dos esbeltos cuerpos eran electrizados al contacto uno del otro, como dos polos que se atraen y tienden a aproximarse, yo la arrastré hasta un salón de descanso, sobre un sofa, que un ramo de palmeras abrigaba deliciosamente; en esta atmósfera

le dije a esta dama que deseaba ser su amigo, todo lo que puede decir un corazón prendado, con toda la pasión que puede hacer desbordar el corazón de un enamorado.

Durante todo el tiempo que había así arrojado a sus pies todos los ruegos que mi amor me había sugerido para despertar en ella un eco del sentimiento que me había inspirado, ésta mantenía una tranquilidad fría, impassible; ni un músculo de su fisonomía estaba distendido, y mi garganta obturada, seca me parecía ser el preludio de un completo fracaso. Finalmente, con su mano izquierda, ella levantó su pañuelo de encajes, luego lo enrolló sobre los hombros. Y entonces, con la mano derecha, señalando un cuadro de Drolling *Jesús discutiendo ante los doctores*, pronunció:

— ¡Sí!, amigo mío, pero ¿usted recordará siempre que fue en presencia del Hombre Dios cuando usted ha manifestado sus compromisos?...

Esta unión tan precipitadamente sellada, en amistad, en amor, concedía todo lo que se puede soñar. A veces, después de estos transportes apasionados que han sido la razón de nuestras fuerzas, acabamos agotados.

... En esos momentos en los que el tiempo parece haber detenido su marcha, mi pensamiento bogaba a menudo hacia mis antepasados.

... Después de varios meses nuestro idilio discurría así, como en un país de ensueño, cuando, un día, mi amigo me dio a leer un despacho de su marido que la ordenaba regresar, corrí a mirar la firma: X..., *ministro de...* Me sobresalté. Mi compañera, generosamente me tranquilizó, diciéndome:

— Mi lobo, tranquilízate, pues al envite de un marido, no hay prisa a rendirse.

Pero, desgraciadamente, un día llegó, pues todo tiene un fin, en el que fue el ministro francés quién le ordenaba volver a la capital, al domicilio conyugal. No pudiendo eludirlo más tiempo, nuestras dos almas en un mismo cuerpo, estaban tan unidas, estrechadas la una con la otra, que viajamos en tren, en barco, siempre con la misma seguridad, la misma fe, de tener el compromiso que nos ligaba para siempre. Y esperamos todavía, arrebatados por nuestro sueño en las esferas etéreas, que un incidente imprevisto nos permitiera vivir siempre unidos en nuestra felicidad. Pero, llegando a la frontera del país, donde su marido era ministro, se produjo una parada, y, ¡oh!

¡sorpresa! Dos caballeros flanquearon a mi amiga, con todo el ceremonial y deferencia que correspondían a su rango. En cuanto a mi, dos policías me pidieron seguirles y viajamos en un tren especial hasta el puerto de X..., donde me embarcaron para el Havre¹³⁵ ».

En ese momento, serví una segunda cazoleta de arroz con ternera al señor Dumas:

— ¡Son tan pequeñas!

La señora L... levantó el dedo:

— ¡Para mi también, esto esta tan bueno! Ese manjar resbala y perfuma la boca como si se degustasen unas ostras de Ostende que hubiesen estado una temporada en aromas de los jardines de Nazareth...

Luego, dirigiéndose al señor de Maupassant, el viajero desgraciado continuó:

— Amigo mío, cuando, un buen número de años más tarde, yo leí su obra maestra, *Au Bord de l'Eau*, el recuerdo de nuestro idilio estaba allí, vivo, como en el tiempo en el que lo vivimos. Y quedé bajo la influencia de una neurosis que me atenazó y abrasó todo mi ser hasta en sus profundidades más íntimas. Con toda mi alma, yo maldigo a ese marido que, sin ninguna idea de las leyes que rigen el corazón de la mujer, había hecho encerrar a ese tesoro de todas las gracias en un convento, me parecía verla, este ángel bien amado, y su mirada profunda en el día de nuestra unión, pasando hoy totalmente descolorido entre los barrotes de la ventana de su celda para buscar una distracción a sus mortales aburrimientos.

» Entonces reconocí la parte de responsabilidad que me incumbía en los tormentos de esta cautividad, mi corazón, en la medida de lo posible, participaba del dolor de aquella que tanto había amado, dirigiéndole los más sinceros lamentos siendo lo poco que podía hacer para suavizar sus sufrimientos, y, lentamente, lloré como si esas lágrimas hubiesen sido una caricia que enviaba a mi amiga.

La señora L... dijo entonces:

— Creo que la bendición nupcial posee el don de convertir a los maridos celosos; ¡es cierto, que hay unos co...! Si tuviese el placer de saber el nombre de aquél que le ha proporcionado ese malvado viaje, lo pondría de protagonista en mi futura novela *Les Maris Ombrageux*.

— ¡Oh! — dijo Dumas — el enigma es bien fácil de descifrar, usted no tiene más que encontrar el nombre del general de caballería que,

durante la guerra de 1855, no pudiendo introducir su pie en una de sus botas, le dio la vuelta para desembarazarse del obstáculo que la obstruía, y, para su gran sorpresa, salió una enorme madre erizo con sus pequeños. Ese general era el hermano del héroe de mi historia. Y se comenta de este sorprendente encuentro que habría podido picar las extremidades del general y hacerle perder una victoria.

El señor de Maupassant dijo:

— Ese mamífero es más dado a venir a mi jardín a alimentarse de babosas, que de ir a intoxicarse de perfumes exóticos¹³⁶.

Después, dejé la Guillette sin haber visto allí la sombra de un habitante. Por el camino, Piroli, la descendiente de la de antaño, — pues habíamos dejado a sus pequeños a los vecinos, — me seguía siempre. Y, cerca de la capilla protestante, salto sobre mi espalda y se acurrucó contra mi nuca produciendo algunos ronroneos.

Entonces le dije:

— Mi gatita, te voy a llevar a París, y después, si mi operación no me deja en el quirófano, te llevaré a Cannes, donde tendrás la distracción de contemplar el hermoso mar, que, durante tantos años ha arropado a la madre de tus antepasados, ese mar que se extiende hasta Sicilia, como un largo brazo amoroso que quisiera abrazar en sus encantos a todos los poetas de esta península latina. Tu lo oirás, amable y dulce, traer sobre sus orillas doradas los ecos de alta mar. Hacia la puesta de sol, él te mostrará un desierto cubierto de escollos de plata; otro día, bajo una aurora boreal incendiada, será un inmenso manto de sangre; al día siguiente, en su calma absoluta, estarás antes un lago africano; una primavera totalmente cubierta de turquesas bajo el cielo azul. Luego iremos a ver el puerto donde atracaba *su* barco el « Bel-Ami », con el que, sobre este mar a veces ideal, él visitó todos los edenes de la costa de Provence. Sobre ese yate, que era para él una especie de Olimpo, sobre el que escribió las páginas más turbadoras, las más sublimes, que jamás hayan salido de la pluma de un genio, yo te las leeré...

No había terminado, cuando la pequeña gata, de un brincó, abandonó su retiro y trepó a un árbol de la avenida de la Passée. Yo le pedí que me siguiera, siempre como a su abuela; me respondía con pequeños maullidos que parecían decir: « ¡Espero tu vuelta del

mercado, no olvides los peces! ». Me dirigí entonces hacia la playa donde encontré un mar totalmente distinto al de Cannes. A éste lo admiro por su majestad y sus olas triunfantes que vienen con una fuerza sorprendente a romper en los guijarros que ruedan como unas canicas expertas en este ejercicio. Y pensé: « Es él, que con su aire puro cargado de yodo, había hecho de mi señor una especie de Hércules, que, por desgracia, la fatalidad lo había hecho desaparecer tan pronto. Sin embargo, un día lejano, intentó llevarme, como el mar de los poetas hizo a su gran admirador Shelley... ».

Estábamos bajo el acantilado que soporta la capilla de los marinos, bañándonos con algunos compañeros, cuando cometí la imprudencia de alejarme entre las rocas, donde fui arrastrado por una corriente que me envolvió y me zarandó como una hoja muerta. Entonces, impotente, me hundí bajo las olas, me creía perdido y me abandonaba sin fuerza a mi mala suerte. De golpe, la imagen de mi venerada madre se presentó a mi vista, y allí mismo pensé en el dolor que habría atenazado su corazón enterándose de mi muerte; esto me hizo encontrar mis energía, y luché con todo el coraje del que quiere conservar su vida por aquella que le ha dado la luz. Sentí como una mordedura en un brazo, era un amigo de esta falange de buenos servidores domésticos de Étretat, quién, habiendo visto la crítica situación en la que me encontraba, despreciando resueltamente el peligro, había venido en mi auxilio.

Al ponerme a salvo, se lo agradecí, manifestándole mis disculpas por haberlo expuesto a un peligro por mí; luego exclamé:

— ¡Madre, madre!, mi madre amada, ¡tu me has dado dos veces la vida!

Todos mis compañeros me miraban, y, con la estupefacción pintada en sus rostros, comprendí que me creían loco, tanto les parecía desprovisto de buen sentido. Para tranquilizarlos, les conté la visión que se me había aparecido durante mi forcejeo bajo las aguas. Luego, me decía: « fue bajo el ritmo poderoso de la marea donde he dormido muchos años en mi barcaza del Gran-Valle. Y lo amé sin rencor. Mi pensamiento iba a lo lejos a bogar sobre las olas.»

... Hoy, después de un gran número de años transcurridos, muchos recuerdos están todavía presentes en mi memoria. Cuantas veces mi señor me habló del genio de ese poeta que apreciaba tanto¹³⁷. Un día que yo lo vestía para ir a cenar a la ciudad, al día siguiente de su llegada de su viaje a Italia y de las Dos Sicilias, me dijo:

— Dejo mi smoking porque en casa de la señora Jung es sin ceremonia. Habrá únicamente una charla íntima sobre Victor Hugo; ¿usted me dijo esta mañana haber asistido a su magnífico entierro¹³⁸!...¿Y bien?

Conté lo mejor que pude, al autor de *Sur l'Eau*, lo que yo había visto durante una jornada entera, estando encaramado en lo alto de una escalera en una esquina de la calle de Presbourg...

—¿Cuál fue la cosa que más le impresionó en ese desfile que usted me ha descrito tan bien?

— ...Señor... Fue la salida del coche fúnebre de séptima clase que llevaba los restos de un gran genio, saliendo debajo de ese Arco del Triunfo que representa los hechos gloriosos del alma de nuestra generosa Francia...

» Me pareció entonces que todos los sujetos que la componían se estremecían... En ese momento mi vista se turbó, mi pensamiento se paralizó durante unos instantes; cuando volví en mí, me preguntaba ¿por qué los restos mortales de ese genio pasaban bajo el monumento que contiene los prestigiosos hechos de aquél que más atacó en su obra?

El señor me respondió:

— Hay muchas cosas que si se las analiza, se encuentra materia de crítica; nosotros hoy estamos bajo un régimen que...

Al día siguiente, el señor de Maupassant me volvió a hablar de esta ceremonia grandiosa, que había sido la conducción del gran poeta a su última morada y me pidió que le precisase algunos detalles. Lo que hice. Él dijo entonces:

— Sepa que el paso del gran poeta bajo el Arco del Triunfo no desmerece en nada al valor, ni al honor del primer capitán del mundo... Yo le he dicho varias veces que, para mí, Napoleón I era como Jesucristo, un super hombre: ¡Tanto uno como el otro fueron dos héroes!...

» Es por lo que ambos fueron crucificados: ¡Napoleón sobre una roca árida!...Jesús, el Hombre más inteligente que ha venido a la tierra...en una cruz...

» Aunque la historia los haya analizados bajo distintos aspectos, nosotros no los conocemos más que imperfectamente.

» Yo considero a Victor Hugo un poeta genial, pero era « Hombre »

» A él no le gustaba Napoleón I; lo ha demostrado en todo lo que ha escrito, por ejemplo en *les Orientales*, dijo:

*¡Él, siempre él! ¡Él por todas partes! Ardiente o helado
¡Su imagen sin cesar quebranta mi pensamiento!...
Derrama en mí espíritu el soplo creador.
Tiemblo y en mi boca abundan las palabras
Cuando su nombre gigantesco, rodeado de aureolas,
Surge en mi verso desde toda su altura. ^(a)*

Puede usted leer la continuación en el volumen citado.

Después allí, a la derecha, el acantilado totalmente blanco, parecido a una vela extendida, miraba su silueta en las aguas transparentes del mar. A su vista, tuve la sensación que aquello no era algo nuevo en mi espíritu. En efecto, un recuerdo me volvió, cuando mi señor me había dicho un día:

— Fue ahí, ante esa escena, sentado descansando en mi barco, con mi amigo Mathô, cuando compuse lo principal de mi primera novela *Une Vie*.

El sol doraba los altos acantilados que el señor de Maupassant describió en su novela *Une Vie*.

El sol subía como para considerar desde lo más alto al vasto mar extendido bajo él; pero éste, como mostrando una coquetería, se envolvió de una bruma ligera que lo velaba a sus rayos. Era una niebla transparente, muy baja, dorada, que no ocultaba nada, pero producía a lo lejos una sensación de suavidad. El astro lanzaba sus llamas, fundiendo esa nube brillante; y cuando tuvo toda su fuerza, la niebla se

evaporó, desapareció; el mar, liso como un espejo, se puso a mirarse en la luz.

Jeanne, emocionada, murmuró:

— ¡Qué bello es!

El Vizconde respondió:

— ¡Oh! sí, es hermoso.

La serena claridad de esa mañana hacía despertar como un eco en sus corazones.

Y de repente se descubren las grandes arcadas de Étretat, semejantes a dos piernas del acantilado caminando en el mar, altas, sirviendo de arco a los navíos, mientras que una aguja de roca blanca y puntiaguda se levanta ante la primera.

... Yo pensaba entonces: « No está permitido suponer que si hubiese podido dar su parecer, el gran escritor, hombre modesto, hubiese preferido su imagen, allí, sobre la roca que sostiene el pie del acantilado. Y incluso, sus restos mortales hubiesen podido tener allí su lugar.»

Un poeta habría podido cantar que allí, así presente, Guy de Maupassant, ese enamorado del mar, oiría siempre las rimas de las olas que venía como una caricia a tenderse sobre su bien amada roca.

... Después, solo en mi compartimiento, tuve la ocasión de pensar en Piroli, de lamentar su ausencia, esperándome siempre, encaramada sobre su árbol, preguntándose con ansiedad si yo no habría olvidado su pez.

XVIII

**GÉNESIS DE *Fort comme la mort*,
Notre Coeur, Pierre et Jean, etc...**

Cannes, 15 de junio de 1922. Villa Continentale.

Hoy, en compañía del capitán Pierrugues, todavía alerta a pesar de sus ochenta y años, he vuelto a ver el bonito apartamento tan soleado, que el señor de Maupassant ocupaba hace treinta y cuatro años. Desde esa época ya lejana de su estancia, penetrando en este domicilio, me ha parecido respirar todavía los perfumes de antaño.

Nuestra conversación, con el capitán, se volvió entonces muy penosa, llena de lamentos respecto del autor de *Fort comme la Mort*, que había puesto a punto esa obra magistral en ese apartamento.

Me pareció verle aún, caminando de un extremo a otro de las cuatro habitaciones que comunicaban todas las puertas abiertas, y oírle decir:

— Sí, sí, creo que está bien.

Mientras la voz de su madre resonaba más fuerte para tratar de sacarle esa idea de un atropello bajo un ómnibus como desenlace de su libro.

No, la señora de Maupassant nunca admitió este final para ese drama. Ella habría querido reemplazarlo por un error. En un momento de despiste, el pintor habría prendido fuego a un bidón de gasolina de su taller, y el final habría sido casi igual como él lo había escrito, con los mismos personajes.

Con su maestría habitual, ella había esbozado ese plan que me parecía que respondía mejor a la conclusión de esta obra. Sin embargo, yo me pregunto hoy, si no era mejor que el autor hubiese seguido sus propios impulsos.

El general A. Berthier acaba de releer esta obra del señor de Maupassant y me decía:

— Hay en esta obra, unas páginas de un sublime asombro en su sinceridad, Aquí, nos hace llegar a ciertos aspectos de la vida sin ningún esfuerzo. Así, cuando él hace decir a la Señora de Guilleroy:

« *Amamos a nuestra madre casi sin saberlo, sin darnos cuenta, pues ello es tan natural como vivir; y solo calibramos la profundidad*

de las raíces de ese amor en el instante de la postrera separación. Ningún otro afecto se le puede comparar, pues todos los demás son ocasionales, y este es de nacimiento; todos los demás nos vienen dados posteriormente por los azares de la existencia, este vive desde nuestro primer día en nuestra misma sangre. Además, ocurre que con ella desaparece casi la mitad de nuestra infancia, pues nuestra vida de chiquilla era tan suya como nuestra. Solo ella la conocía como nosotros, sabía un montón de cosas lejanas insignificantes y entrañables que constituían las gratas primeras emociones de nuestro corazón. Sólo a ella podía decirle aún: «¿Te acuerdas, madre, del día en qué...» «¿Te acuerdas, madre, de la muñeca de porcelana que me regaló la abuela» Murmurábamos ambas un largo y grato rosario de menudos e insignificantes recuerdos que nadie en la tierra sabe ya, más que yo. Ha muerto una parte mía, la más antigua, la mejor. He perdido el pobre corazón en el que la niña que seguía siendo vivía aún intacta. Ahora nadie la conoce ya, nadie se acuerda de la pequeña Anne, de sus faldas cortas, de sus risas y de sus mohines.»

Paso ahora al génesis.

El señor de Maupassant recibía de vez en cuando, en su mesa, en la calle de Montchanin, a una bella mujer. En el transcurso de esas comidas, embriagado, exaltado por la visión de esa bella persona o quizás por sus ideas, no lo sé, él le dijo:

— Creo que usted posa, Señora.

— Lo dudo, señor, es porque hago lo posible por mantenerme natural, a fin de que no se pueda decir que lo hago posando.

— Gracias, señora, respondió el autor. Y una oleada de amables palabras siguieron.

La dama rogó al señor de Maupassant que tuviese la amabilidad de indicarle a donde él quería llegar.

El escritor desenrolló, entonces, su madeja y le dijo:

— He aquí, señora, mis intenciones son la de hacerla condesa mediante un segundo matrimonio; además su marido será diputado. Usted tendrá también un íntimo amigo si quiere, gran artista de talento. Creo que él hará su retrato. Tendrá un salón donde los antiguos objetos y los modernos se disputarán el lugar, su palco en la

Opera, y un carruaje de caballos negros, engalanados de plata con los que podrá usted pasear por la avenida de las Acacias.

El autor se detuvo.

—¿Eso es todo? — preguntó la dama — Usted no ha respondido, pero yo imagino que usted tiene sus reservas. Pues ese libro no puede ser publicado sin algunas zancadillas, incluso un drama, tal vez. Yo le advierto que soporto muy mal la vista de la sangre y que tengo horror de ver sufrir a mis semejantes.

El escritor todavía guardaba silencio.

La dama prosiguió:

— Puesto que ha perdido usted el don de la palabra, admitamos que todo lo que me ha prometido constituirá la primera parte. ¿Cuál será la segunda? En fin, qué sacramentos va usted a administrarme, a mí, que no quiero recibir más, excepto en un tiempo lejano, el más lejano posible, en el del gran viaje, cuando se pasea sobre nuestras sienes de pequeños paños de guata empapados de aceite como si se tratase de una máquina a la que se quiere pedir un trabajo de larga duración; pero retomemos el hilo de nuestro asunto. Primero me hará usted condesa, dice, eso me deja indiferente. Tendré un segundo marido que será diputado; eso me va bastante, pues él pasará la mayor parte de su tiempo danzando en la Cámara, o en casa de alguna lagarta que lo habrá enredado, esperando que se convierta en ministro un día y que los billetes azules lleguen. Para mis salones, por ejemplo, cuando yo quisiera gozar, debería acudir a la calle de Monceau o aun a una avenida que conduce al Arco del Triunfo de la Estrella. Para mi carruaje, sé donde encontrarlo por la calle de Lisbonne bien cerca de la calle Rembrandt. En cuanto a mi palco en la Opera, espero que usted tenga a bien, ofrecérmelo de vez en cuando. ¡Oh, sí!...

» Ahora seré curiosa, si no es indiscreción, y quisiera saber cual es ese amigo íntimo que usted quiere proporcionarme. ¿Será alto, guapo, sencillo, amable? ¿Qué nombre le dará usted?

— Olivier Bertin, señora.

— Olivier, pasa, puesto que le da al óleo, pero Bertin, que apellido raro, amigo mío. Es cierto que suprimiendo la R y reemplazando las dos últimas letras por la primera del alfabeto... Eso es más divertido y yo podría jugar cómodamente, con ese gran niño que es ya un poco mi amigo. ¿Cuándo iremos a su taller?... Usted me

mira con asombro, pero puede pensar que lo he comprendido. Es X... su pintor.

— Sí, señora de Guilleroy.

— Gracias, señor, por su agua del Jordán..

Entonces una discusión muy animada tuvo lugar entre los dos interlocutores, a propósito de aquel que el autor llamaba Bertin y la señora de Guilleroy Bétâ. En un momento, los lienzos que representaban a los abuelos de Maupassant, colgados en el débil tabique, ondularon bajo los ecos de las risas como si una brisa los agitase.

Este pintor, a quién el escritor había dado el nombre de Bertin, era denominado a menudo por sus íntimos por el sobrenombre de Arzobispo, a causa, según parece, de su hermosa cabellera que era de un blanco puro aunque fuese joven todavía. Las malas lenguas añadían:

— Han sido las emociones en ciertas horas difíciles que le han valido esa melena virginal.

Al día siguiente de esta escena, el señor de Maupassant me decía:

— ¡Hei! Tiene un olfato de artillero, la dama. Es cierto que es parisina y mundana cumplida, lo que le abre las puertas.

Después de un instante, añadió:

— Cuanto más la veo mas bien hecha la encuentro. Me hace pensar en el buen gusto que los artistas tienen al elegir la curva del seno de la mujer para hacer la copa donde beber la borrachera del arte. Y pienso además que esta mujer prendería fuego a un pozo.

Y el señor de Maupassant se puso a reír ruidosamente... Luego dijo la frase que escribiría en su novela:

« ¿Acaso sabemos por qué un rostro de mujer cobra de repente para nosotros la fuerza de un veneno? Parece que la hemos bebido con los ojos, que se ha convertido en nuestro pensamiento y nuestra carne. Ella nos embriaga, nos enloquece, vivimos de esa imagen que nos ha absorbido y deseáramos morir.»

El taller que el señor de Maupassant describe en su libro es el del señor Rodin, al que tenía por el más grande artista de esta época.

¿Para su Musa, los salones de París estaban generalmente bien dotados? Yo tuve el placer de verlos de cerca. El de *Fort Comme La Mort* podría ser clasificado sin igual, pero el autor no supo o no creyó

deberle extraer todo de lo que era capaz en su salón (él lo conocía demasiado).

¿Para el conde de Villeroy, diputado? Yo sé su nombre, pero no le he conocido bien.

Pasemos a la segunda parte.

El escritor y varias escenas del tipo de las que preceden, con la condesa de Villeroy. Ella fue flexible más o menos hasta el fin.

En los hechos que van a seguir, se preguntará si no está permitido pensar que el señor de Maupassant no ha seguido fielmente las recomendaciones de su maestro Flaubert.

Esto era lo que decía: « Tu estarás por toda tu obra, como Dios en el universo, pero en absoluto visible.»

He aquí una superioridad que toca en lo espiritual y que no ha sido dada alcanzar a todo artista. Es lo que hace que me permita decir que en la segunda parte de su novela, el autor no se contenta con preocupar a su pintor Bertin, él le difumina cuando dice: « Incapaz de estar quieto, se levantó y se puso a caminar por el estudio, invadiéndole de nuevo el pensamiento de que, pese a aquella relación que había colmado su existencia, continuaba muy solo, siempre solo. Tras las largas horas de trabajo, cuando miraba en torno suyo, aturdido por aquel despertar del hombre que retorna a la vida, únicamente veía y sentía paredes al alcance de su mano y de su voz. Se había visto obligado, al no tener mujer en casa...»

Sí, fue siempre el mismo lamento de su alma, penando en su aislamiento, y que ha oído a menudo lamentar a su maestro Flaubert.

Y yo también, yo experimento la necesidad de proferir aquí una queja y pido perdón a mi señor. Ella me es sugerida por ese antiguo nombre bretón Annette que él ha dado a ese amor de niña que se llamaba Cécile Violette. ¿Por qué hacer este cambio?

Cécile todavía, puesto que él decía a menudo que la música le dejaba indiferente.

Pero ¡Violette! Ese nombre, ella no lo había tenido, sería necesario crearlo para esta muchacha endeble, delicada, sencilla y modesta. Me parece verla todavía en su bata azul de donde emergían su rostro rosa y su cabellera rubia. Esta cabeza, vista así, semejaba una flor, cuyo tallo flexible apenas la puede soportar. Con frecuencia, sí, yo pude decirle que esta joven me ha hecho pensar en los acianos suavemente mecidos por la brisa en los bordes de un campo de centeno.

Debo decir que Annette no franqueó nunca la puerta del domicilio del escritor.

Génesis de « Notre coeur »

Una tarde, hacia las seis, el señor de Maupassant llegó. Después de haber depositado su chaqué sobre su cama, se extendió sobre su diván; y, como cada vez que tenía la cabeza y el corazón demasiado plenos de lo que había visto y oído durante la jornada, se puso a hablar:

— Ceno con la señora X..., calle Laménais, y si ella no tuviese siempre unos colegas en corbata de seda blanca, yo habría ido allí en chaqué, puesto que vengo de casa de la condesa. No habría tenido que hacer dos veces el camino. He entrado en casa de esta dama, pasando, para presentarle mis cumplidos, con la intención de retirarme pronto, ya que tenía que hacer varias cosas; y he quedado allí hasta ahora. Y he aquí que fue que, con la condesa, su día de recepción no tiene absolutamente nada en común con lo que pasa de ordinario en casa de las damas del mundo. A su llegada en el salón, se la encuentra de pie, o sentada sobre una silla alta, como un minúsculo trono de los más modestos localizado en el centro del grupo. Ella se adelanta, estrecha la mano al recién llegado, y después de haber recibido sus saludos, esta anfitriona le ruega, con toda su gracia, que tome lugar. Entonces, los unos sentados, los otros de pie, insensiblemente, sin darse cuenta, se desliza y se forma un segundo grupo, luego gente llegando siempre, un tercero es pronto formado. Las conversaciones se calientan y se va y se viene a través de los enormes salones en los que uno se va enfriando. El último, adornado de plantas verdes y de flores, que parece reflejar el enorme jardín de enfrente; es una auténtica magia, muy relajante a la vista. Sin embargo, yo me pregunto si este edén, que

debe ser de un poético reposo, no tiene una influencia sobre nuestros sentidos, influencia que no definimos exactamente. De lo que proceden discurriendo, sin duda, todas esas pequeñas escenas divertidas o cómicas que se desarrollan allí.

Así, hoy, yo estaba sentado sobre un taburete y tenía ante mí a una dama con la que charlaba. Me interesaba al más alto extremo. Yo no sé cuanto tiempo hacía que estábamos allí, cautivos el uno por el otro, bajo un ramo de palmeras y de flores olorosas que nos daban la sensación de estar en un sitio íntimo, cuando de golpe, sentí calor en mi espalda, pero muy caliente, como si el sol del mediodía la golpease. Volví la cabeza discretamente y observé que se trataba del señor Jean Béraud, el pintor, que había pegado su gran cuerpo contra el mío, y que me pasaba su calor de artista siempre en fusión. Se lo hice saber, y la dama con la que yo charlaba, le dijo:

— Pero usted extiende sus alas sobre sus vecinos como una gallina sobre sus pollitos. ¡Eh! ¡Atención! ¿Qué quiere usted?...

Y diciendo eso, ella avanzó su fina mano enguantada de blanco hacia el rostro de Jean Béraud, como si hubiese tenido el deseo de tirarle de las delgadas y ligeras puntas de su bigote. Después de un divertido coloquio que había sido fuertemente afectado por unas risas, el pintor, nos dijo:

— Tengo sed

Luego nos condujo a un pequeño salón donde un samovar hacía el ruido de una máquina a vapor. Julien, el gerente de hotel que usted conoce, estaba allí con su tienda de cristales brillantes que contenían unos vinos o licores multicolores, así como una gran variedad de pasteles.

Fue en el hueco de una ventana de cristal hasta nuestros pies donde terminamos la tarde siempre con esta dama, charlando como si estuviésemos embriagados de todo lo que nuestros dos seres habían ya experimentado de la vida. Yo le confieso que hoy he dejado el ventanal de cristal sin admirar el bonito jardín y que me produce tanto placer habitualmente.»

El señor de Maupassant, en su traje, bajo su sobretodo, la puerta de la antecámara abierta, hablaba siempre, colocando su sombrero claqué bajo su brazo. Tenía horror de ese sombrero adornado con hilos de hierro.

Quedé solo y fui invadido por una singular tristeza. Ordenando todo el apartamento del escritor, mi alma gemía al verlo tan solo y me decía: « ¿Por qué una mujer inteligente, bien dotada, no se encuentra cerca de este hombre para recibir la magnificencia de sus pensamientos? » Pero pronto mis pensamientos vagabundearon.

Desde la esquina de la calle, donde duerme un gran compositor, pasando por la avenida de Villiers, los bulevares y los arrabales yendo hasta la plaza de Eylau donde encontré un buen poeta, ni una de todas esos parejas de artistas no me ha parecido en armonía.

Entonces, puesto que él estaba así, yo deseaba que encontrase en su camino un pariente como la del señor Thiers, o aún una hermana, sí, una hermana. ¿Por qué el Creador no envía a todos los artistas un ángel guardián de ese género que habría bebido en la misma fuente la leche de vida? Ella los comprendería, les prodigaría buenos consejos para su salud. Recibiría diariamente sus pensamientos, tomando así la impronta de su espíritu siempre en ebullición. ¡Eh! Dios mío, para mi señor, ninguno de mis viejos anhelos se puede cumplir. ¡Cuántas flores perdidas para la literatura francesa!

Las diez y media.

— Regresé pronto — me dijo el señor de Maupassant — porque tengo necesidad de poner en orden mis ideas con respecto a nuestra conversación de otras veces.

Y, con todas las puertas abiertas, se puso a caminar de un extremo a otro de su apartamento.

Al día siguiente por la mañana, sobre su escritorio, se podía leer, en grandes caracteres, en cabeza de una hoja de papel:

« Las Sensaciones de nuestros corazones... »

Notre Coeur había nacido...

Durante la jornada, volvió aun a hablar de esa tarde de la víspera, que le ocupaba siempre el espíritu:

—Sí, — me decía,— los salones de la condesa son una mina preciosa para los artistas. Ella posee los dones más perfectos para recibir. Es encantadora, bella, amable, sin ser afectada. Su carácter es invariablemente alegre. También le gusta a todo el mundo, sobre todo por su buen corazón. Y en la sociedad no se la designa más que bajo el nombre de condesa de X... o de Z..., pero solamente bajo el nombre de condesa. De ese hecho ella se encuentra en la misma situación que

Víctor Hugo al que todo París conocía bajo el único nombre de Poeta y de gran Poeta.

Hoy, yo me dije: « Esta condesa, que el escritor apreciaba tanto por su corazón sensible y generoso, se apresuraba a llevar a los lagos del bosque de Bolonia algunas ranas salidas de su jardín o mejor de una cesta venida de no se sabe donde. Es a la que los habituales del bosque habían bautizado como la providencia de los desgraciados errantes. También muchas veces, cuando la circunstancia se presentaba, ella hacía detener su equipaje para recoger gatos, perros, cualquier tipo de animal, extraviado o enfermo. Todos esos desheredados encontraban lugar sobre un buen colchón mullido, cerca de ella en su coche. Después de algún tiempo de buenos cuidados bajo los auspicios de esta alma compasiva, las alegrías del día estaban localizadas en una pensión del lado de Nanterre.

Un día que ella me había rogado ir a verla a las ocho de la mañana, ella no regresó hasta las once. Los pómulos todos rojos, se dejó caer en un sillón y me dijo:

— Le he hecho esperar, mi buen François, pero que quiere usted. A la salida de misa, he visitado a algunos enfermos y el tiempo pasó tan rápido cerca de esos infelices que se sienten deslizar en el otro mundo. ¡Ellos tienen necesidad de consolación! »

A pesar de todo lo que acabo de decir y todas las buenas acciones hechas por esta mujer, el escritor que la había visto de cerca y había sido seducido, prefirió, reflexionando, elegir otra, Michèle de Burne, esta heroína que ha emocionado tantos sentimientos y hecho estremecer a un número considerable de corazones jóvenes y viejos¹³⁹

Los hechos anteriores concernientes a la génesis de *Notre Coeur* pasaron en 1884 y 1885. En 1886, se volvió a encontrar a Michèle de Burne en un almuerzo en el Chalet de los Alpes en Antibes, luego aún... (ver mi volumen anterior).

Me he propuesto decir aquí que Michèle de Burne, ni incluso la condesa, nada tienen que ver con la dama del vestido gris que he descrito como una desgracia en mi primer volumen de *Souvenirs sur M. Guy de Maupassant*.¹⁴⁰

El señor de Maupassant estaba de visita, en una villa, camino del Havre, en Étretat.

La señora L¹⁴¹... llegó, como por casualidad. Pronto, ella puso al día a las gentes del lugar sobre unas noticias que ella conocía parcialmente, y de las que ella quería hacer oír el relato completo al señor de Maupassant.

Estos hechos lo entusiasmaron. Hizo una o dos excursiones al Havre; y, en dos meses, escribió *Pierre et Jean*, siempre paseándose por el paseo de jóvenes fresnos, los que no estaban muy altos ya que el señor Rene Maizeroy dejó, un día, en sus ramas, su bonito sombrero blando, gris perla, y el Profesor Pouchet, ese amante fiel de Étretat, su chapela azul marino.

Génesis de « Boule de Suif »
(Relato aparecido en *les Soirées de Médan*)

La heroína se llamaba Adrienne Legay. Había nacido en Elétot, cantón de Valmont. Bien dotada, fuerte como las de su raza, y no faltándole espíritu. A los veinte años fue a Rouen para tentar a la fortuna.

Sobrevino la guerra de 1870; y fue en una de sus salidas en diligencia, para ir a visitar a nuestros soldados, llevarles e informar a sus parientes de sus noticias verbales, cuando sucedieron los hechos que el señor de Maupassant relató en *Boule de Suif*.

Varias personas fueron testigos y le informaron de los hechos. El vendedor de vino Loiseau, el señor de Bréville, el señor Lamadon y un cierto Cornudet, aunque éste último se haya defendido más tarde.

La guerra acabó y Adrienne continuó su vida llena de bondad y devoción. Y el señor de Maupassant caminaba a paso de gigante hacia las alturas, que le había predicho su maestro Flaubert... desde donde él veía siempre a su Adrienne, la primera que había tenido el don de darle tan buena suerte. Pero la vida discurre rápido. Los sucesos se precipitaron y el señor de Maupassant desapareció prematuramente, sin tener conocimiento de la situación de la que le había abierto el camino...

Por lo demás, su heroína se encontraba en una situación crítica, varios años después de su muerte.

Hoy está permitido preguntarse cual sería el dolor del corazón del autor de *Boule de Suif* si supiese que Adrienne se suicidó por la módica suma de siete francos que ella no podía pagar a su propietario.

¡Fatalidad de la suerte!, para Adrienne, la desaparición del señor de Maupassant fue causa de su fin trágico; pues, seguramente, este habría venido a ella, y con toda su alma, aflojaría la bolsa...

¿Y quién sabe? Cuando él hubiese conocido, como se la conoce hoy, la vida de abnegación de Adrienne Legay, sin duda la habría glorificado en algunas páginas sublimes que la habrían inmortalizado, más noblemente que en *Boule de Suif*.

Este relato hizo decir al gran Flaubert: « ¡¡¡Ve, puedes caminar ahora !!!».

Génesis de « Mont-Oriol »

Esa novela siempre ha parecido floja a la crítica.

Yo me pregunto aún si esa manera de ver estaba bien justificada, pues yo la creo una de las más estudiadas y de las más verdaderas que el señor de Maupassant haya escrito.

He conocido a todos los principales personajes de ese libro, doctores y demás.

Un día mi médico me dijo:

— Una cura en Royat convendría, bastante bien, creo, para arreglar su estómago.

Mirándole a los ojos, le respondí:

— Quizás Châtel-Guyon me serviría también; esas dos estaciones termales están un poco alejadas la una de la otra.

El doctor asintió mi proposición con una mueca que dejaba percibir una risa para sus adentros.

Fui entonces a Châtel-Guyon donde volví a ver los senderos recorridos por el autor de Mont-Oriol. Sus vendedores de terrenos son muy parecidos a las personas que he visto. Una queja, sin embargo: No he vuelto a encontrar al paralítico, que se me ha afirmado haber existido.

XIX

PRECEPTOS DEL SEÑOR GUY DE MAUPASSANT

El señor de Maupassant decía:

— Cuando usted piense una cosa, es necesario pensarla bien, definirla rigurosamente, pero sin obstinación. Déjela ir; más tarde, cuando vuelva a retomarla, quedará sorprendido de que esté desarrollada, formada y madura al punto que no le queda más que escribirla.

Lo mismo ocurre con una cosa vista. Es necesario reconocerla bien en todos sus detalles, pero siempre sin obstinación, aunque el señor Flaubert me haya dicho: « Cuando veas a un portero en su puerta, lo mirarás hasta que hayas captado lo que piensa ».

Decía que para leer en el libro de la naturaleza, hacía falta...

El señor de Maupassant citaba entonces las cualidades indispensables para hacer un hombre de letras: gran erudición, clarividencia, etc... etc. y acababa por pedirle valor a toda prueba, obstinación para producir y la paciencia de un gato...

Diciendo esto, con la seriedad de un hombre que ama los animales, pasaba la mano sobre el pelaje de su Piroli.

El idioma francés es una música que debe saber interpretar toda persona que quiera escribir; para este hecho, no son más las notas en juego, sino las vocales, las consonantes y el juego de cada letra... finalmente la composición, etc. .. que debe dar a los lectores la impresión de la presencia de supuestos instrumentos, aunque ausentes.

No es necesario emplear palabras graves, sino la adecuada que haga buen efecto.

Cuando una palabra altisonante esté indicada, no es necesario buscar otra. Eso sería, desde mi punto de vista, un error.

Con frecuencia el autor de *Une Vie* decía: « En mi casa o en el mundo, en las veladas, en ferrocarril, o en coche, en el campo, incluso

de caza, mi espíritu trabaja constantemente. Le gustaría volverse inteligible y comprender todos los grandes y pequeños fenómenos que nos rodean y que hasta el momento son inexplicables. Eso me cansa un poco, lo que hace pensar en el gran Pascal del que no tengo ni la sabiduría ni el genio. Cuánto ha debido sufrir, este hombre superior, ¡no tanto por poner a punto sus descubrimientos, sino por hacerlos comprender!, ¡cuántos sufrimientos atroces ha debido experimentar en presencia del caos en el que sus concepciones se encontraron!»

El Café y la Cervecería agotan muy rápido la inteligencia sobre todo en el hombre de letras. Los temas que el hombre de letras encuentra en los cafés y cervecerías, son ficticios y malvados. No pueden más que falsearle su oficio. Los temas que se encuentran en la sociedad de las personas que frecuentan los cafés y las cervecerías son superficiales y a menudo malos, y son capaces de arrojar en un falso vuelo a cualquier principiante.

La mujer superior siempre permanece inferior al hombre. Tras un instante, él dejaba escapar un ¡humm!... Quería decir que reprobaba lo que acababa de decir...

La mujer sería un ser... si no aportase su concurso al placer del hombre.

Yo adoro a la mujer por el placer que me procura. La mujer del mundo es siempre animal en amor.

El cara a cara con una mujer de mundo no es soportable más que si es joven, bella y ya....

Los títulos y las grandezas falsean el espíritu de la mujer, la vuelven poco agradable en sociedad, y sosa en el amor, sobre todo para su marido...

La neurastenia de la mujer procede algunas veces de su estado del alma, pero lo más frecuente es que derive de la pereza de los hombres.

El Desnudo

El señor de Maupassant decía:

Reconozco de buen grado, que la suavidad de la carne de la mujer nos da, en ciertos momentos, la alegría, el transporte más fino si usted quiere... luego otras cosas todavía. Pero aparte de eso, me he preguntado con frecuencia si realmente, nosotros, seres más o menos civilizados, amamos el Desnudo. No lo creo, sea que la cosa vista demasiado cerca deja que desear y se vuelve fea para nuestros sentidos refinados, o sea porque nosotros no hayamos nacido para esta profesión.

En fin, un día, yo hacía un viaje por Oriente y fui invitado por el Gobernador a una velada. Él recibía a un príncipe reinante, de paso en ese país. Para darle, sin duda, un regalo inacostumbrado, se hizo bailar ante él a doce extraordinarias mujeres sicilianas. Enseguida me di cuenta de que eso no le entusiasmaba. En cuanto a nosotros, los quince hombres que asistíamos a esa exhibición, habíamos quedado fríos y varios de nosotros pedimos a esas damas que bailasen en círculo y evitaran los grandes movimientos de piernas. Las admiramos como pinturas o estatuas, sin otras sensaciones de placer.

Desde la galería del Palacio, he asistido a esa exhibición que no fue un triunfo, sin embargo ese Gobernador, era seguramente un hombre superior.

Consejos de Flaubert

Respecto a los consejos que el señor Flaubert daba a los jóvenes, he aquí más o menos lo que yo le he oído decir un día:

La señora de Tomasini tenía en su mesa al señor y señora de Albert Dubois, su hija adoptiva, al señor y señora de Octave Feuillet, parientes de estos últimos, a la Princesa Mathilde, al señor Claudius Popelin, al señor Gustave Flaubert y algunas glorias de la pintura y de la música francesa. La señora de Tomasini y la Princesa Mathilde se querían mucho; esto se debía a su semejanza o a su espíritu galo y rabelaisiano, no lo sé; siempre que ellas tragaban hacían reír a los invitados, y lanzar unos *juf!* serios a Flaubert. Cuando su Alteza elevando el tono, dijo:

— Usted me ha dicho últimamente, señor Conde de Laborde, que nuestro querido Flaubert posee un elixir sorprendente para hacer franquear el obstáculo a las jóvenes pupilas ¿no es cierto...?

Los Feuillet parecían entonces estar sumidos en sus pensamientos. El señor Popelin acariciaba con su aristocrática mano su bella barba que me pareció tomar unos tonos morados.

Respecto a la pregunta al Conde de Laborde, el señor Flaubert pronunció con calma:

— Señora, le diré en primer lugar esto: Para que mi composición produzca un buen resultado, es necesario que el sujeto, el pupilo si usted quiere,... posea buenos jarretes y sobre todo un cerebro, un cerebro de calidad. Con esto, Señora, se puede escribir un libro. De entrada se establece un plan; y cuando está bien maduro, cuando usted reconoce poseerlo, lo instala en su cerebro, como un arquitecto lo hace sobre el papel. Luego lo desarrolla por capítulos, sin omitir una frase, una palabra.... Para los personajes, es necesario vestirlos o dejarlos desnudos según las circunstancias, hacerles hablar, hasta que el sonido de su voz os llegue muy clara a los oídos. Es necesario escribir de modo que el lector vea en cada palabra a través de los textos, la situación, los gestos y muecas que hacen los individuos.

He aquí, Princesa, vea usted que no es tan difícil. Para los paisajes, el señor Dubois puede enseñaros mejor que yo... Pero está claro que los colores deben estar claramente dibujados. Es necesario para ello encontrar unas palabras bien apropiadas y de una buena sonoridad; lo que demanda a veces un poco de reflexión.

(Lo que precede ocurrió en el momento en el que Guy de Maupassant publicaba *Boule de Suif*)

Luego el señor Flaubert elevó sus grandes ojos hacia el techo donde podían verse unas Musas rodeadas de una cornisa de olas griegas; se advertía bien en ese momento que su pensamiento iba más alto hacia las profundidades del firmamento y añadió:

— ¡¡¡ La sensibilidad !!! ¡¡¡ que debe ser un gran don!!! o de nacimiento, si se quiere, es necesaria para hacer un buen artista.

XX

AMIGOS DEL SEÑOR GUY DE MAUPASSANT

Literatos

Jules Case, Camille Oudinot, Maurice de Fleury, Maurice Talmer, L'Ingrat, Thome.

Aquellos que mi señor llamaba « sus Pequeños », la puerta les estaba siempre abierta

Alphonse Daudet, Taine, François Coppée, Alexandre Dumas hijo, Paul Bourget

El señor de Maupassant consideraba a estos caballeros como unos Maestros, pero como amigo, su afecto se dirigía más hacia el señor Dumas. Con este último, el señor de Maupassant estaba ligado por una sincera amistad y una gran estima literaria. Me será permitido decir aquí todo mi reconocimiento al señor Paul Bourget por haberla continuado para su amigo tan pronto desaparecido

Anatole France

He oído decir al señor de Maupassant que Anatole France era el escritor que ilustraba más poderosamente la lengua francesa

José María de Heredia

Una amistad sincera y recíproca lo ligaba al señor de Maupassant que dejaba ver que se entendían por el lado latino y también un poco normando

Émile Zola

El señor de Maupassant conservó hasta el final una gran admiración por la literatura del señor Zola, llamándole absolutamente « Maestro » en su arte

Catulle Mèndes, Stéphane Mallarmé

Tenían toda la estima de mi señor como amigos y como poetas. Mi señor me dijo que el señor Catulle Mèndes tenía el mejor y más generoso corazón que se pudiese tener.

Villiers De L'Isle Adam, Henri Lavedan, Paul Hervieu, Octave Mirbeau, Henri Meilhac, Paul Alexis, Henri Ceard, Marcel Prevost, Hennique, Huysmans, Albert Delpit, Jacques Normand, Richard, Jules Lemaitre, Pierre Valdagne, Baron De Vaux, William Busnach, Ludovic Halévy, Paul Arène.

Pintores

Bonnat y Nozal, Jean Beraud, Rafaelli, Rodin (escultor), Massenot

Amigos de los que el señor de Maupassant admiraba el talento.

Conde Adrien de Montebello, Duque de Chartres, Duque de Rivoli, Raymond Delande, Conde Aldrovandy, Ferdinand de Rotschild
Amigos mundanos.

Conde Joseph Primoli

El señor de Maupassant tenía por el conde un sincero afecto; le consideraba por su espíritu como el digno descendiente del gran linaje napoleónico.

En cuanto a los periodistas, el autor de *Bel Ami*, apreciaba mucho la pluma de su amigo Henri Fouquier.

Luego venía Rochefort. Un día me dijo:

— Es curioso, no me explico por qué, cuando veo a Rochefort, experimento una particular sensación de admiración; su talento se percibe en su mirada.

También estaban Henry Bauer y Edmond Lepelletier; este último era sobre todo un amigo del remo; es lamentable que haya partido al más allá sin haber escrito sus recuerdos de remero con el señor de Maupassant y de todos los amoríos de esa época. Él me lo había prometido..

XXI

FUNERALES DE GUY DE MAUPASSANT

El señor de Maupassant falleció en París el 3 de julio de 1893; fue inhumado el día 6 en el cementerio de Montparnasse, división 26.

La ceremonia religiosa tuvo lugar en San Pierre de Chaillot, donde el coro estaba totalmente revestido de negro con laminados de plata.

El ataúd, situado sobre un alto catafalco, desaparecía literalmente bajo las flores.

A la vista de esa decoración, un penoso recuerdo me desgarró el corazón. Volví a ver el escritorio de mi señor en la Guillette sobre el que ponía cada mañana un jarrón de flores frescas y, siempre el autor de *Pierre et Jean* las admiraba, haciendo una tierna caricia a su Piroli. Pero desgraciadamente, hoy, bajo esta profusión de flores, sus restos están allí, inerte... incluso de mente, él, que amaba tanto el trabajo del espíritu... entonces, una oración subió a mis labios, pidiendo a Dios que acoja su alma que él consideraba inmortal.

En ese momento la señora Pasca estaba cerca de mí, y nuestros dolores se mezclaron en unas palabras de lamento y mutua consolación. Luego llegaron los señores Jules Case, Henry Céard, Georges de Porto-Riche, Camille Oudinot, Henri Roujon, etc... Y en unos instantes, la iglesia se abarrotó. Durante la misa, se oía un *Kyrie*, luego el *Pie Jesu* de Loysel, ese canto piadoso de caridad hacia Dios; quedando en nosotros algo inolvidable.

En el cementerio

El señor Émile Zola, en un momento de su discurso, dijo:

— Maupassant es del gran linaje que se puede seguir desde los primeros balbuceos de nuestra lengua hasta nuestros días; Tenía por antepasados a Rabelais, Montaigne, Moliere, La Fontaine, los fuertes y los claros, aquellos que son la razón y la luz de nuestra literatura; en definitiva, el autor de *Bel Ami*, había elevado el rango de sus pares, y había experimentado un gran placer en esta realización; sin embargo, se ha ido con la pena en el corazón de no poder completar, coronar,

como él decía, esta obra con algunos buenos temas que había preparado¹⁴²

Como en el día de su nacimiento, el señor de Maupassant tenía para su marcha de este mundo una jornada clara, el sol estaba allí, dorando y calentando con sus rayos ese mundo bajo, cosa que le había sido tan agradable durante su vida. Pero desgraciadamente, ese día, calentaba e iluminaba esa fosa donde acababan de descender los despojos mortales de aquél que no sería más. Finalmente, la muchedumbre era numerosa alrededor de esta tumba, todas las clases estaban allí representadas, puesto que lo que se honraba en ese momento no había visto nunca distinciones; en un momento dado, me encontré rodeado de damas vestidas de negro, con unos velos que me ocultaban su rostro, percibí unos movimientos de manos y oí mi nombre que se pronunciaba bajo, lo que me produjo una cierta molestia. Felizmente, el generoso profesor Granger me sacó de mi embarazo viniendo hacia mí; me estrechó la mano y me dijo muy alto:

— ¡Es usted un valiente, no importa lo que pase ahora, venga a verme!

Toda aquella gente se fue alejando lentamente, el corazón encogido, como un lamento. Se hubiese dicho, sin embargo, que una clase de vana esperanza reinaba en aquel gentío deseando oír aún una vez más la voz de aquél que había hecho tan a menudo vibrar los corazones, con sus escritos tan realistas y tan emocionantes. La ceremonia acabó; no quedamos más que seis, de los que la señora Pasca, esta artista que había sido para el señor de Maupassant una buena consejera, sobre todo principalmente para su salud, luego la señora Macketta d'Allegrí Roosevelt, mujer de letras, que había confesado un culto al señor de Maupassant y a su obra, la señora Clémence, esta inseparable¹⁴³... Luego Marie Mary, la doncella de la madre del señor de Maupassant, que, por su abnegación y su buen corazón había prestado grandes servicios a la familia de Maupassant, mi mujer y yo.

Lo que nos dijimos ante la tumba abierta del señor Guy de Maupassant, el Amigo y el Maestro llorado, constituiría un opúsculo de lamentos y de dolor de los más conmovedores.

Este texto se acabó de imprimir en Pontevedra, el nueve de agosto del año dos mil cinco.

¹ Agradeceremos aquí, y muy especialmente, la labor del señor Aimé Dupuy, sin el cual estas páginas no habrían visto nunca el día. Es él quién, en efecto, las ha reencontrado, y el primero en ver su interés, obteniendo todas las autorizaciones necesarias para su publicación.

² Esta frase es un fragmento del elogio fúnebre que pronunció Zola sobre la tumba de Maupassant.

³ El Sena aparece, en efecto, en muchos de los cuentos, donde se describen relatos de remeros, como *La femme de Paul*, o historias de pesca, como *Les dimanches d'un bourgeois de Paris*. « Mi gran, mi única, mi absorbente pasión durante diez años, fue el Sena », escribió en *Mouche*.

⁴ El doctor Pozzi no ha pasado a la historia de su época, pero el pintor Gervex, que escribió unos *Souvenirs* muy interesantes, aparecidos en 1925 editados por Flammarion, fue conocido como alumno de Cabanel y dejó numerosos lienzos. Nacido en 1852, fue elegido miembro de la Academia de Bellas Artes en 1913, y murió en 1929. Léon Fontaine, llamado *Petit-Bleu*, era uno de los más antiguos camaradas de Maupassant, uno de los compañeros de la yola de *Mouche* y dejó unos recuerdos sobre el amigo admirado y amado en las *Nouvelles Littéraires* del 18 de enero de 1930 (Los domicilios de Maupassant). Contribuyó igualmente al libro de Pierre Borel, *Le Destin tragique de Guy de Maupassant*, París, Les Editions de France, 1927. El barón Toussaint es conocido en literatura bajo el nombre de René Maizeroy (1856-1918). Poseía un terreno cerca del de Maupassant, en Étretat. Maupassant hizo un prólogo a una de sus novelas, *Celles qui osent*.

⁵ Maupassant pertenecía, por su madre, a una antigua familia normanda, los Le Poittevin. Laure Le Poittevin, su madre, era amiga de la infancia de Flaubert.

⁶ Según el señor René Dumesnil, « el primer noble fue un Jean-Baptiste Maupassant, consejero y secretario del rey. El título, datado el 3 de mayo de 1752, fue expedido por la Corte de Austria. » Para una genealogía completa, ver las obras de Dumesnil, y particularmente *Guy de Maupassant*, París, Armand Colin, 1933.

⁷ François se complace en estas verborreas grandilocuentes que le producen la ilusión de ser, él también, un gran hombre. Hay que desconfiar mucho de estos « fragmentos de valentía », y no aceptar con carácter general, sino de un modo muy circunspecto, las palabras que él atribuye a su señor. El espíritu es verdadero, pero no ciertamente la letra. Nosotros deseábamos menos.

⁸ Nacido en 1840, Villiers de l'Isle Adam murió en 1889, lo que nos ha permitido fechar con precisión ese episodio. Maupassant escribía en aquel momento *Notre Coeur*.

⁹ Mallarmé (1842-1898). Hay aquí un error: los nombres de Mallarmé y de Villiers están confundidos sin ninguna relación aparente. No parece que Mallarmé tuviese necesidad de la limosna de Maupassant. Villiers, en cambio, vivió de la generosidad de sus colegas más afortunados.

¹⁰ Cf. P 51, 52

¹¹ Alexandre Dumas hijo no debía sobrevivir más que dos años a Maupassant.

¹² Tal vez se trate de la señora Lecomte du Noüy, que estuvo muy ligada a Guy y con suficiente libertad para indicarle los actos caritativos que podría, según ella, realizar. Pero sabemos que las iniciales dadas por François no revelan nada.

¹³ Muchos artículos han aparecido evidentemente en esta época, con ocasión de la muerte de Maupassant. En el *Journal* del 8 de julio de 1893, Paul Alexis entregó *Quelques souvenirs sur Maupassant*, donde la banalidad irrita un poco, pero no pienso que se tratase de éste.

¹⁴ No hemos encontrado indicios de esta historia.

¹⁵ En realidad *La tombe*, firmada bajo el seudónimo de Maufrigneuse, en el *Gil Blas* del 29 de julio de 1884, no fue recogida en las antologías. Es la historia, bastante mal escrita por cierto, de un abogado que profana la tumba de su amante, enterrada la víspera. Lo que ha podido impresionar a François, es la atroz descripción de un cadáver en putrefacción.

¹⁶ *Une lutte éternelle en tous temps, en tous lieux / Se livre sur la terre en présence de Dieu / Entre la bonté d'homme et la ruse de femme*

¹⁷ Se trata sin duda de Victor Massena, duque de Rivoli, Príncipe de Esling, nacido el 14 de enero de 1836.

¹⁸ Maupassant hablaba en estos términos del capitán Jovis en un artículo, *En l'air*, aparecido en el *Figaro* del 9 de julio de 1887: « El capitán Jovis. Es un meridional, activo, enérgico, ligero y fuerte como hay que ser para practicar ese peligroso deporte y que va a hacer, con *el Horlà*, su ascension numero doscientos catorce. » (Esta ascensión tuvo lugar con los siguientes pasajeros, Jovis, Paul Bessand, el lugarteniente Mallet, Eugène Beer y P. Eyriès. La salida fue dada a las 9 y 20 de la noche, en la fábrica de gas de la Villette, calle de Aubervilliers).

¹⁹ Sobre esta ascensión, ver igualmente Maupassant, *De Paris à Heyst*, el *Figaro* del 16 de julio de 1887: « Desde luego, los perros sienten el globo, lo ven y dan la alarma. Se les oye, por toda la planicie, ladrar hacia nosotros y gemir como si aullasen a la luna. Los bueyes también parecen despertarse en los establos, pues mugen; todos los animales asustados se alteran ante ese monstruo aéreo que pasa » (...).

« Sobre los lugares habitados, hacemos sonar la sirena: y los paisanos aterrados en su cama deben preguntarse temblando si es el ángel del juicio final que pasa » (...)

« El aire que nos lleva ha hecho de nosotros unos seres que se le parecen, unos seres mudos, alegres y locos, embriagados por este prodigiosa subida, extrañamente alertas, casi inmóviles. No se siente la cara, no se sienten los huesos, no se siente palpitar el corazón, nos hemos convertido en una cosa inexplicable, unos pájaros que no tienen incluso la molestia de batir el ala. »

²⁰ Nombres de las personas que subieron al globo:

El señor de Maupassant, El señor y la señora Richard, el señor Bessan, Jovis, capitán y Males, lugarteniente.

- ²¹ Debe tratarse de un ungüento solidificado a base de cera y aceite. Este producto estaba entonces muy extendido y era empleado en razón de la rapidez con la que se volvía rancio.
- ²² Alexandre Dumas, *Los tres mosqueteros*, capítulo 23: «La cita».
- ²³ *Les Verguies*: nombre de la villa de la señora de Maupassant, en Étretat, donde Maupassant pasaba temporadas desde la infancia. Él continuaría la tradición de los bailes de máscaras, fiestas y alegres francachelas en la villa que hizo construir sobre un terreno ofrecido por su madre, *La Guillette*.
- ²⁴ Alusión al célebre baile de los Ardientes (1398).
- ²⁵ *Mouche* apareció en *L'Echo de Paris* del 7 de febrero de 1890.
- ²⁶ La torre Eiffel tenía entonces todo el atractivo de la novedad, ya que fue construida para la Exposición de 1889. Paul Alexis, en *Quelques souvenirs sur Maupassant (Journal)*, 8 de julio de 1893) apunta: « Durante la Exposición, él se mostraba muy irritado con la torre Eiffel. Una especie de enemigo personal, la torre ».
- ²⁷ Castillo del Renacimiento, construido por la familia Séguier. Se trata de la familia de los Chabannes, condes de Dammartin, cuya cuna está en Dammartin-en-Goële (Seine-et-Marne).
- ²⁸ Alfred Le Poittevin, hermano de Laure e íntimo amigo de Flaubert, al igual que Louis Bouilhet (1822-1869)
- ²⁹ *Qui sait ?*, aparecido en *L'Echo de Paris* del 6 de abril de 1890 es uno de los cuentos donde Maupassant ha descrito del modo más desgarrador, y casi bajo un aspecto clínico, la angustia de la locura, lo que no significa en absoluto que se vea en ello uno de los primeros síntomas de su mal.
- ³⁰ Charles Lapierre, nacido en Gisors el 21 de mayo de 1828, después de los estudios en el Instituto de Rouen, hizo carrera en el periodismo en el *Moniteur du Loiret* en Orleáns, luego en el *Nouvelliste de Rouen* que dirigirá hasta 1892. Murió el 19 de agosto de 1893.
- ³¹ Maupassant residió, durante los primeros años de su estancia en París, en la calle Clauzel 17, en una casa de mala reputación, que abandonaría por la calle Dulong.
- ³² Maupassant, en el pasaje citado por François, comenzaba su descripción es estos términos: « La capilla Palatina, la más bella del mundo, la más sorprendente joya religiosa soñada por el pensamiento humano y ejecutada por unas manos de artista, está encerrada en el recargado Palais-Royal, antigua fortaleza construida por los normandos.»
- ³³ François, en una nota manuscrita, preguntaba quién poseía el cuadro de Riou representando el *Bel Ami*, y añadía: « El señor de Maupassant había colocado ese cuadro en último lugar a la derecha de la chimenea del salón, en la calle Boccador, justo a la altura de un hombre, y, cuando por las mañanas había saludado con una mirada afectuosa a su maestro Flaubert, se dirigía al cuadro que representaba su *Bel Ami*.»
- ³⁴ La señora M. G. Lemonnier, Secretaria del Sindicato de Iniciativa de Étretat, que nosotros hemos consultado, ha sido tan amable de darnos las siguientes indicaciones que nosotros le agradecemos aquí:
« El señor Frebourg (Benôit, Léonard, Edmond) era propietario del castillo de La Pasée en tiempos de Maupassant; no he podido encontrar la fecha exacta de su muerte; pero debió producirse un poco antes de 1885, puesto que un reparto de esa fecha hace mención al estado de su viuda y sus tres hijos.
El señor Frebourg era intendente en casa del Señor de Grandval, que poseía el castillo y todas las tierras de ese barrio, que se llama aún el Grand Val; la calle que atraviesa ese barrio y que conduce al cantón «Criquetot l'Esneval», es la calle Guy de Maupassant pues pasa ante « La Guillette » donde vivía Maupassant ».
Los descendientes del señor Frebourg, heredero del señor Grandval, son actualmente los propietarios del castillo.
- ³⁵ El profesor Vanwelkenhuyzen, especialista en historia del naturalismo en Bélgica, consultado al respecto de este Jacques Darcamp, ha querido poner su ciencia a nuestra disposición y nos ha escrito en relación con ello:
« En lo concerniente al misterioso Jacques Darcamp, estoy un poco confuso. Parece que fue un burgomaestre de una localidad de Wallonie hacia 1870. Henri Pirenne no cita ningún personaje con ese nombre ».
- ³⁶ Este pasaje es oscuro. El contexto parece establecer que se trataba de Albert Delpit, antiguo secretario de Alexandre Dumas y polígrafo, puesto que él fue a la vez novelista, autor dramático y periodista. Fue con exactitud contemporáneo de Maupassant ya que nació en 1849 y murió en 1893.
- ³⁷ La Princesa Mathilde de las que sus relaciones con su sobrino Joseph Primoli han sido recientemente sacadas a la luz por los trabajos del señor Marcello Spaziani, *Pages inédites de Joseph-Napoleon Primoli*, Roma, 1959, y *Gli amici della Principessa Matilda*, Roma, 1960.
- ³⁸ La historia es para nosotros tanto menos clara por no haber podido encontrar esta obra.
- ³⁹ Catulle Méndez (1841-1909) es el prototipo del escritor urbano. La Casa Dorée era uno de los restaurante de moda, del estilo del Café Anglais y del Tortoni. Octave Mirbeau, en *Le Calvaire*, no deja de hacer cenar allí a su protagonista Jean Mintié. En el ángulo del bulevar de los Italiens y de la calle Laffitte, había, desde 1841, un concurrido restaurante, « La Maison d'Or », célebre en la historia del Bulevar.
- ⁴⁰ Marino de Maupassant.
- ⁴¹ Se trata de los poemas recogidos en *Des Vers*. Había aparecido la primera vez en la *République des Lettres*, calurosamente recomendado por Flaubert a Mendès, quién había pasado la consigna a Henry Roujon. De ahí data la amistad entre este último y Guy de Maupassant.
- ⁴² Aurélien Scholl (1833-1902). Cronista célebre y temido, tenía un gran habilidad para las improvisaciones. ¡Tenía una reputación de hombre de espíritu que no se confirma demasiado en esta ocasión!
- ⁴³ Magitot (Émile) (1833-1897) era médico y profesor. Fue uno de los fundadores y después el director de la Sociedad de Antropología.
- ⁴⁴ Riou (1838-1900), había nacido en Saint-Servan, lo que explica su amor por el mar.
- ⁴⁵ De pequeña nobleza de origen italiana, era uno de los amigos « mundanos » de Maupassant

- ⁴⁶ William Busnach (1832-1907) era un autor dramático que produjo poco por él mismo, pero que fue sobre todo conocido como adaptador de Zola al teatro.
- ⁴⁷ Eugène Noel, literato nacido en Rouen en 1816 y conocido sobre todo por sus *mémoires d'un imbécile, écrits par lui-même...* y prologadas por Littré, en 1875.
- ⁴⁸ Se trataba del hijo del médico y erudito Victor-Charles Daremberg.
- ⁴⁹ Puede tratarse de la condesa Potocka... si François admite que hay caviar en Polonia.
- ⁵⁰ Cuando el señor de Maupassant hizo construir su villa « la Gillette », dejó la mitad del terreno libre para lo que el señor Maizeroy, debía hacer allí... Algunos años más tarde unas damas preguntaban al autor de Mouche, cuando su amigo iba a construir: «Probablemente nunca, que quieren ustedes, él tiene siempre un pie sobre el asfalto y otro en un salón, como no tiene más que dos...» (nota de François)
- ⁵¹ Marinero de Maupassant junto con Bernard.
- ^(a) Lineal (latín, *linealis*). La corriente que llega a la bahía de Cannes, por el paso de la punta de la Croisette es una rama del árbol formado por las corrientes generales que van del golfo de Gênes a Marsella (nota de François).
- ⁵² Béranger (Pierre - Jean de) (1780-1857) fue considerado durante mucho tiempo uno de nuestros cantautores más célebres.
- ⁵³ Soumet (Alexandre) (1788-1845), poeta de un espíritu totalmente opuesto al de Béranger.
- ⁵⁴ No es posible identificar esta inicial.
- ⁵⁵ Brainne (Henri), muerto en 1894, era hijo de Charles Brainne, amigo de Charles Lapierre y de Flaubert. Henri había sido educado en el Instituto de Rouen. Su padre pasó a la historia anecdótica por haber rechazado un puesto de profesor en Alençon por este telegrama al Ministro: «¡Point d'Alençon!»
- A. de Jouville es citado por Lumbroso entre los raros amigos de Maupassant, al igual que el paisajista René Billotte (1846-1914) y Pol Arnault. Edmond Lepelletier (1846-1913) era escritor, periodista y político. No hemos podido identificar ni a la Gamine ni a su madre.
- Georges Legrand fue el introductor de Maupassant en la sociedad de los “macabeos”, grupo de adoradores de la condesa Potocka.
- Louis Le Poittevin no es de otro modo conocido. En cuanto a Rodin, debía servir en parte de modelo a Maupassant para su personaje de Prédolé en *Notre Coeur*. Las reflexiones de Billotte se encuentran en esa novela.
- ⁵⁶ Tal vez se trate del pintor Adrien Moreau (1843-1906)
- ⁵⁷ Paganini (Nicolo) murió en Niza en 1840. He aquí el fragmento de *Sur l'Eau* al que François hace alusión: « En este islote, de aspecto extraño, que está en pleno mar, estuvo sepultado y oculto el cuerpo de Paganini por espacio de cinco años. Es un episodio digno de la vida de aquel artista genial y macabro, del que decían que tenía el diablo en el cuerpo; era tan extravagante de modales, de físico y de rostro, de talento tan sobrehumano y de delgadez tan extraordinaria, que se convirtió en un ser de leyenda, en una especie de personaje de Hoffman.
- Murió en Niza del cólera, el 27 de mayo de 1840, cuando regresaba a Génova, su patria, acompañado por su hijo, única persona capaz de oírle cuando hablaba, porque su voz se había hecho muy débil.
- Embarcó el hijo con el cadáver de su padre, y se dirigió a Italia; pero el clero genovés le negó sepultura a aquel endemoniado. Consultada la Corte de Roma, no se atrevió a dar su autorización. A pesar de todo, iban a bajar el cadáver a tierra; pero se opuso el Municipio, so pretexto de que el artista había muerto del cólera. Aunque la epidemia hacía por aquel entonces estragos en Génova, se adujo como razón que aquel cadáver de más podría agravarla.
- El hijo de Paganini regresó a Marsella, pero le fue negada la entrada al puerto por idénticas razones. Se dirigió a Cannes, y tampoco pudo desembarcar allí.
- Y se encontró en medio del mar, meciendo en las olas el cadáver del artista grande y extravagante, que los hombres rechazaban en todas partes. Ya no sabía que hacer, adónde ir ni qué destino dar a aquel muerto, que para él era sagrado; vio entonces en medio del oleaje, la roca desnuda de Saint-Ferreol, e hizo desembarcar en ella el ataúd dándole sepultura en el centro del islote.
- ⁵⁸ Nombre dado por Maupassant a uno de sus barcos, en su juventud, tal vez en recuerdo de Tourgueniev, llamado así por Flaubert.
- ⁵⁹ No existía parentesco entre Brainne y Maupassant, sino únicamente lazos de amistad.
- ⁶⁰ Armand Silvestre (1837-1901) había colaborado en el *Gil Blas*, donde entró en 1879, al mismo tiempo que Maupassant.
- ⁶¹ Dumas hijo tuvo dos hijas de la Princesa Naryschkine, Colette (Señora de Maurice Lippmann) y Jeannine (Señora de Ernest d'Hauterive)
- ⁶² Se trata de « brise marine » (*Du Parnasse contemporain*) y « d'Apparition » (*Premiers Poèmes*)
- ⁶³ François parece hacer aquí un juego de palabras, pues, si la toma de Malakoff, en 1855, era un hecho de armas célebre, existía también en Malakoff-la-Tour, municipio escindido de Vanves, por decreto de 8 de noviembre de 1883, un baile-restaurante, al pie de una torre de madera, llamada torre de Malakoff, destruida en 1870, durante el asedio.
- ⁶⁴ Esposa del General de Galliffet, que fue distinguido durante las guerras de Crimea y de Italia y que, de 1882 a 1884, había sido gobernador de la plaza de París.
- ⁶⁵ Graña para designar el Mékong o Mé-Kong.
- ⁶⁶ Aparecido en el *Gil Blas* el 1 de abril de 1884.
- ⁶⁷ Extraído de los Cloches de Corneville de Robert Planquette, opereta entonces de moda (1877). La cita por otro lado es inexacta.

- ^(a) Va petit Mousse / Où le vent te opuse / Va, suis les flots / Jusqu'au fond des eaux / Peut—être q'une reine / Te donnera sa main / Peut—être une baleine / te mangera demain... (Nota del traductor)
- ⁶⁸ Vadé (Jean Joseph) (1720-1757) estaba especializado en la literatura escatológica y los remeros debían conocer sus *Lettres de là Grenouillère*.
- ^(b) L'aut'matin, je me disais comme ça / Mais qu'est-ce que c'est donc qu'un opéra / V'la que dans une rue au coin de la Halle / J'lisons: La Vestale / Faut que je m'en régale / C'est trois livres douze sous que ça me coûtera / Une Vestale vatu ben ça. (Nota del traductor)
- ^(c) On me dit que la pièce est si triste / Que faudrait pour qu'on y resiste / Avoir un coeur d'rocher / Moi qui n'ai pas de mouchoir que pour moucher / Je vas trouver le voisin Baptiste / Qui m'prête un mouchoir de baptiste. (Nota del traductor)
- ^(d) Je suis fille de Castille / Et je ris du monde entier / Quand je vole, vive et folle / Près de mon beau muletier. / C'est le plus beau d'Espagne / Nul ne saurait l'eclipser / Au travers de la champagne / Quand on le voit s'elancer. (Nota del traductor)
- ^(e) Oh! vous avez des droits superbes / Maître et Seigneur de ce canton / Vous avez les premières gerbes / Quand vient le temps de la moisson / Arribes-vous, l'on vous présente / Avec pompe le vin d'honneur / (Bis) Et le bailli vous complimente / (Bis) Oh' les jolis droits du Seigneur... (Nota del traductor)
- ⁶⁹ Paul de Kock (1799-1871) fue un fecundo productor de novelas-folletín célebres. Robert Houdin (Jean Eugene, en realidad) (1805-1871) era un prestidigitador famoso que había abierto el teatro de las Soirées fantastiques en el Palais-Royal. Debe identificarse esta condesa de O... con la condesa de Montgoméry « esta émula de Brillat-Savarin » (cap. XIV, pag 121)
- ⁷⁰ Flaubert llegó a Túnez el 24 de abril de 1858. Se decidió a realizar este viaje para la preparación de su novela *Salammbô*.
- ⁷¹ Roujon (Henri) (1853-1914), amigo de Maupassant y periodista, escribió en *La Galerie des Bustes* (Paris, Hachette, 1909):
Había lavado con sus manos el cuerpo de su Maestro y presidió su último aseo, sin frases, sin poses, sin gritos, sin llantos, el corazón inundado de respeto.
Lo amaba como un hijo, como un discípulo que admira, pero también como un sobrino tunante, querido del tío, que lo ha mimado y regañado. Yo le he visto llorar casi de dolor y de cólera cuando Flaubert tuvo un triste final por unas apuros económicos debiendo refugiarse en Croisset para envejecer allí pobrementemente....». « Imagínese – decía – que no ha tenido una palabra de lamento, ni una queja! Él releía sin cesar este fin de la carta que le ha enviado la señora Sand: « Espero, viejo amigo, que vayas a lamentar tu dinero como un burgués». (*Recordemos que no hay ningún lazo de parentesco entre Flaubert y Maupassant*)
- ⁷² Commanville (Caroline), *Souvenirs intimes*, publicados al principio de las distintas ediciones de la Correspondencia. Caroline no merece demasiado las emotivas palabras de François, pues no se mostraría digna del afecto y devoción sin límites de su tío.
- ⁷³ Eugène-Louis-Jean-Joseph-Bonaparte, hijo de Napoleón III, nacido en 1856, fue abatido por los zulús, al servicio de los ingleses, en 1879.
- ⁷⁴ Octave Feuillet (1821-1890), escritor muy olvidado en la actualidad, y al que se le recuerda únicamente como el autor prototipo de la literatura rosa.
- ⁷⁵ Popelin (Claudius) (1825-1892), pintor y esmaltador, fue el amante de la Princesa Mathilde y en el *Journal* de los Goncourt se le menciona muy a menudo.
- ⁷⁶ Cf. Georges Normandy, *La fin de Maupassant*, Paris, Albin Michel, 1927 y Louis Thomas, *La maladie et la mort de Maupassant*, Paris, Messein, 1912.
En *Amours* 1900, Paris, Hachette 1961, p. 262, Armand Lanoux resume: « En el jardín de Passy, Guy hundió unas pequeñas estacas de madera en el suelo, diciendo, última parodia del acto sexual que había sido el potente motor de su vida: “ El año próximo, saldrán pequeños Maupassant »
- ⁷⁷ Tal era, como se sabe, el nombre del yate de Maupassant.
- ⁷⁸ El-Djezair es el nombre árabe de Argel y significa « las islas »
- ⁷⁹ Fue en El-Biar (« los pozos ») donde había sido redactado, el 4 de julio de 1830, el tratado que registraba la capitulación del dey.
- ⁸⁰ Cf. *Souvenirs sur Guy de Maupassant*, par François Tassart, (Nota de Tassart). Esta evocación del cabo Matifou se encuentra en las páginas 98 y 99.
- ⁸¹ *Rose* había aparecido en el *Gil Blas* del 29 de enero de 1884. Sin duda François ha debido equivocarse por la coincidencia de los nombres.
- ⁸² Se atribuye a Pascal la invención de los transportes públicos.
- ⁸³ Río que desemboca en el Mazafran. Las gargantas de la Chiffra son siempre un punto de excursión famoso.
- ⁸⁴ A 37 kilómetros de Argel, es la ciudad santa para los árabel del Tell.
- ⁸⁵ A la entrada de las gargantas se ve aún hoy una casa de estilo morisco donde estaría antaño, según la tradición, un Hotel del Peñón de los Monos. Muy familiares, los monos iban a beber en las aguas de la Chiffa.
- ⁸⁶ François sin duda ha querido decir ochocientos o mil.
- ⁸⁷ Maupassant no estuvo mejor alojado que François, si se cree en su testimonio de *L'Echo de Paris*, 7 y 13 de abril de 1891, *Une fête arabe*: el albergue de Boghar es, escribió, « el más nauseabundo tugurio al que jamás he dado el nombre

de albergue ».

⁸⁸ Es el mayor río de Argelia y sus orillas son buscadas por ser pintorescas y fecundas.

⁸⁹ Maupassant lo presenta en estos términos en el artículo citado: « (...) un funcionario francés ferviente, administrador de Boghari »...era el adjunto del administrador civil, señor Arnaud. François confunde Boghar y Boghari.

^(a) Un coup de soleil « C'était au mois de juin. Tout paraissait en fête./La foule circulait bruyante et sans souci./Je ne sais trop pourquoi, j'étais heureux aussi ;/Un bruit, comme une ivresse, avait troublé ma tête./Le soleil excitait les puissances du corps ;/Il entraînait, tout entier, jusqu'au fond de mon être ;/Et je sentais en moi bouillonner ces transports/Que le premier soleil au cœur d'Adam fit naître ».

⁹⁰ He vuelto a ver al servidor del autor de *Salammbô* contándonos, en casa de su amigo Bernard, su estancia en Túnez, mientras que su pobre señor se daba una increíble y penosa labor en la búsqueda de documentos. Él tuvo un idilio con una tunecina que le había enseñado su lengua, pero la marcha fue muy difícil, contaba él, « se agarraba a mí como un auténtico cangrejo ».

Crónica aparecida en *l'Echo de Paris* el 7 de abril de 1891. He aquí lo que dice mi Señor, en una reseña de esta fiesta a propósito del pasaje del río: « Mientras que mi servidor murmura detrás de mí con su sonrisa burlona: « ¡Una plancha encima habría sido más cómoda que toda esta casa de fieras! ». Era tan cierto que me echo a reír. (Nota de François)

La cita en realidad está extraída del artículo del 13 de abril que terminaba el del 7.

⁹¹ Las gargantas del Rummel constituyen la principal curiosidad de Constantine. Aproximadamente de 1500 metros de longitud, se extiende del puento del Diablo hasta las cascadas, al pie de la kasbah.

⁹² Lamoricière (1806-1865), ayudante muy activo del general Bugeaud, venció a los marroquíes en Lalla-Maghnia. Fue sobre todo por su victoria sobre Abd-elKader por la que ganó la celebridad.

⁹³ Dammont (1783-1837) murió el 12 de octubre ante Constantine a la que asediaba desde el día 6. Había recibido una bala de cañón.

⁹⁴ Parece que aquí François se haya confundido con la estancia de Sarah Bernhardt en Belle-Ile. La historia que él cuenta aquí, está al menos contada en Belle-Ile, donde la actriz tenía una propiedad y estaba situada en la gruta del Apothicairerie.

⁹⁵ Caran d'Ache (llamado Emmanuel Poiré), dibujante humorista francés (Moscú 1859-Paris 1909), autor de « histoires sans paroles » basadas en la actualidad. (Nota del T.)

⁹⁶ Cuando, en su taller de Meudon, el señor Rodin me hizo el honor de mostrarme la maqueta de su *Pensador* totalmente blanca, mis recuerdos volaron hacia esas mujeres vistas en esa habitación asistiendo, con sus oraciones, a los jóvenes esposos. (Nota de François)

⁹⁷ Hoy Lambèse. Era allí donde Napoleón III había ordenado construir una penitenciaría para los adversarios del régimen, al día siguiente del golpe de Estado.

⁹⁸ Existe todavía un hotel Oasis. Pero muchos hoteles, en África del Norte, llevan ese nombre.

⁹⁹ Ese juicio de Maupassant sobre Tolga se explica por el hecho de que había allí una fortaleza bizantina edificada sobre un castillo romano.

¹⁰⁰ Robert-C. Henri, llamado Hugues Leroux, publicó en 1891 *Au Sahara* en Flammarion y, en 1892, *En yacht; Portugal, Espagne, Maroc, Algérie, Corse*, con el mismo editor.

¹⁰¹ En sentido amplio, los Ouled-Naïl son los miembros de la tribu árabe de los Zoghba, pero la reputación de la ligereza de sus mujeres ha hecho dar ese nombre a toda mujer demasiado generosa con sus encantos.

¹⁰² No puede tratarse más que de Pierre Pichot, hijo de Amédée Pichot, quién fundó, en 1834, la *Revue britannique*.

¹⁰³ El Eubadd es igualmente llamado Bou Medien en memoria del sabio y piadoso Sidi Bou Medien, que allí fue enterrado en 1198.

¹⁰⁴ Sin duda se refiere al capitán Davout, del que se hablará más adelante.

¹⁰⁵ De origen belga, François Tassart estaba orgulloso de las grandes escuelas de su país.

¹⁰⁶ Cf. *Souvenirs sur Guy de Maupassant* par François Tassart, cap. V, octubre 1886, mayo 1887, *Au chalet des Alpes. Le cadre d'un nouveau roman*, p. 64-67.

^(a) Venez, offrez-vous à mes yeux, / Ecartez le bandeau qui vous fait méconnaître / Découvrez ce front radieux / Où les yeux voltigent, où les ris semblent naître / Et d'où l'amour...../ On m'écoute, on reçoit mes vœux et ma prière / Un char d'Azur...../ D'une fleur fraîchement éclose / Près de son canal argenté / Un oranger touffu s'oppose / Aux feux dévorants de l'Été / Sous son feuillage respecté / L'Amour endormi repose / Et par ses charmes arrêté / Le volage zéphyr s'expose / A prendre encore sa liberté. / Tu me vois entouré de campagnes fleuries / Au milieu des bergers j'établis mon séjour, / Je foule l'émail des prairies / Rival et frère de l'Amour. (Nota del traductor)

¹⁰⁷ Atando cabos con el primer volumen de las memorias darían a pensar que se trata de la señora Cahen d'Anvers. Pero se sabe cuantas de estas suposiciones son cuestionables.

¹⁰⁸ Exactamente en el *Terminus Saint-Lazare*.

¹⁰⁹ En *Le Morbihan*, Paris, de Gigord, s. d., p.62, Claude Dervenn escribió: « Si, en la Punta de las Poulains, el enorme cuartel construido por Sarah Bernhardt es de fealdad asombrosa, el fortín romántico de la cruz del acantilado conserva el aire de misterio del « palacio del mar » con el que ella se entusiasma ».

¹¹⁰ El 8 de julio de 1822, Shelley se ahogaba con dos amigos, a la edad de treinta años, en el golfo de la Spezia. Se le incineró en presencia de Byron y de Leigh Hunt, en la desembocadura del Serchio. Según Pierre Emmanuel, las ofrendas al poeta muerto « comportaban incienso, sal, aceite, vino y un ejemplar del último libro de Keats, al que

Shelley había admirado tanto ».

¹¹¹ Alusión a la incineración de un rey hindú en la playa de Étretat. El acontecimiento había interesado mucho a Maupassant, así como algunos veraneantes que habían manifestado alguna preocupación al alcalde de la localidad.

¹¹² Goncourt (E. y J. de) *L'Italie d'hier*, Paris, Charpentier y Fasquelle, 1893, p. 73: «(...) el Arno, quand tiene agua, es del color del café con leche (...)».

¹¹³ Aspromonte, al sur de Calabria y al Este del estrecho de Messina. Después de su fallida marcha sobre Roma, en 1862, Garibaldi fue herido allí y hecho prisionero por las tropas de Victor-Emmanuel.

¹¹⁴ Meilhac (Henri) (1831-1897). Autor dramático célebre en la época y que escribió la mayoría de sus obras en colaboración con Ludovic Halévy.

¹¹⁵ La alusión es totalmente incomprensible.

¹¹⁶ Tal es la vaga filosofía de Maupassant, que sería del todo injusto despreciarla enteramente. No está lejos en efecto de considerarse como un producto de la naturaleza.

¹¹⁷ Se trata de una capital del cantón del Norte, a 7 Kilómetros de Lille.

¹¹⁸ Desgraciadamente Maupassant decía la verdad ese día, puesto que sus últimas palabras fueron unas maldiciones dirigidas a ese pueblo bárbaro. ¡Eh! ¡Dios mío, me figuro lo que habrían sido los sufrimientos de su corazón si hubiese sido testigo de la última guerra! Cuantas torturas para su alma, y también, cuanto trabajo para su pluma. (nota de François)

¹¹⁹ Este comentario permite fechar estos recuerdos, habiendo aparecido *Le champ d'oliviers* del 14 al 23 de febrero de 1890.

¹²⁰ En *Sur l'Eau*, edición Ollendorff Paris, 1904, pag. 83, Maupassant describe de este modo ese sendero: « Ninguna ruta desemboca, desde el interior, en esta deliciosa bahía. Solamente un sendero conduce a Saint-Raphael, pasando por las canteras de Drammont; pero ningún coche puede transitarlo. Estamos en plena montaña.»

¹²¹ Maupassant había hablado evidentemente de los atolones, pero, apareciendo de nuevo, algunas líneas más adelante, la palabra átomos, François parece que la había oído mal.

¹²² Se trata del *Crime au père Boniface*, aparecido en *El Gil Blas* el 24 de junio de 1884.

¹²³ Karr (Alphonse) (1808-1890), director y redactor de *Guêpes*, periódico satírico, en el que se lee aún el *Voyage autour de mon jardin*.

¹²⁴ La memoria de François le ha hecho una mala pasada. Unas investigaciones efectuadas por el erudito Auguste Martín, de Fécamp, en la colección de ese periódico no han permitido encontrar nada.

¹²⁵ En su primer volumen, François habla de este alojamiento, antigua barca transformada en habitación. Todavía se encuentra aún en el jardín de « La Guillette », en Étretat.

¹²⁶ François reproducía aquí las cartas intercambiadas entre Maupassant y Marie Bashkirtseff. Esas cartas habiendo sido reproducidas en el volumen de René Dumesnil, *Maupassant, Chroniques, Etudes, Correspondances*, no hemos juzgado útiles reproducirlas de nuevo.

¹²⁷ Continuación de la cena de la avenida Victor Hugo que he descrito en mi anterior libro *Souvenirs sur M. Guy de Maupassant* (pag. 218), (Nota de François). François ha evocado ya a menudo el recuerdo de Laure de Maupassant en su primer volumen.

¹²⁸ La obra ya citada de Georges Normandy sobre *Les dernières années de Guy de Maupassant*, confirma esas notas.

¹²⁹ Cf. Lumbroso, *Souvenir sur Maupassant*, Roma, Bocca, 10'5, pag. 293.

¹³⁰ Gervex, *Souvenirs*, Paris, Flammarion, 1924: no hay ningún espíritu malicioso en los hechos reseñados por Gervex y que François malinterpreta.

¹³¹ Sin duda se trata del señor Jacob, a quién él escribió en efecto en esa época.

¹³² Émile Straus, amigo íntimo de Guy.

¹³³ Cf. Pag. 140, n° 1

¹³⁴ Marie-Angele Séon, esposa de Alexis Pasquier, llamada Pasca, era del grupo que festejaba, con las señoras Lapierre y Brainne, el día de San Polycarpe en honor a Flaubert. Fue una reputada actriz.

¹³⁵ Por medios ocultos, el señor Dumas obtuvo la liberación de esta dama, pero no pudo nunca volver a verla. (Nota de François)

¹³⁶ Hoy, cuando los hechos que preceden pertenecen a la historia, he aquí los nombres:

El General Narechkine, ministro y la Señora la Generala, nacida Sareste fueron con el señor Alexandre Dumas hijo, los personajes reales de esta tragedia (Nota de François)

¹³⁷ Hugo.

¹³⁸ El 31 de mayo de 1885.

^(a) Lui, Toujours lui! Lui partout! Ou brûlante ou glacée / Son image sans cesse ébranle ma pensée!... / Il verse à mon esprit le souffle créateur. / Je tremble et dans ma bouche abondent les paroles / Quand son nom gigantesque, entouré d'auréoles, / Se dresse dans mon vers de toute sa hauteur. (Nota del traductor)

¹³⁹ Siendo gerente de un café, por las noches en un salón había una reunión de médicos del barrio. Un día uno de ellos me llamó: ¡¡¡François!!!, pero ocupado sin duda, no respondí. Añadió: ¡¡¡Maupassant!!! Y yo fui.

Él entonces dijo a sus colegas: « Veán ustedes como conozco el medio de sobresaltar al gerente.»

Algunos días después, uno de ellos me tomó aparte y me dijo: « ¿Es usted François, el que ha servido al señor Guy de Maupassant? » Después de mi afirmativa respuesta, añadió: « Me gusta ese autor, es seguramente el que me ha hecho pasar las mejores horas de mi vida. Todo lo que ha escrito es bueno y hermoso; incluso, a veces, hay unas cosas que llegan y que turban mi comprensión de médico y literato. Así, si usted quiere, tomemos a su heroína en *Notre Coeur*, la señora de Burne. ¿Esta mujer ha existido o es imaginaria? »

— Ella es siempre de este mundo, señor.
— ¿Dice usted que ella es?... ¿Usted la conoce? »
— Sí, Señor.
— Si ella existe, podría tal vez verla?

Después de un tono que imploraba una cosa divina, añadió:

— Si yo pudiese besar su mano. Pero creo que me excedo., gracias, gracias, Señor.

Este admirador de la obra del señor de Maupassant era un doctor suizo que se había establecido en París, por amor al genio francés (Nota de François).

¹⁴⁰ Cf. Nuestra edición crítica de *Notre Coeur*, establecido por la Sociedad de los Textos franceses modernos, Paris, Didier, 1962

¹⁴¹ Lecomte du Noüy.

¹⁴² François cita de memoria y procede aproximadamente. El texto de Zola se encuentra en el volumen de *Mélanges* de la edición Bernouard.

¹⁴³ Ese nombre, que no hemos podido identificar, está enmendado en el manuscrito, escrito con tinta violeta, mientras que el texto está en tinta negra.